359

Alma remota

Antonio Linares

24

A Guadalupe Mendiz
el, con todo el cariño
admiración de
Antof. de Linares

ALMA REMOTA

Enero, 1911.

DRAMA SINFÓNICO, EN DOS ACTOS.

Prosa poética de Antonio G. de Linares.

Poemas sinfónicos de Jesús Aroca.

ANTONIO G. DE LINARES

ALMA REMOTA

DRAMA SINFÓNICO, EN DOS ACTOS.

MADRID
LIBRERÍA DE PUEYO
Mesonero Romanos, 10.

Es propiedad

Imprenta de F. Moliner.

Mendizábal, 6, Madrid.

OFERTORIO:

A D. Antonio Alesanco, con todo el respetuoso cariño de

Los Autores.

El drama sinfónico,

U CARÁCTER, Y SU ORIENTACIÓN

Drama sinfónico se titula esta obra, constituída por dos elementos artísticos integrantes: el diálogo, en prosa poética, y los poemas sinfónicos que en determinadas circunstancias interrumpen ese diálogo, no como elementos artísticos accesorios, sino como medio directo y único de expresión; en esto estriba la originalidad del drama sinfónico, y la orientación nueva que significa en el teatro.

El intercalar poemas sinfónicos en el drama, no como *parlamentos musicales,* ni sustituyendo las notas á las frases en la expresión directa de los sentimientos, sino usando de la música para añadir un matiz más á los matices de la prosa y á la estética de las decoraciones: esto no es ciertamente una novedad... En efecto, las obras de Shakespeare, ó cuando menos algunas de ellas, se interpretaron acompañando algunas de sus situaciones y diálogos por motivos musicales de Beethoven. En *La Arlesiana,* de Daudet, suena también la orquesta, como en *Los intereses creados,* de Benavente, como en el *Beethoven,* de Fauchois.

Mas en todos los casos citados, y en otros de que no hago memoria, suena la música al par que se dicen los parlamentos, ó

669575

bien en los principios y finales de acto, siempre como *elemento de refuerzo,* cuando se trata de crear un excepcional ambiente de poesía. Jamás, que yo sepa, se ha utilizado el poema sinfónico en el drama, desligándolo en absoluto de la frase y reemplazando á ésta en aquellas escenas en las cuales tiene la emoción anímica, complejidad y delicadeza tales, que no hay frases capaces de expresarla.

***

Sin duda alguna, tiene la vida inmensas penas ó inmensas alegrías que exceden las fuerzas del idioma. ¿Habéis amado locamente?... ¡Sí?... Entonces, cuando estrechábais las manos de vuestra amada, y extáticos os mirábais en el sereno cristal de sus pupilas, en ese instante, tan excelso como pasajero, del amor *todo alma...* ¿qué decíais?...

Tenéis un hijo que sobre vuestras rodillas se acoge en tibieza de cariño mimoso, recostando sobre vuestro pecho su adorada cabecita y entre cuyos rizos vais dejando menudos, callados, inacabables besos...: en ese momento, ¿qué podréis decir?...

Si os inclinárais, sollozando, sobre el lecho de muerte de vuestra amante, de uno de vuestros hijos, de uno de vuestros padres... ¿qué diríais?

¡Oh, nada; seguramente, nada! La intensidad misma de vuestro sentimiento, os impone un silencio más elocuente que todas las palabras.

.....

Y así, en nuestro teatro moderno, esas escenas mudas se han confiado exclusivamente al gesto, al talento mímico de los actores, siendo ellas las que proporcionan á los grandes trágicos los más brillantes triunfos de sus carreras artísticas.

Ahora bien, ya que la frase huelga en semejantes casos—al ser incapaz de pintar el sentimiento—; ya que el alma ha de manifestarse directamente, ¿por qué no darle un lenguaje superior al de las palabras, y que completando el del gesto y de la actitud refleje las emociones en una verdadera proyección sentimental? ¿No tenemos ese lenguaje, bien á mano, en la música

revestida de sus máximas galas: en el poema sinfónico, que alcanza todos los matices delicados, todas las agudezas emotivas vedadas á las más grandes perfecciones del idioma?...

***

Creo, por lo tanto, que en la dramaturgia de futura actualidad, esas escenas culminantes en las cuales ha de asomarse el alma al rostro, pintando en él su drama íntimo y mudo, son perfectamente musicables, y en notas han de escribirse, y con gestos han de acotarse, en colaboración artística, íntimamente hermanada, de autor, actor y compositor.

Planteará el autor las situaciones y las actitudes, al par que el compositor, inspirándose en ellas, escribirá esos *parlamentos musicales* en los que el alma se expresa, cuando los labios, cohibidos ante ciertas emociones, callan.

***

Separadas en absoluto la música y la palabra, se obtiene á favor de ambas el máximum de atención, ya que ésta no se divide entre la frase y el canto, sinó los percibe con independencia absoluta. A más de esto, en la construcción de las obras, no habrá de sacrificarse, como es frecuente, la belleza de la frase á la medida musical, ni darse como se suele á la música un pie forzado, en parlamentos que en su gran mayoría nada tienen de musicables.

Ese gran absurdo que es la ópera—con todas sus inverosimilitudes antiartísticas y con su inaguantable imperio de los *divos*—, está llamado á desaparecer rápidamente... Creo que el drama sinfónico ocupará el lugar vacante, con ventaja para el sentido común y para el arte.

A. G. DE L.

ALMA REMOTA

EL TROVADOR.

La abeja
Sin la rosa bermeja no labra su panal,
No canta la cigarra sin sol.

LA PRINCESA.

Pero su queja
Dicen los ruiseñores en la noche estival.
Se tiende la inconsutil escala del ensueño,
En el claro de luna más que en la luz del día,
Del sésamo cerrado, del imposible empeño,
Los ojos de los ciegos guardan la poesía.

D. Ramón del Valle-Inclán.

(Cuento de Abril.)

ALMA REMOTA.

ACTO PRIMERO: «Los ojos muertos.»

ACTO SEGUNDO: *Jornada primera:* «Sonata de amor.»
Jornada segunda: «Noche del alma.»

POEMAS SINFÓNICOS CORRESPONDIENTES AL ACTO PRIMERO: «Introducción», «La borrasca», «Epílogo».

POEMAS SINFÓNICOS CORRESPONDIENTES AL ACTO SEGUNDO: «Sonata de amor», «El canto del bosque».

PERSONAJES:

Felicia, veinte años.

Irene, veinte á veintidós años.

Adela, veinticinco años.

Carmen, cuarenta años.

Amparo, cuarenta y cinco años.

Condesa de Armental, veintiocho á treinta años.

Alvaro Cruz, veintitrés á veinticinco años.

Diego Rojas, treinta años.

Abuelo Juan, setenta años.

Luisa y Pedro, criados.

NOTA. Tanto en el acto primero como en el segundo, la acción se desarrolla en una agreste propiedad y espléndida residencia, situada en la región costanera de Cantabria, y en los alrededores de una ciudad montañesa.

PARTITURA DE «ALMA REMOTA»

GRAN ORQUESTA

Flautín.
2 Flautas.
Oboe 1.º
Corno inglés y Oboe 2.º
Clarinete 1.º
Clarinete bajo y clarinete 2.º
2 Fagotes.
2 Trompas.
2 Trompetas.
2 Trombones tenores.
Trombón bajo.
Tuba.
3 Timbales.
Instrumentos de percusión.
Arpa.
Piano.
Quinteto de cuerda.

PEQUEÑA ORQUESTA

Flauta.
Oboe.
Clarinete.
Fagot.
Trompa.
Trompeta.
Trombón tenor.
Timbales.
Arpa (1).
Piano.
Quinteto de cuerda.

NOTA. Para alquiler de materiales, así como para todo lo concerniente á la representación de esta obra, dirigirse al Sr. Director gerente de la *Sociedad de Autores Españoles*, Núñez de Balboa, 12. Madrid.

---

(1) *En la pequeña orquesta no es el arpa indispensable, y puede sustituirse con piano.*

ACTO PRIMERO

«LOS OJOS MUERTOS»

ACTO PRIMERO

Una terraza. Formando techo, algunas carcomidas vigas sustentadas por columnas de puro estilo románico, ruinas, unas y otras, de un antiguo cuerpo de edificio, convertido parte en terraza y parte en *hall*. Tanto las columnas como las vigas están vestidas de yedra, vid, y plantas trepadoras, que forman á la terraza un toldo de hojas y flores. A la derecha, galería exterior del *hall*, contiguo á la terraza, y al que da acceso una amplia portada practicable que aparece de par en par abierta. A la izquierda y al foro, columnata de la terraza, en primer término; en segundo plano, jardín; y en último lugar, la linde de un bosque de castaños y robles. La terraza se supone al nivel del jardín, separada de él tan sólo por brevísima escalinata, y la entrada de los personajes que llegan del repetido jardín es por la izquierda. Mesa y sillones rústicos. Derecha é izquierda del espectador.

Es fin de Mayo, de cinco á seis de la tarde.

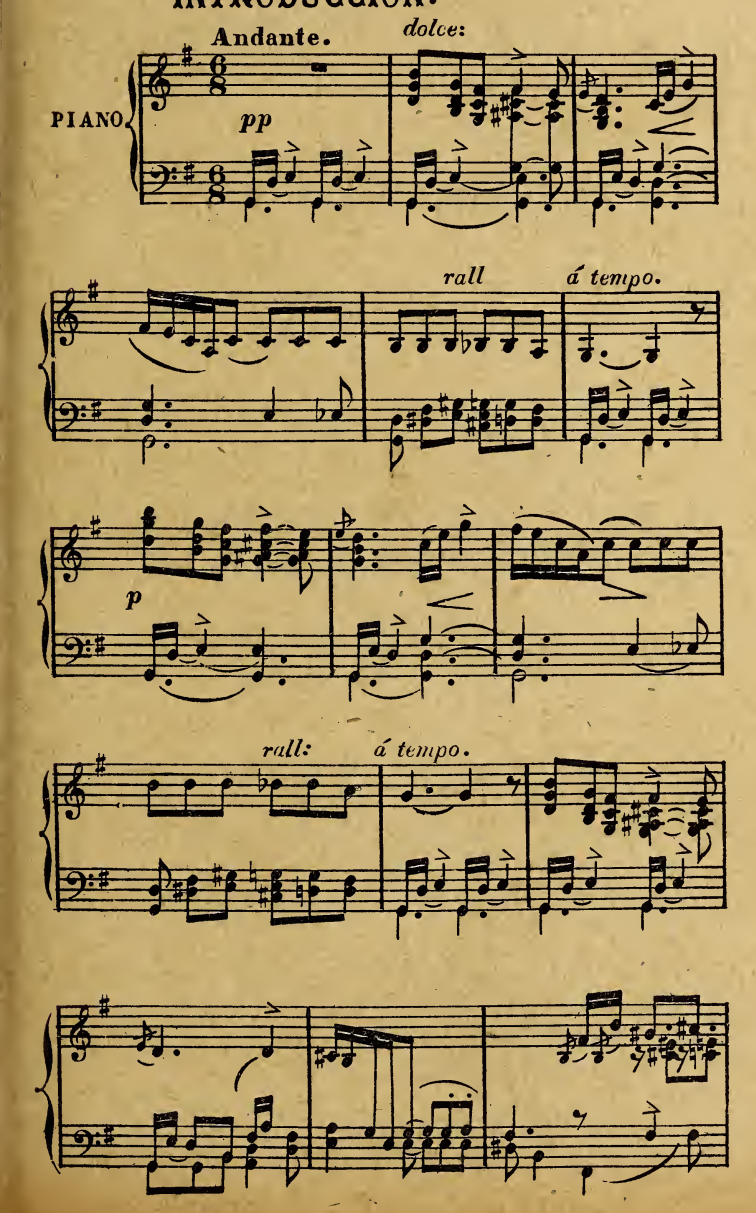
Diciendo la orquesta el siguiente proemio musical, álzase lentamente el telón. Aparece la terraza desierta. Sonando la última nota, llegan del jardín, por la izquierda, Felicia, Irene, Adela, y Álvaro Cruz. Felicia, entre Irene y Adela, y guiada por ellas. Cruz las sigue. Al llegar á la terraza, Irene y Adela abandonan los brazos de Felicia para cerrar sus sombrillas.

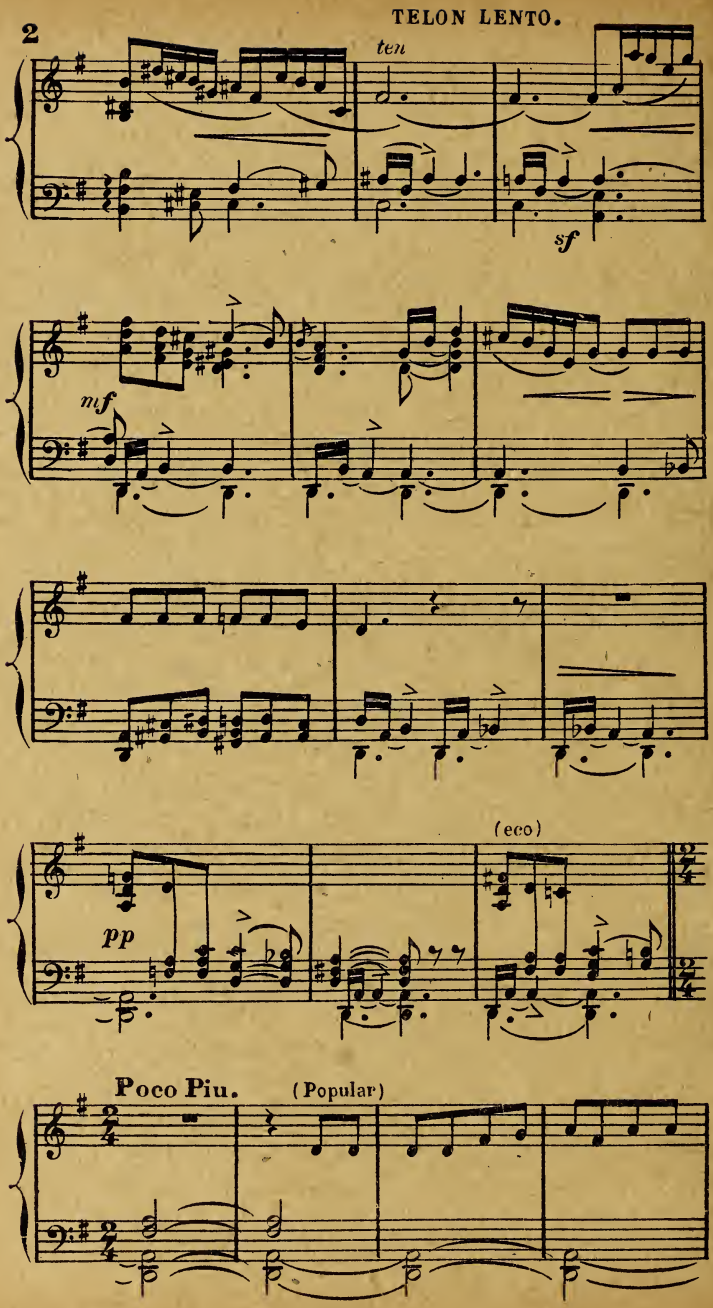
INTRODUCCIÓN MUSICAL

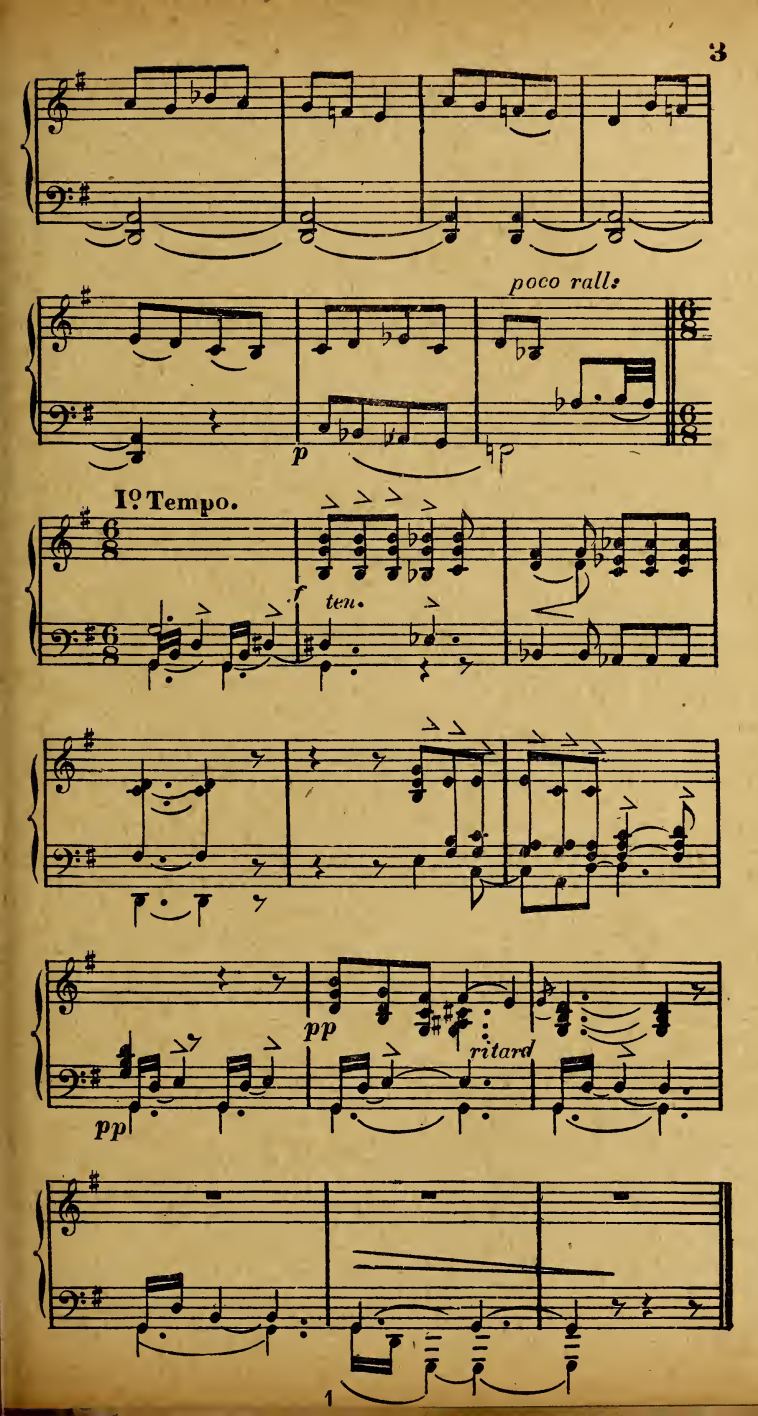
ALMA REMOTA

J. AROCA.

INTRODUCCION.




TELON LENTO.
ten
sf
mf
pp
(eco)
Poco Piu.
(Popular)


poco rall:
p
Iº Tempo.
f
ten.
pp
ritard
pp

ESCENA PRIMERA

FELICIA. IRENE. ADELA. ÁLVARO CRUZ.

FELICIA

(*Entrando en la terraza.*) ¡Qué tarde sofocante!...

IRENE

¡Como fin de Mayo!...

ADELA

(*A Cruz.*) Para usted, Alvaro, la transición ha de ser brusca...

ÁLVARO CRUZ

No cuanto temí, Adela; en Londres, sentíase calor ya...

IRENE

(*Viendo á Felicia adelantarse sola hacia el proscenio.*) ¡Cuidado, Felicia!...

FELICIA

(*Continúa descendiendo la escena, con ligero tanteo.*) ¡Me oriento perfectamente!...

ÁLVARO CRUZ

(*Adelantándose á Felicia, toma una de las manos de ésta—extendidas hacia la sala—, y conduce á la joven hacia un sillón.*) Esta cieguecita tiene tal práctica de su casa, que en ella conoce los menores detalles...

FELICIA

(*Tristemente.*) ¡Tuve sobrado lugar de estudiarlos!...

Todos se sientan en torno de Felicia. Pausa.

ADELA

Al fin, conseguimos llegar primero...

FELICIA

Agradecedlo á mi camino...

IRENE

¡No hables de gratitud, Felicia!... Tu famoso atajo es breve, pero todo lo fatigoso que puede rezar el dicho... (*Enseñando sus manos heridas.*) ¡Mis manos guardan fiel testimonio de semejante aventura!...

FELICIA

(*Volviéndose hacia Irene.*) ¡Exagerada!... (*Tornado á su actitud anterior.*) Y tú, Alvaro, ¿recordabas nuestro sendero?...

ÁLVARO CRUZ

¡Cómo olvidarle, Felicia?... Cuna fué de mis añoranzas más bellas: zarzales donde hicimos cosecha de moras y hallazgo de nidos; almendros en flor que yo agité, desprendiendo de sus corolas perfumadas los albos pétalos que nevaron tu frente; arroyos en cuyas márgenes retozábamos, sintiendo en nuestros pies

la caricia del agua mansa... Y la choza de los jardineros—queridos viejos que nos aguardaban impacientes bajo el dintel de su puerta—; y las prometedoras meriendas que «Abuela Toña» disponía con tanto esmero, y saboreábamos nosotros en el bosque, custodiados por «Abuelo Juan»... (*Tras corta pausa, y con gesto evocador.*) ¡Qué horas aquellas!.. Sentado al pie de un árbol favorito, decía el anciano rancias leyendas de encantamientos, y sus narraciones parecían unirse á los murmullos de la selva, formando con ésta una sola voz, eco lejano de maravillosas ocurrencias. Hadas y quirománticos, princesas y trovadores, dragones y quimeras, paladines hazañosos y atribuladas doncellas: todo un pueblo de capitel surgía de entre el boscaje, animado por la vida espectral de los ensueños... (*Pausa.*) Luego, declinado el sol, apagábanse los últimos reflejos, allá en lo alto de las frondas; cesaban los gorjeos de los pájaros, y el bosque se envolvía en la obscura majestad de sus troncos seculares... Entonces, asíamos las temblorosas manos del «abuelo» y, muy juntos á él, regresábamos despacio, embargadas nuestras almas por misteriosos temores, y pobladas nuestras mentes de fantásticas visiones medioevales... (*Pausa.*) ¡Eso no se olvida!... ¡Tampoco olvidaron los pobres «abuelos» al amigo de infancia de su «niña», como te llaman!... ¡Qué alegría tan honda y conmovida la suya, al recibirme esta mañana!... ¡No así tú, Felicia; en ti no hallé la fraternal amiga del pasado!

FELICIA

(*Sonriendo.*) Espero que la halles, con el tiempo...

ÁLVARO CRUZ

¿Será menester mucho?...

FELICIA

En tu carta última, prometías á mi madre acompañarnos durante todo el verano; propicia es la ocasión para volver á conocerte...

ÁLVARO CRUZ

(*Con dolida sorpresa.*) ¿Quieres decir que te soy desconocido?...

FELICIA

¡No del todo!... Pero sí un poco: ó tal vez mucho...

ÁLVARO CRUZ

¡No comprendo!...

FELICIA

(*Explicando.*) Fuiste antaño para mí, casi un hermano, y lo sigues siendo, en el fondo... Pero hace muchos años que vives lejos; entre nosotros se alza la historia desconocida de tu existencia, y la fama de tu gloria... Marchaste niño, vuelves hombre, y hombre célebre; compositor eminente cuyas obras recorren el mundo... Eres otro, en suma... (*Pausa.*) Yo sigo apegada á mi refugio: á mis flores y á mis pájaros: á mis encantos de chiquilla, si bien esté lejos ya de serlo... (*Pausa.*) Así, nos separa esa larga ausencia, de la que sólo tus victorias de arte llegaron á mis oídos; lo demás es un enigma; si quieres, podemos descifrarle... Luego, con la solución á la vista, salvaremos ó mantendremos con rigor tal supuesta distancia, que de existir realmente entre nosotros, obra tuya, que no mía, habrá de ser... ¿Comprendes ahora?...

IRENE

(*En chanza.*) ¡Léase, entre líneas, mucha curiosidad y unas briznas de celos...

FELICIA

(*Riendo.*) ¡Curiosidad sí, muy natural!... ¡Celos, no!...

ADELA

(*A Cruz, en igual tono.*) ¡Prepare usted una buena confesión!..

ÁLVARO CRUZ

¡La temo inútil!... ¡Gran enemigo del cariño es el alejamiento; y fué el mío tan duradero!... (*Insinuando.*) ¿Quién sabe; en ese tiempo!...

FELICIA

(*Atajándole.*) En ese tiempo, los grandes, los únicos amores míos—luego del de mi madre—, fueron «Abuelo Juan» y el bosque. «Abuelo Juan» me enseñó el cariño mudo de las cosas y de las plantas—ese inmenso consuelo que para mi tristeza es el ambiente tranquilo del parque, donde todo me ama y donde amo á todo—, é hízome comprender la augusta serenidad del bosque, de ese amigo paternal que para mí es el bosque, cuyo solemne canto vibra en mi corazón, aunque sus colores, sus luces, y sus sombras, queden ausentes de mis ojos muertos...

(*Hay una pausa. Felicia reprime un sollozo involuntario, llevando las manos á sus ojos cerrados. Todos la contemplan con piedad.*

ADELA

Hace á Cruz y á Irene seña de inteligencia, y cambia bruscamente el giro del anterior diálogo, penoso para Felicia.) Irene, mi madre y la de Felicia nos siguieron; pero creo que, abandonando la senda, hayan buscado la alameda...

IRENE

¡Figúrate!... ¡Diego las acompañaba!...

FELICIA

(*Sonriendo.*) En ese caso, no dudes de que volvieron atrás.

ÁLVARO CRUZ

(*A Irene.*) ¿No es entusiasta de la Naturaleza, su marido de usted?...

IRENE

¡No señor!... ¡Y de la Naturaleza agreste, aún menos!... Prefiere, á los bellos y difíciles pasos, los vulgares caminos bien trillados... (*Con entonación despectiva.*) ¡Ignora toda poesía...! (*Tras corta pausa.*) Es hijo de un hombre que comenzó su fortuna prestando á usura, y hoy la completa acaparando trigo; con decir eso, basta... El diablo enriquece á esa clase de gentes, pero sobre ellas pesa la maldición del Altísimo; carecen de alma, que siendo esta, cosa de Dios, no ha de albergarse en semejantes pechos: y sin ella están, y sin ella engendran á sus hijos, y nacen sus nietos, y sus biznietos... Es un estigma de raza... (*Pausa.*) Tratando en vano de ennoblecerle, mi suegro encaminó á su mayorazgo por derroteros científicos: le hizo ingeniero de canales y puertos; y con legítimo orgullo dice el progenitor de mi esposo, que éste es un hombre construído con cemento de positivismo, armado con sólidas vigas de principios prácticos...

Todos ríen.

ADELA

(*En tono indulgente.*) ¡Pobre Diego!... Tiene, como todos, sus rarezas... (*A Irene.*) ¡Debes perdonarlas!...

FELICIA

¡Es pleito perdido, Adela!... Irene no transige, no puede transigir, porque los defectos morales de su marido constituyen, en conjunto, la completa antítesis de sus esperanzas de muchacha... ¡No son lejanas, Irene, nuestras conferencias acerca del eterno tema!... Tú soñabas un hombre todo alma, un gran artista—decías—, un pintor famoso que haga de mi cuerpo su modelo, ó un literato que de sus mejores libros inspire en mi cariño las páginas más sentidas...

IRENE

(*Melancólicamente.*) ¡Se desvaneció en el mundo de lo quimérico, mi gran artista!...

ADELA

(*A Irene.*) ¿Por qué te has casado?...

IRENE

¡Qué remedio?... ¡Mamá insistió tanto!... ¡Cásate; no seas tonta!... ¡Diego Rojas, con toda su vulgaridad, te hará feliz!... ¡Tiene una carrera brillantísima; gana dinero; su padre es rico!... Y al oir la protesta indignada de mis ilusiones... ¡Un artista!... ¡Qué sandez!... Los artistas, ó son desconocidos y viven miserables, ó alcanzan renombre, y rodeados de falsos amigos, y solicitados por mujeres livianas, olvidan fácilmente sus deberes, en continuo lance y algazara perpetua... ¡Desecha tal idea!... ¡Reniega de tamaño desatino!... (*Con hastío.*) Esto, repetido á todas horas, todos los días, durante semanas y meses: sermón constante, siempre terminado en la misma letanía de alabanzas á Diego: laborioso Diego, acaudalado Diego, sensato Diego, Diego prudente, Diego práctico, Diego prosáico...

¡En fin!... Hubieron de fatigarme tanto, que agotada mi paciencia, y por no escuchar más pláticas, cedí... Me casé de prisa, como se toma una droga repulsiva... Me casé sin alegría, sin cariño, y sin fiesta: práctica y económicamente... Fué el solo punto en que estuvimos de acuerdo mi marido y yo: él, por ahorrar unas pesetas; yo, por no exhibir mi desconsuelo... ¡Y ya soy feliz, según mamá; ya estoy unida al heredero de una regular fortuna y de una inmensa suma de iniquidades, por ese pacto de matrimonio que llaman santo, y que en casos como el mío, tiene mucho de infamante mercado!... (*Sonriendo tristemente, y con amarga ironía.*) ¡Fué mi anhelo inspirar bellezas inmortales: ser la Beatriz de un Dante, ó la Fornarina de un Rafael!... ¡Esta, mi obscura suerte, es la realidad: la implacable realidad!...

ÁLVARO CRUZ

(*Contemplando á Irene con interés.*) ¡Triste destino!...

IRENE

(*A Felicia.*) ¡Que mi ejemplo te sea de provecho, Felicia!... ¡Lucha en pró de tu ideal hasta el fin; realiza aquellas esperanzas evocadas en nuestras mutuas confidencias, ó ante la suerte adversa, da fuego al palacio encantado de tu ilusión, sin rendirle al ultraje del desengaño!...

FELICIA

En mí, tal empeño es forzado, Irene... Mi madre piensa con criterio opuesto al de la tuya: desea que nuestra fortuna no aumente de un ochavo, á cambio de que mi ventura no merme de un ápice... Puede mi prometido llegar, pobre de toda pobreza; será bien acogido, siempre que yo diga: «Le quiero»... ¡Nunca lo dije!... ¡Temo no decirlo nunca!

ADELA

(*A Felicia.*) ¡Eres tan difícil!... Muchos de tus admiradores callan sus cuitas, ya que fueron desatendidas cuantas á ti llegaron... ¡Bien lo sabes!... El fracaso de Estévanez, último de tus desdeñados, llevó el pánico á los ánimos mejor dispuestos...

IRENE

(*A Cruz, sonriendo.*) ¡Ese rigor muestra que Felicia guardó á usted buenas ausencias!...

ÁLVARO CRUZ

(*A Irene.*) Descaminado va quien suponga entre nosotros algo más que una amistad grande y un lejano parentesco... Nos separamos en una edad muy distanciada de la de amores, y al reunirnos hoy, acabamos de escuchar las condiciones impuestas por Felicia para concederme de nuevo su estimación:... su estimación solamente...

FELICIA

(*Sonriendo, pero con firme entonación.*) ¡Solamente!...

ADELA

¡Felicia es inexorable!...

IRENE

¡Bien hace!... Pecar de altiva es preferible á sufrir dolorosas humillaciones!...

FELICIA

(*Con rápida protesta.*) No me guía un orgullo necio; y sí, solamente, el deseo de querer en verdad al hombre que ha de ser mío, y de tener fe en su amor... ¡Difícil empresa que llegué á

estimar imposible!... (*Melancólicamente.*) ¡Cuántas veces, á mi lado, musitaron su cariño galanes á quienes no vi!... ¡Jamás tales confesiones pudieron llegar á mi alma, que está muy escondida entre las sombras de su eterna noche!... Vosotros podéis deducir la verdad de las palabras, de la expresión y del gesto que las acompañan; no así yo... A mi espíritu no le es dado contemplar el mundo, por estos yermos ojos que de la vida sólo guardan lágrimas... Mi pobre corazón ciego, allá desde el fondo de sus tinieblas, sólo puede escuchar, y nada oyó en amor que alterare el ritmo de sus latidos... (*Hay una pausa angustiada. Felicia prosigue lentamente.*) Estrechándome en sus brazos, dice mi madre que soy bella; si entonces, con inseguras manos acaricio su rostro, encuentro siempre en él la tibia amargura de un silencioso llanto; y así juzgo que ha de ser la mía una belleza muy triste, pues que no subyuga por encanto propio, sino merced á su dulce atracción piadosa... (*Pausa.*) Por eso los galanteos y las súplicas apasionadas se me antojan vanas cosas, cuando en mí se inspiran, y me parecen los elogios más encaminados á hacerme olvidar mi desgracia que á traducir una admiración real: por eso los madrigales figúranseme dictados por afectos que, si algo tienen de tales, mucho les queda de romancesca compasión y de abnegado querer, frágil y pasajero en los hombres... ¡Duda es que me hace rechazarlos!... (*Tras corta pausa, y con dolida amargura*). ¡Ah, si yo pudiera ver!... ¡Ver las miradas que me contemplan, y sumergir en ellas las mías!... Tocar al fondo del pensamiento, escudriñar sus últimos resquicios y separar en ellos la verdad de la ficción! ¡Si yo pudiera ver!... ¡Pero no!... ¡El elegido no habrá de mirarse en mis pupilas, ni habrán éstas de acoger los destellos de las suyas, en ese leuguaje mudo tan intenso que debe ser el de los ojos, y que vedado me está, ya que pudiere libertar de su cautiverio doliente á esta callada alma

mía tan remota, tan lejana, que á ella no alcanza esa ley tiránica del vivir que dicen es amar...

Nueva y breve pausa que Alvaro Cruz interrumpe con esfuerzo.

ÁLVARO CRUZ

¡Ley que alcanza á todas partes, Felicia; por oculto que esté, tu corazón ha de obedecer á ese imperio!...

ADELA

(*Con sencilla alegría.*) ¡Yo paso del cuarto de siglo, y aún espero mi primer enamorado!... (*A Cruz, riendo.*) ¿Cree usted que llegará?...

ÁLVARO

(*Riendo también.*) ¡Hay que suponerlo!...

ADELA

¡No me impaciento!... ¡Si aparece á tiempo, bien; si tarde ó nunca!... (*Deja en suspenso la frase, con ademán resignado.*)

FELICIA

¡Tienes un carácter envidiable, Adela; buenas ó malas, todas las horas te parecen igualmente amables!...

ADELA

¡Qué se obtiene, deslindándolas?...

Llega por la derecha Pedro quien, sobre una cestilla ó bandeja de correspondencia, presenta á Irene un telegrama cerrado.

ESCENA SEGUNDA

LOS MISMOS. PEDRO.

PEDRO

(*A Irene.*) Acaba de llegar este despacho urgente, dirigido al señor Rojas... ¿Desea la señora que le lleve al encuentro de don Diego?...

IRENE

(*Tomando el despacho, y dejándole sobre la mesa.*) ¡No!... ¡No vale la pena!...

FELICIA

(*Al criado, que se retira hacia la derecha.*) ¿Pedro!...

PEDRO

(*Descendiendo nuevamente hacia el proscenio.*) ¡La señorita manda?...

FELICIA

¡Sirva usted refrescos!...

Pedro sale por la derecha. Hay una pausa.

FELICIA

(*Impaciente.*) Irene, ¿por qué no lees ese despacho?... ¡Ya que es urgente!...

IRENE

¡Jamás abro la correspondencia de mi marido!...

ADELA

(*Insistiendo.*) ¡Es un caso excepcional: puede tratarse de un negocio apremiante, que se malogre no respondiendo con oportunidad!...

IRENE

(*Friamente.*) ¡Tanto mejor!...

ÁLVARO

(*A Irene, sonriendo.*) ¡Siempre original!...

IRENE

(*Amargada.*) ¡É inaguantable!...

ÁLVARO

(*Con protesta cortés.*) ¡Oh, por Dios!...

IRENE

¡Qué se ha de hacer!... ¡Genio y figura!...

FELICIA

(*Con creciente inquietud.*) ¡Irenita! ¿qué dirá ese telegrama?...

IRENE

¿Te interesa hasta tal punto?...

FELICIA

(*Cariñosa.*) ¡Sólo por lo que á ti se refiere!... Necesité muchas súplicas y muchos esfuerzos para lograr de Diego este viaje;

para arrancarte durante algunos meses á tu triste vida madrileña, y ofrecerte aquí un poco de distracción, de aire respirable, y olvido de tus pesares... (*Pausa.*) ¡Ahora, conseguido mi afán, temo en cada instante un malhadado asunto que, requiriendo á tu marido, ponga fin á nuestra ventura!...

IRENE

(*Conmovida, se acerca á Felicia, sentándose á su lado y abrazándola.*) ¡Tranquilízate: no he de abandonarte, y mi fidelidad es más egoísmo que virtud!... Hace un momento, cruzando tu famoso atajo, entre caídas y tropiezos, reíamos y cantábamos; y mis risas y mis canciones parecíanme ajenas, como amigas ausentes durante larga ausencia, que al tornar del olvido se nos antojan extrañas... (*Tras una pausa, y resueltamente.*) ¡Si ha de marchar, Diego lo hará solo!...

FELICIA

¿Cuentas con su voluntad?...

IRENE

¡Bástame la mía!...

ADELA

(*En tono de amistoso reproche.*) ¡Irene, por Dios!

IRENE

(*Con pronta réplica.*) ¡Eso no se dice: lo sé!... Está en uso llorar cuando en los labios retoza la sonrisa, y sonreir cuando á los ojos asoma el llanto; pero el código de costumbres no tiene acción sobre mí...

FELICIA

(*A Irene, que sigue á su lado.*) ¡Me agrada oirte!... Conservas, por dicha tuya, aquel ánimo independiente y resuelto que desde niña te hizo, por antítesis, adorable para mi alma resignada, incapaz de oponerse al destino, y vencida sin lucha por todo dolor!...

ÁLVARO

Esa diversidad de espíritus, explica la estrecha amistad que á ustedes une...

ADELA

¡Y que es antigua!... En el colegio, cuando alguna mala compañera molestaba á Felicia, Irene dirimía la cuestión, y no dulcemente por cierto... Aún creo presenciar aquella escena de que guardaréis memoria: nos recreábamos contemplando proyecciones de linterna mágica; Felicia, no pudiendo verlas, lloraba; entonces miss Mabel, una inglesa muy larga y muy delgada, dió en mofarse de ella, asegurando que las damitas de la Gran Bretaña no se afligían por futesas semejantes, y sólo al morir alguno de sus deudos permitíanse el lujo de algunas breves lágrimas. Oyó esto Irene, y sin decir palabra descargó sobre la británica tal bofetada, que miss Mabel hubo de prorrumpir en lamentos y sollozos inextinguibles; é Irene, muy tranquila, le preguntó cuál era el pariente cercano que para siempre acababa de perder...

ALVARO

(*Riendo.*) ¡Tiene gracia!...

Entra de nuevo Pedro, por la derecha, y sirve refrescos helados.

IRENE

(*Mirando hacia el jardín, á la izquierda.*) ¡Las madres llegan; y solas!...

ADELA

(*Volviéndose hacia el lugar indicado por Irene.*) ¡Es verdad!... (*A Irene, en tono de chanza.*) ¡Diego se ha perdido!...

ÁLVARO

(*Alzando la voz, y dirigiéndose á las damas que llegan.*) ¡Rezagadas!... ¡Hace buen rato que las aguardamos!...

Entran en escena, por la izquierda, y viniendo del jardín, Carmen y Amparo. Al mismo tiempo, Pedro sale por la derecha, hacia el hall.

ESCENA TERCERA

FELICIA. IRENE. ADELA. CARMEN. AMPARO. ÁLVARO CRUZ.

CARMEN

(*Sentándose con ademán de cansancio.*) ¡Y esperareis mucho tiempo á que os acompañe yo de nuevo en tales paseos!... (*Abanicándose.*) ¡No puedo más!...

AMPARO

(*Con igual gesto de fatiga.*) ¡Buen camino el vuestro; para calvario no tiene precio!...

FELICIA

¿Volvieron ustedes á la alemada?...

CARMEN

¡Claro está, hija!... *(Aceptando un refresco que Irene le ofrece).* ¡Gracias, Irene!...

IRENE

¿Diego no las ayudó, en los malos pasos?... (*Ofrece otro refresco á Amparo.*)

AMPARO

(A Irene, tomando de sus manos el helado.) ¡Tu marido es mal acompañante!... ¡Más se preocupa de sí que del prójimo!...

ADELA

(*Riendo.*) ¿Qué hicieron ustedes de él?...

CARMEN

En la casita de los jardineros quedó á descansar, maldiciendo de la vida campestre...

Entra Pedro en escena, por la derecha.

ESCENA CUARTA

LOS MISMOS. PEDRO

PEDRO

(*Dirigiéndose á Carmen.*) ¡Señora, la condesa de Armental espera en el salón!...

CARMEN

(*Con gesto de quien recuerda algo olvidado.*) ¡Ah, la de Armental: es cierto!...

AMPARO

Ayer me visitó, y ofrecí para su fundación un modesto donativo, en la medida de mis fuerzas...

CARMEN

¡Haré también lo posible!... ¡Es obra de caridad muy necesaria!...

ADELA

La condesa inicia la suscripción, llevando á ella diez mil duros...

IRENE

(*A Carmen.*) ¡Yo daré algo!...

ALVARO

¡Y yo!...

FELICIA

(*A Carmen.*) Mamá, pon en lista mis economías: tú eres mi tesorera, y sabrás á cuánto ascienden...

CARMEN

(*Poniéndose en pie.*) ¡Muy bien, hijos míos: Dios os lo pague!...

AMPARO

(*A Adela, poniéndose también en pie.*) ¡Nosotras marcharemos, Adela; tu padre debe esperarnos ya!...

ADELA

¡Vamos, mamá!...

CARMEN

El coche estará dispuesto...

AMPARO

¡No es necesario, Carmen!...

CARMEN

¡Sí, sí!... (*A Pedro.*) ¡Diga usted al cochero que se acerque á la terraza!... (*Pedro sale por la izquierda, hacia el jardín. Carmen se despide afectuosamente de Amparo y Adela.*) ¡Adiós, Amparo!... ¡Adiós, Adelita!... (*Dirigiéndose hacia el hall.*) ¡Perdonadme: no os acompaño!...

AMPARO

(*A Carmen, que se aleja excusándose.*) ¡Estás disculpada!...

Carmen sale de escena por la derecha. Alvaro Cruz ofrece el brazo á Amparo, y ambos se dirigen hacia la izquierda, seguidos por Felicia, Irene, y Adela.

AMPARO

(*A Cruz, saliendo de escena.*) ¿Ha de ser larga su permanencia entre nosotros?...

ÁLVARO

¡Probablemente, hasta el otoño!...

Salen hacia el jardín.

ADELA

(*A Irene, saliendo también de escena por la izquierda.*) ¡No vuelvas á Madrid, Irene!...

IRENE

¡No volveré!...

FELICIA

¡Es promesa hecha!...

Pasan todos al jardín. Queda la escena desierta durante un segundo. Llega Pedro, de regreso del jardín, y aplícase á recoger los servicios de refrescos: en tal coyuntura, percibe el telegrama abandonado sobre la mesilla rústica.

ESCENA QUINTA

PEDRO

(*Recogiendo el telegrama, y viendo que está aún cerrado, torna á dejarle en su lugar, con ademán de indiferencia.*) ¡Urgente, dice!...

Sale por el hall, á la derecha. Un instante más tarde llegan precipitadamente, por la izquierda, Diego Rojas é Irene.

ESCENA SEXTA

IRENE. DIEGO ROJAS.

IRENE

(*Entrando en escena, Irene se adelanta hacia la mesa rústica, designando á Diego el telegrama que sobre ella está.*) ¡Ahí le tienes!... (*Siéntase frente á su marido, contemplando la expresión de éste.*)

DIEGO ROJAS

(*Lee y relee el telegrama con absoluta calma, y al cabo de un instante, y sin emoción alguna en la voz...*) ¡Mi padre está muriendo!...

Hay una larga pausa. Diego medita brevemente, sin la más pequeña alteración. Irene, en silencio y en igual actitud, espera.

IRENE

(*Rompiendo el silencio, con entonación indiferente.*) ¿Entonces?...

DIEGO

(*Guardando el despacho, pausadamente.*) ¡Marchamos hoy mismo; ahora mismo!... (*Consul tando su reloj.*) ¡El expreso de Madrid sale, de aquí á hora y media!... (*Calculando.*) Cuarenta minutos para disponer el equipaje; quince, para despedirse; diez, para llegar á la estación; veinte, para facturar y meterse en el tren; cinco, á cuenta de imprevistos: el tiempo exacto...

IRENE

(*Sin cambiar de actitud.*) ¿Es necesario que yo haga ese viaje?...

DIEGO

(*Sorprendido.*) ¿Cabe dudarlo?...

IRENE

(*Fríamente.*) ¡No; porque estimo del todo inútil mi presencia al lado de tu padre!...

DIEGO

¡Tal vez; pero dada la gravedad del caso, tu alejamiento sería juzgado muy desfavorablemente!...

IRENE

¿Por quién?...

DIEGO

(*Impaciente ya.*) ¡Por nuestra familia; por nuestros amigos!...

IRENE

¡Querrás decir *tu* familia y *tus* amigos!...

DIEGO

(*Con impaciencia creciente.*) ¡Míos y tuyos!...

IRENE

(*Despectiva.*) ¡Ni tu familia es mi familia, ni mis amigos tus amigos; á Dios gracias!... (*Resueltamente.*) ¡Y puedes ir solo; no quiero asistir á la última hora de tu padre!... (*Irónica.*) ¡Renuncio á su bendición!...

DIEGO

(*Sonriendo, y dando intención á las palabras.*) ¿Pero no á su herencia?...

IRENE

(*Herida en lo más hondo del alma, y puesta en pie ante su marido en un paroxismo de indignación, habla en voz baja, para no ser oída desde el jardín ó el salón hall.*) ¡Su herencia!... (*Acercándose aún más, y escudriñando la expresión del semblante de Rojas.*) ¡Tu padre agoniza, lo sabes; y ni una lágrima hay en tus ojos, ni una emoción en tu semblante: y en tus labios, como en tu pensamiento, esa sola abyección: tu herencia!... (*Pausa.*) ¡Eso me arrojas á la faz, como un ultraje y como un reto, creyendo que tus millones han de ser imán que subyugue el hierro de mi voluntad, y peso

que abata el vuelo de mi espíritu!... (*Siempre en voz queda, y á la par vibrante de ira.*) ¡Pues escucha; atiende á un consejo!... ¡En nuestra odiosa existencia sufrí calladamente, y hasta ahora impuse silencio á la rebelión que en todo mi ser clamaba lucha; hoy das fin á toda tregua, y ésta que voy á decirte es mi última palabra de paz!... ¡Si tus futuras acciones son lo que deben ser, lo que yo exijo que sean, nuestra tácita enemistad puede trocarse en amistoso arreglo, y más allá, tal vez... tal vez en cariño! ¡Ya ves á lo que llego: al cariño!... ¡En caso opuesto, vamos á la guerra que provocas, en la que todos los medios han de parecerme buenos siempre que me desliguen de ti, dejándome en completa libertad de gobernarme á mi antojo, para ser, no la esposa indigna de un malvado, sino la amante, digna, de un hombre de bien!... ¡Así hallaré quizá la dicha que desconozco, y á la que tengo un derecho que no estoy dispuesta á renunciar!...

DIEGO

(*Consultando de nuevo, y con toda tranquilidad, su reloj...*) ¡Cinco minutos perdidos!...

IRENE

¡Los imprevistos!...

DIEGO

¡Te concedo diez más; abreviaré las despedidas!... (*Sonriendo.*) ¡Aconséjame durante diez minutos!... (*Con un sarcasmo en la entonación.*) ¿Decías, de mi herencia...?

IRENE

¡Sepúltala en la misma tierra que has de dar á tu padre, si quieres honra; y si á más de honrado quieres ser justo, restitúyela á sus dueños, á sus verdaderos dueños, que aunque son muchos, fácil ha de serte encontrarlos...: yo te los indicaré!...

DIEGO

(*Sorprendido.*) ¿Tú?...

IRENE

¡Sí!... ¡Yo!... ¿Recuerdas aquellos diarios de operaciones—notas íntimas de tu padre—, perdidos últimamente?...

DIEGO

(*Inquieto.*) ¿Y bien?

IRENE

¡Los guardo yo! (*Percibiendo un rápido movimiento de Diego.*) ¡Oh, no te molestes; no están en mi equipaje, ni en tu casa tampoco!... ¡Púselos á buen recaudo; que me son necesarios!...

Es vuestro archivo familiar: préstamos que os fueron pagados cien veces y que aún consideráis no satisfechos; compromisos inicuos, suscritos en horas de angustia, que os sirvieron para aniquilar á tantas familias, privando de calma para morir á los viejos, de fuerza para luchar á los jóvenes, del pan y el abrigo de sus hijos á los padres, y de palabras bastantes para maldeciros á las madres... ¡Y las imploradoras quejas, y los dolores, y los tormentos de que hicísteis escarnio; cenizas de hogares apagados con lágrimas; fango entre el cual se revolvieron vuestras garras triturando corazones!... (*Pausa.*) ¡Camino andado en infames jornadas de delito, cabe desandarle en luminosos días de redención; y tal es mi consejo!... ¡Muéstrame, atendiéndole, que mentí al decir aquí mismo, no ha mucho, que la falta de alma es estigma de tu raza!... (*Trocando el tono de amenaza por otro persuasivo, cada vez más afectuoso.*) ¡Devuelve, á quienes hubieron de ser arrebatados, esos bienes que no te pertenecen, y pobre y redimido, y mísero y dignificado, ven á mí!... ¡La escasa dote, aho-

rro de muchos años de abnegada labor, que al descansar en paz de conciencia pudo legarme mi padre, y guardé como tesoro mío, para que jamás en denigrante alianza se uniera al tuyo: ella nos bastará para huir lejos, muy lejos; para emigrar á remotas tierras, donde á nadie conozcamos y donde nadie nos conozca; y allí trabajaremos; allí escribiremos una nueva historia *nuestra*, *tuya* y *mía*; que yo he de ayudarte; que yo he de prestarte alientos; que así encontraremos la ventura que hoy nos es negada por Dios; que así nuestras almas podrán hallarse!... (*Casi amorosa.*) ¡Y seré tu compañera!... ¡Y seré tu enamorada!... (*Con suplicante angustia.*) ¡Di! ¿Quieres?...

DIEGO

(*Impasible.*) ¿Has concluído?...

IRENE

(*Dejándose caer sobre un sillón, con hondo desaliento.*) ¡He concluido!...

DIEGO

¿Estás resuelta á no acompañarme?...

IRENE

¡Resuelta en absoluto!...

DIEGO

¿Y á cuanto acabas de decir?...

IRENE

¡A cuanto dije!...

DIEGO

(*Tras corta pausa.*) ¡Tus consejos son locuras; cuerdamente, no he de seguirlos!...

IRENE

(*Firme y tranquila ya.*) ¡Por tanto, y en uso de mi albedrío, rompo cuantos lazos me unen á ti!...

DIEGO

(*Ultrajante.*) ¿Para ser, dijiste, la concubina de quien te plazca?...

IRENE

(*Tranquila.*) Y borrar así la infamante memoria de haber sido tu esposa!...

DIEGO

¡Olvidas que puedo sujetarte á mi lado!...

IRENE

(*Con violento arrebato de ira.*) ¡Y tú, olvidas que no soy una pobre mujer indefensa; olvidas que me sobra valor, y que dispongo de armas certeras; olvidas que vuestro diario de negocios es suficiente para justificar que una mujer buena no puede albergarse bajo tu techo (*Con sombría amenaza en las palabras y en el gesto.*), é ignoras que tal diario, índice de vuestras víctimas, hubo de servirme para encontrarlas!... ¡A todos estos infelices me dirigí; con todos ellos pacté; y de ese modo hallé otras tantas voluntades, sumadas á mi voluntad en el odio hacia ti y hacia los tuyos!... ¡Así, en la sombra y en el silencio, formé en torno mío legión de rencores prontos á alzarse con mi rencor!... (*A medida que habla se adelanta hacia Diego, que aterrado retrocede hacia el hall.*) ¡Y cuando yo lo quiera, esos aliados míos, que tú sabes numerosos é implacables, surgirán á tu lado; surgirán callada, traidoramente!... (*Con un reflejo de crimen en la actitud y en*

la entonación, intensamente trágicas.) ¡Y en la sombra y en el silencio, cien manos inexorables se tenderán con mis manos hacia tu garganta, y te serán dogal, y te serán garrote, buscando, en las convulsiones de tu merecido fin, el supremo placer de venganza!.... (*Con asesino gesto retador.*) ¿Te atreves, ahora?... ¿Quieres luchar?... ¿Quieres morir?...

DIEGO

(*Cerca ya de la portada del hall. Con voz insegura.*) ¡Basta!... ¡El tiempo apremia, y perdemos el tiempo!... ¡Eres libre!... !Del todo libre!... (*Saliendo por la derecha.*) ¡Mucha suerte!... (*Deteniéndose un segundo, y con forzada sonrisa.*) ¡Diré á tu madre, que emprendes la gran aventura de la alta prostitución!...

IRENE

(*Con sorda voz sollozante.*) ¡Y dile, asimismo, que tal es su obra!...

Diego sale rápidamente, por la derecha. Irene va con paso inseguro hacia el foro, y reclinando su cuerpo desfalleciente contra la columna más alejada del proscenio, pugna la joven por rechazar, en la violencia de su ira, las lágrimas de involuntaria flaqueza que asómanle á los ojos.

En tal instante se interpretará el poema sinfónico La Borrasca, *cuyo motivo es, luego de un desgarrado sollozo, la remembranza de ilusiones perdidas que evoca, lejano, un popular canto de amor. Tras de este instante de melancólica serenidad, torna, en lamentos y en iras, el oleaje de las pasiones desencadenadas, para terminar en la brusca serenidad de una firme rebelión del alma contra el adverso destino.*

LA BORRASCA

LA BORRASCA.

All° muy apasionado.

y dile asi mismo
que tal es su obra

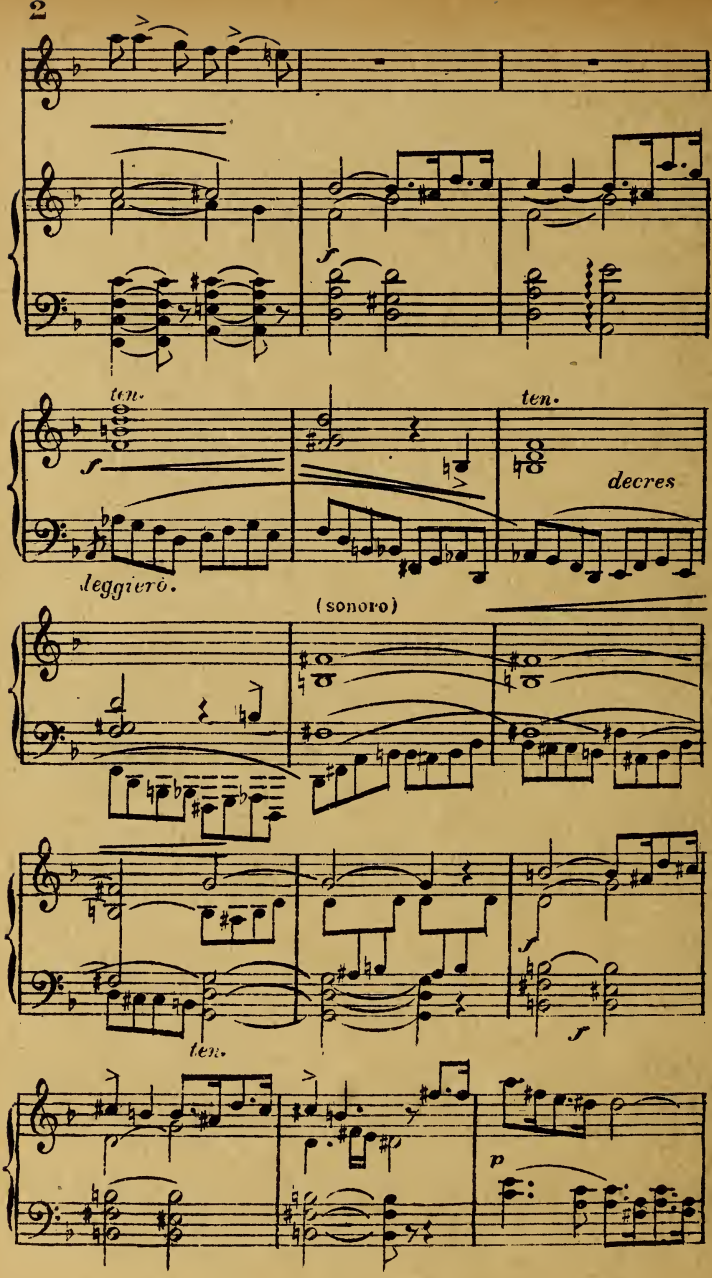
co fuoco.

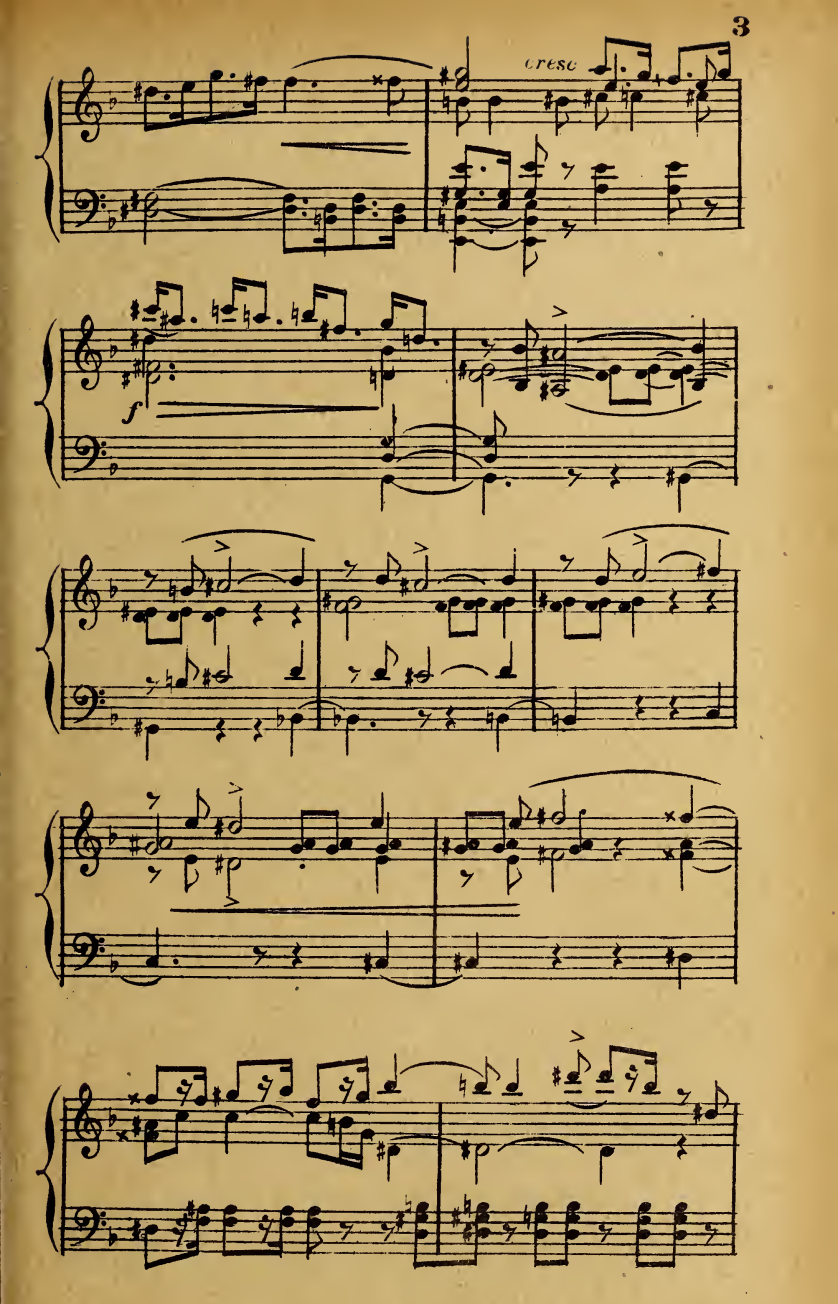
f *ff* *ten.* *sf* *sf*

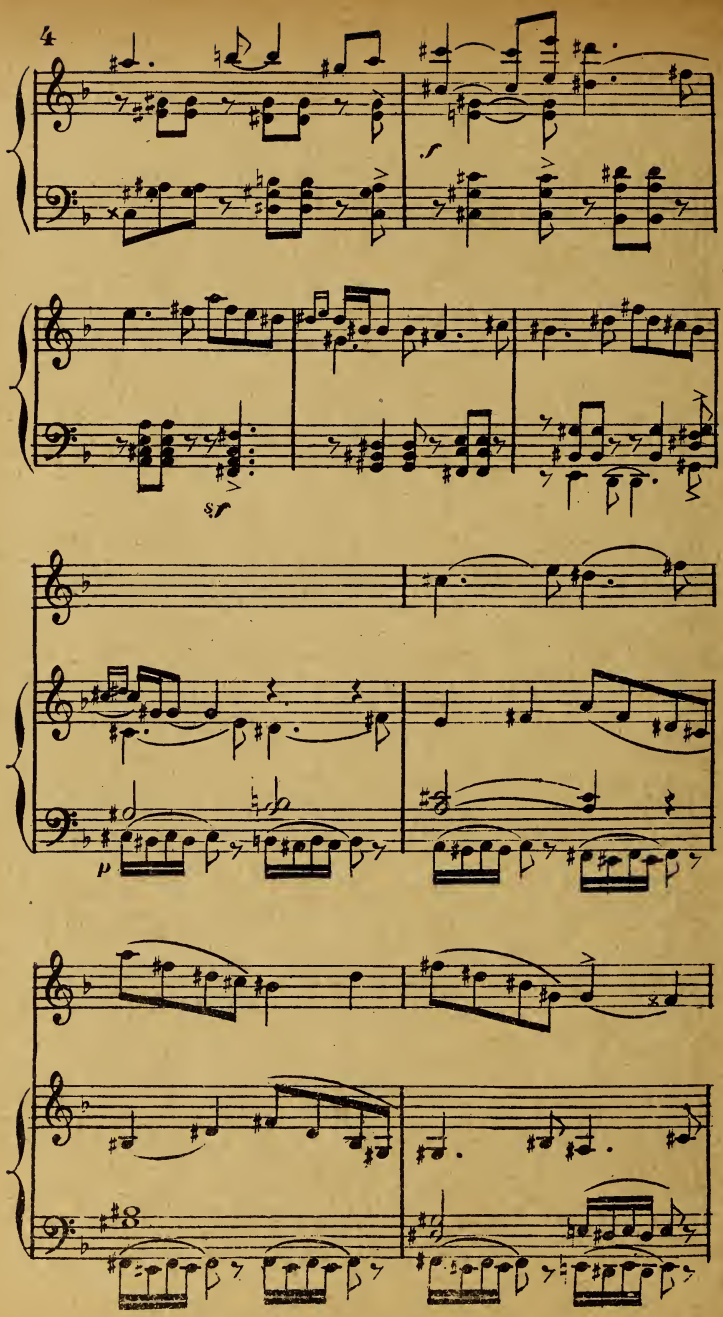
p *un poco piu*

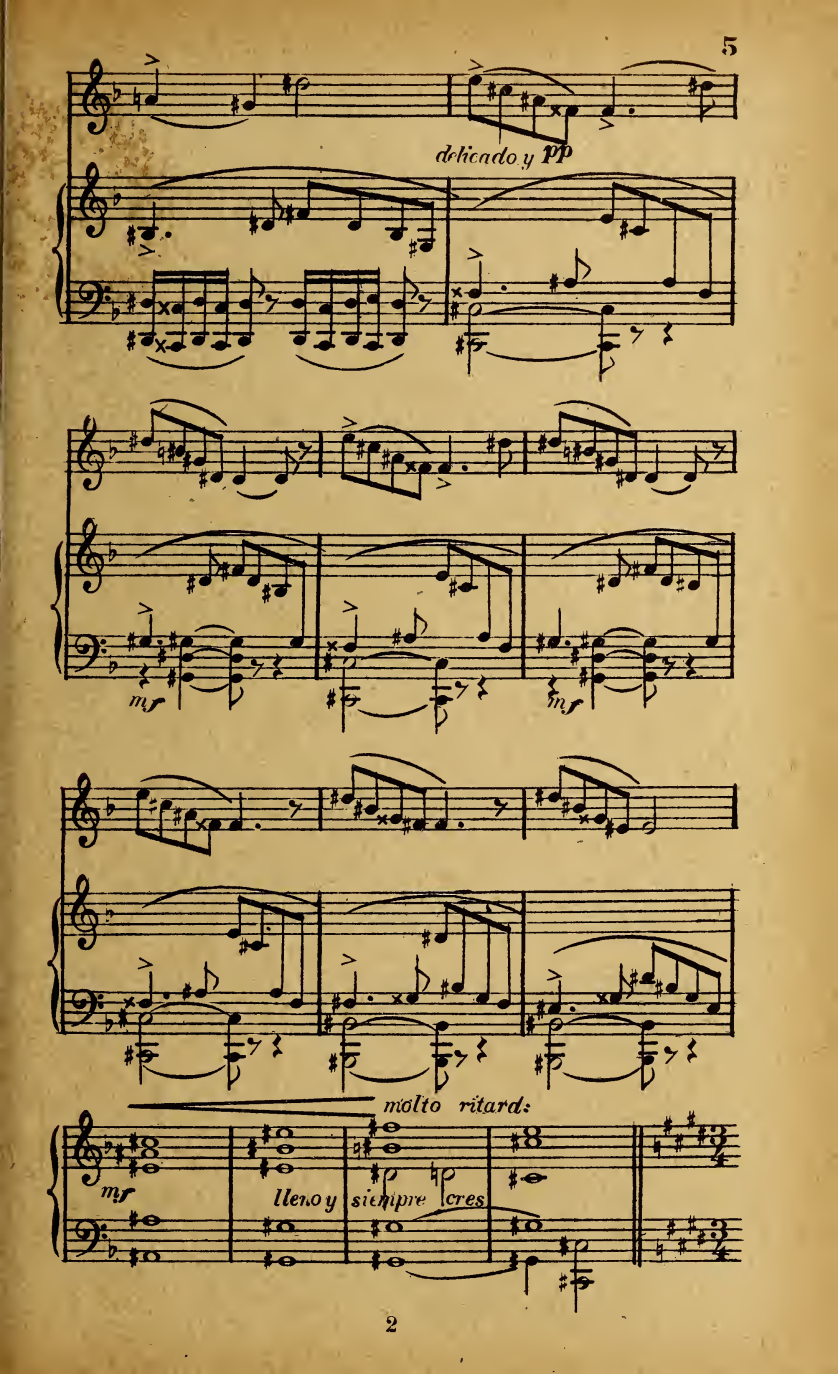
mf *p*

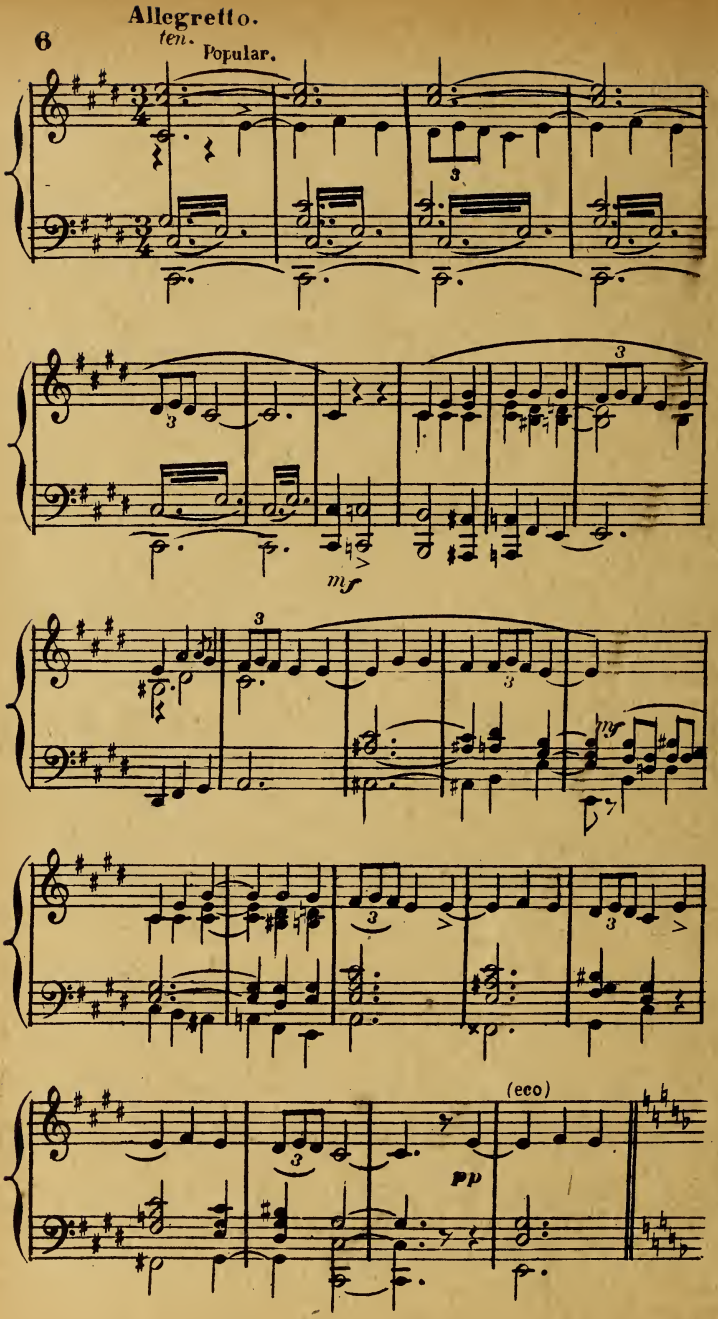
cres - cen - do *f*

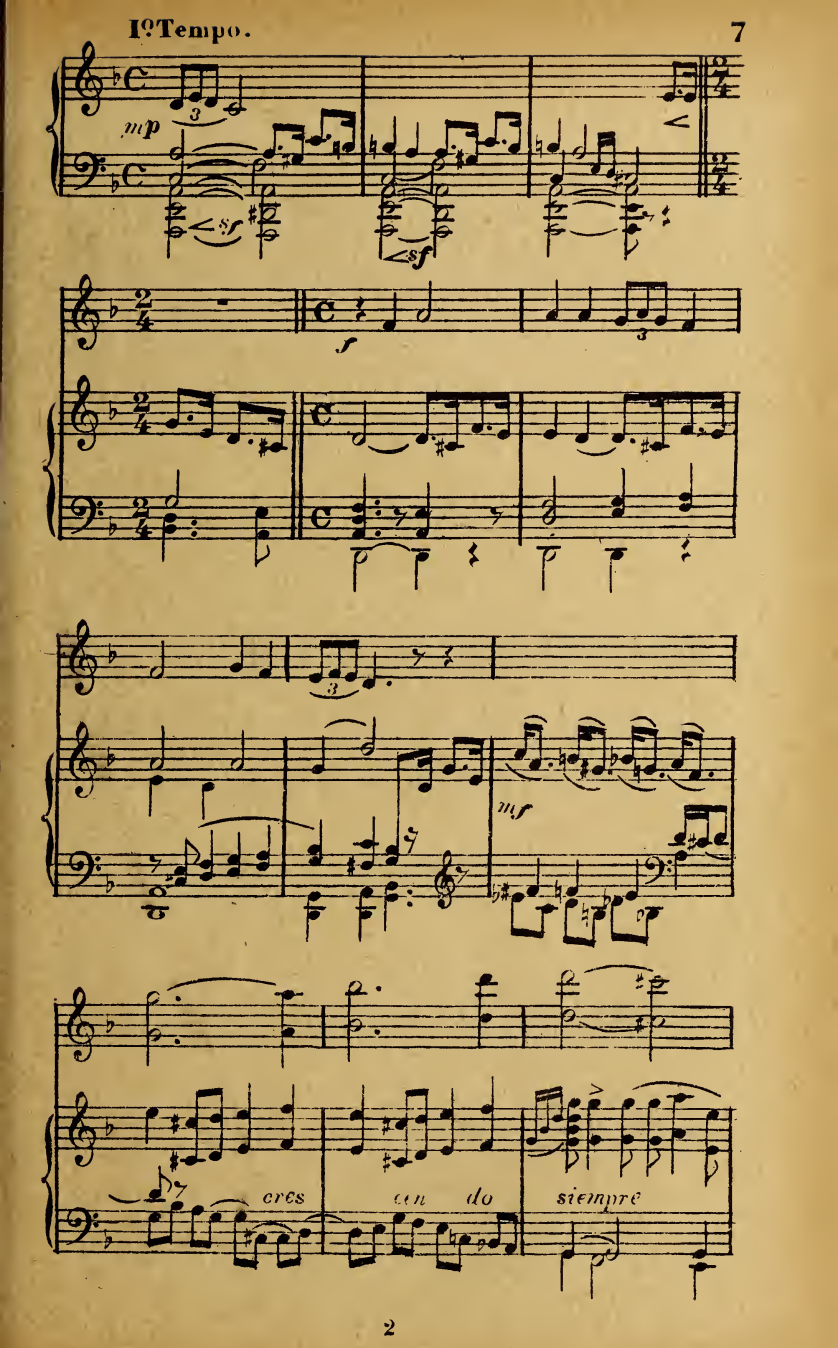

ten.
f
ten.
decres
leggierò.
(sonoro)
f
f
ten.
p

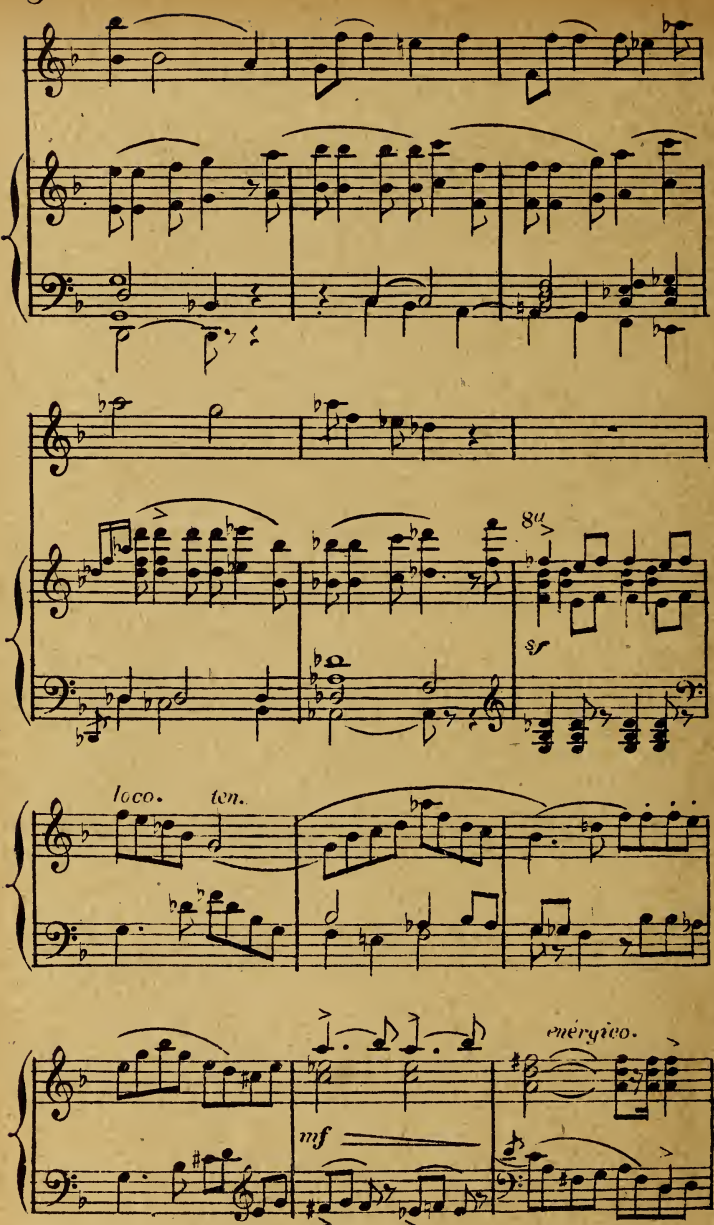

cresc
f

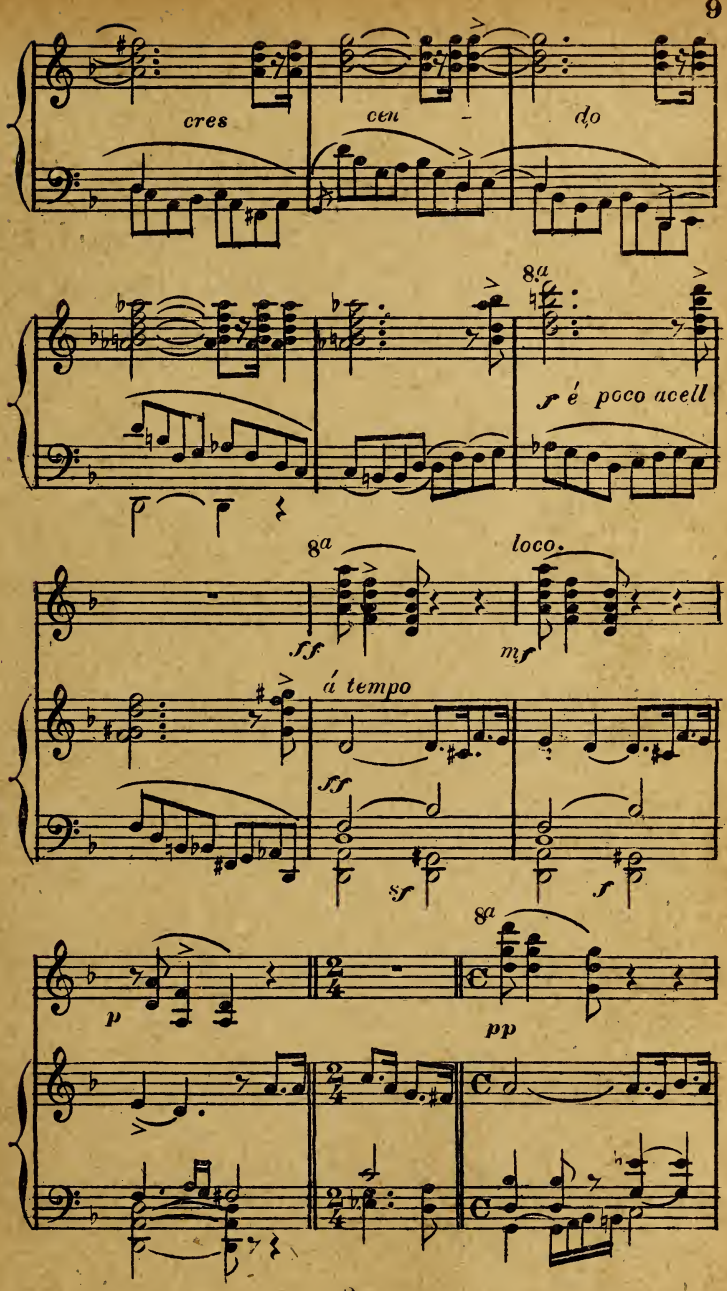

f
sf
p

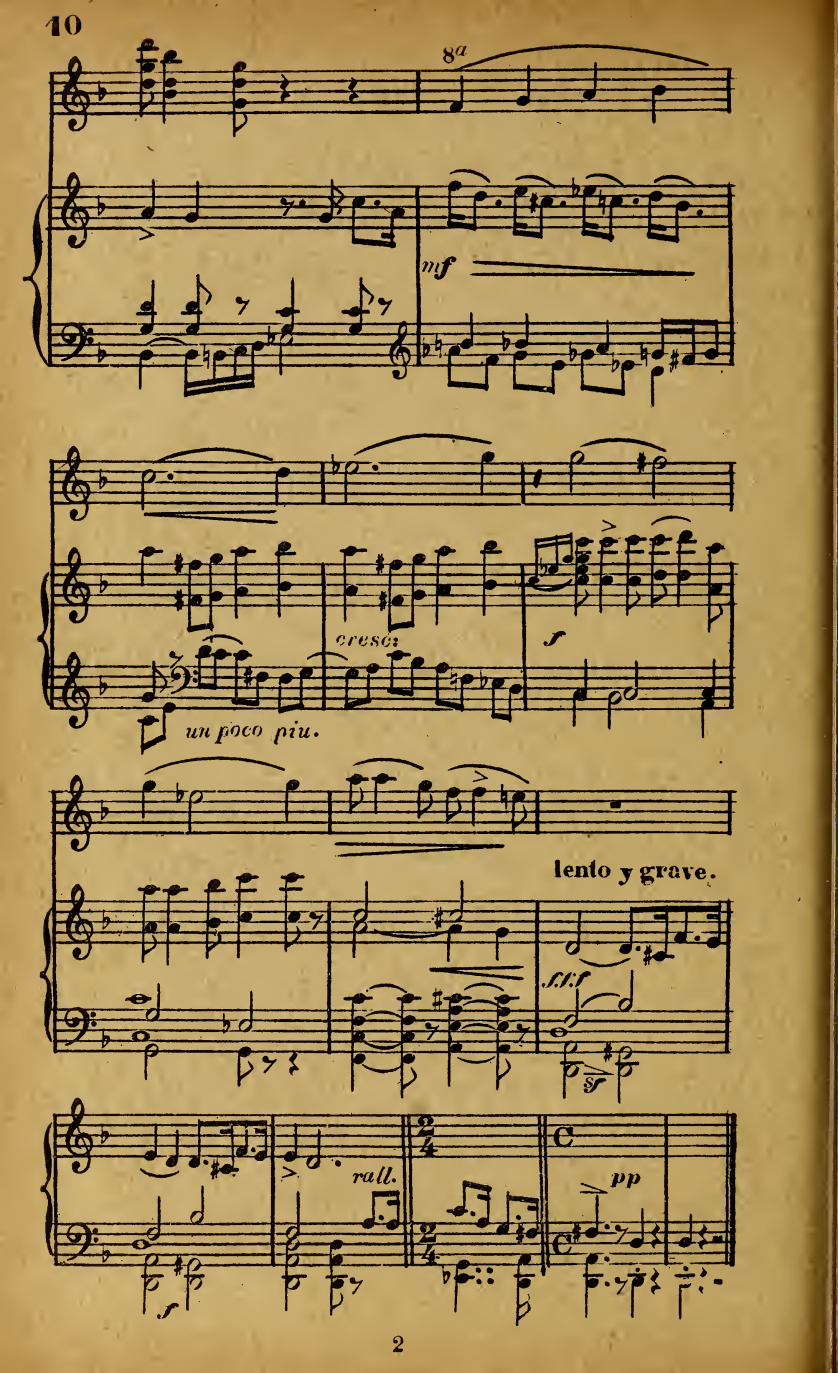

delicado y pp
mf
mf
molto ritard:
mf
lleno y siempre cres


Allegretto.
ten.
Popular.
3
3
3
mf
3
3
mf
3
3
(eco)
pp


I° Tempo.
mp
sf
sf
f
mf
cres
cen
do
siempre


8va
sf
loco.
ten.
mf
enérgico.


cres
cen
do
8a
f é poco acell
8a
loco.
ff
mf
á tempo
ff
sf
f
8a
p
pp


8a
mf
cresc:
f
un poco piu.
lento y grave.
ff.f
sf
rall.
f
pp

Diciéndose la última frase de este poema sinfónico, aparecen Felicia y Álvaro, quienes viniendo del jardín, por la izquierda, cruzan la terraza conversando en voz baja, y se dirigen hacia el hall, llegando al centro de la escena sin darse cuenta de la presencia de Irene, y sin que ésta, absorta en su doliente meditación, los perciba.

ESCENA SÉPTIMA

IRENE, FELICIA, ÁLVARO CRUZ.

IRENE

(*Al apagarse la última nota del canto, sin abandonar su actitud, y tan sólo alzando la cabeza, vueltos los ojos hacia el cielo, con gesto á la par suplicante y airado.*) ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

ÁLVARO

(*Oyendo las palabras anteriores, y percibiendo á Irene, corre con Felicia, hacia ella.*) ¿Se siente usted mal, Irene?...

IRENE

(*Con brusco sobresalto.*) ¡No!... ¡No es nada!...

FELICIA

(*Inquieta. Abrazando á Irene.*) ¿Qué ocurre?... ¿Te marchas?...

IRENE

¡Me quedo!...

FELICIA

¿Diego se va?...

IRENE

¡Hoy mismo!...

FELICIA

(*Gozosa y sorprendida.*) ¿Y eso te aflige?...

IRENE

(*Con ademán indefinido.*) ¡Bah!... (*Llévase á Felicia hacia el foro.*)

FELICIA

(*Retirándose con Irene al último término de la escena.*) ¡Cuéntame tu pesar!...

Conversan en queda voz. Los gestos de Irene exteriorizan una apasionada vehemencia. Álvaro se retira discretamente hacia la derecha, entrando en el hall. Viéndole marchar, Irene conduce nuevamente á Felicia hacia el proscenio.

ESCENA OCTAVA

IRENE. FELICIA.

FELICIA

(*Descendiendo con Irene hacia el proscenio.*) ¡Esa separación ha de ser definitiva?...

IRENE

¡Por fortuna!...

FELICIA

¿Volverás al lado de tu madre?...

IRENE

¡Jamás!... Le debo mi desgracia; es deuda inolvidable!...

Hay una breve pausa. Ambas jóvenes toman asiento, cerca una de otra.

FELICIA

¿Luego entonces?...

IRENE

¡El mundo es amplia residencia para quien sabe aprovechar sus distancias!... Una vida deshecha aquí, puede rehacerse más allá: que toda criatura tiene reservadas muy distintas suertes en opuestos extremos de la tierra... El secreto está en no rendir la voluntad, en no entregarse á la desgracia, y cuando un cielo nos es ingrato, en buscar la dicha bajo otros soles...

FELICIA

¡Eso indica que, disponiendo tus alas, pronto has de tender el vuelo?...

IRENE

¡Pronto!... ¡Muy pronto!...

FELICIA

¡Ingrata!...

IRENE

(*Con afectuosa protesta.*) ¡No, Felicia, no te olvido! ¡Pero una mujer, en mi situación, es un huésped difícil, casi peligroso!...

FELICIA

¿Por qué?...

IRENE

Estriba la razón de ello en una sinrazón, que por serlo no es menos cierta... De hoy más, estoy fuera de ley; de hoy más, seré blanco de maledicencia y tema de murmuraciones, y no sólo por ningún concepto he de evitar esas censuras, sino tal vez daré sobrado lugar á ellas...

FELICIA

(*Compasiva.*) ¡Irene!...

IRENE

(*Prosiguiendo.*) ¡Yo no soy una humilde; soy una impulsiva!... Mi espíritu y mi cuerpo arden en ansias de vida intensa, amorosa, y noble con nobleza donosa y valiente, con nobleza cual yo la comprendo, que no es como la entienden las gentes... (*Tras una pausa, y hablando como en ensueño.*) Yo quiero hacer mucho bien; anhelo socorrer muchos infortunios y alegrar muchas tristezas; deseo, en mi camino azaroso y lejano, muchas flores, mucha luz, y mucho amor... He de marchar sobre una senda reidora de felices días, y sin un pesar, como sin un remordimiento, iré dichosa y serena al encuentro de la muerte... (*Pausa.*) ¡Ignoro mi destino; no sé qué brazos se abrirán ante mis brazos!... ¿Ganará un hombre, en lid de amores, el amor mío?... ¿Será uno, ó serán muchos mis amantes?... ¡No lo sé!... ¿Quién lo sabe!... ¡Corro hacia el porvenir!... Allá voy, en mi cordura ó en mi demencia, buscando un remoto vergel esmaltado de corolas, bañado en suaves reflejos, y encantado por los ecos de inextinguibles armonías...

FELICIA

(*Con angustiada piedad.*) ¡Irene!...

IRENE

¡Veo tu sorpresa dolorida, y he de evitarte el enojo de formularla!... Para ti, como para todos, fuí junto á mi marido, y compartiendo su triste hogar, mujer digna de estimación... Hoy, libertada de ese oprobio, que fué mi enlace, el mundo y tú me queréis apartada de la existencia, en reclusión discreta y mística... Me exigís, á cambio de vuestro aprecio, el sacrificio de toda ilusión y de toda esperanza en aras de las costumbres... (*Pausa breve.*) Y si no tal, cuando menos el rubor del pecado; la reserva con la cual tantas mujeres, desgraciadas en sus alianzas, buscan oculto alivio á su tristeza en clandestinas pasiones, y obtienen una gran indulgencia en atención á su desventura y á su cuidado en parecer buenas, no siéndolo... (*Pausa.*) Yo, Felicia, ni quiero sepultar en vida mi juventud por respeto á la tradición, ni me doblego al adulterio furtivo que nace engendrado en la cobardía por el engaño... Voy en querencia de alegrías, á la faz del sol, sin velos y sin ficciones; y en mi sinceridad y en mi valor cifro esa honra mía que no concebís vosotros, honra que tiene su asiento en el alma, no en el sexo... (*Pausa.*) ¡Así soy!... ¡Para quien me comprenda, no he menester disculpa; quien me censure pierde el tiempo, que junto á la pudicia fingida ó á la mordacidad hostil, pasaré sin verlas ni oirlas; fijos los ojos y enclavada la voluntad allá lejos, muy lejos, en mi horizonte de alborada!...

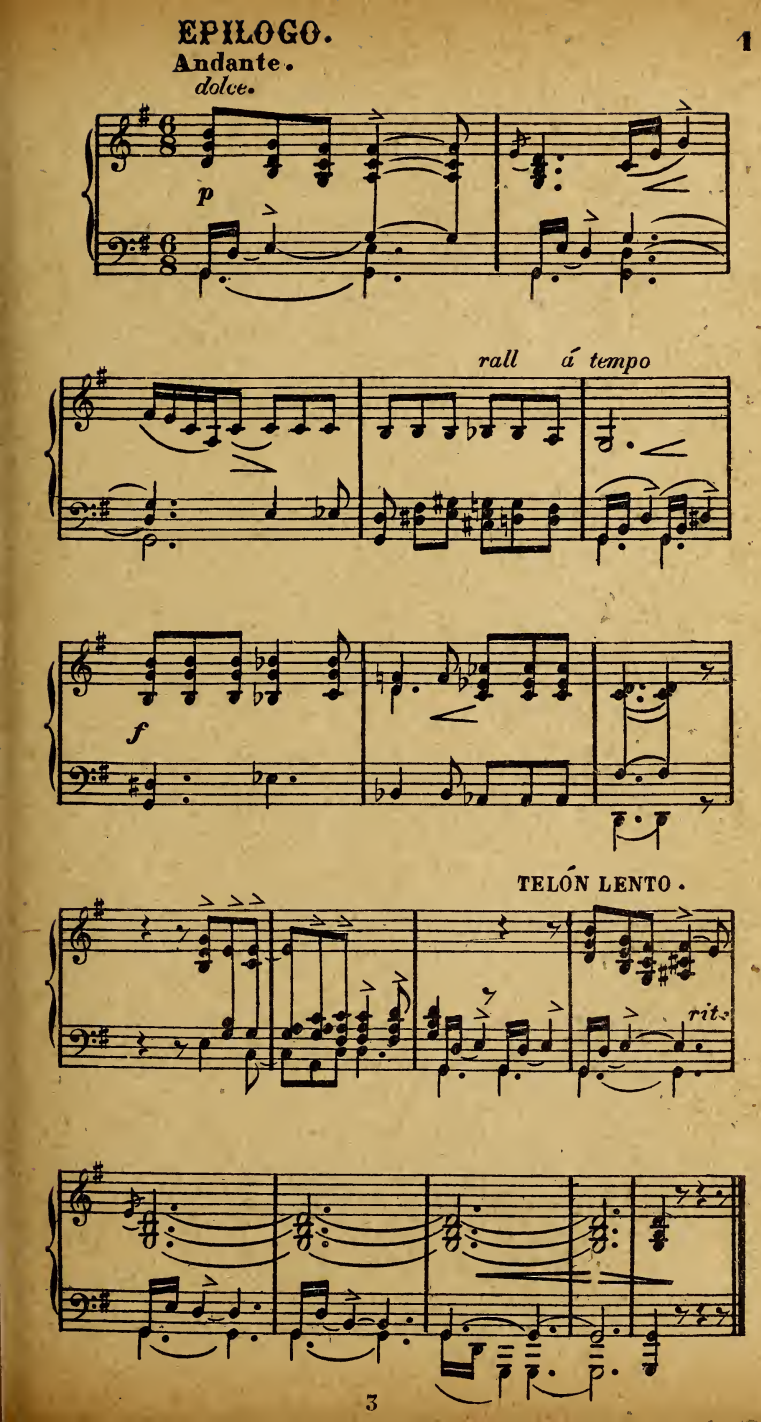
FELICIA

(*Acercándose á Irene, con amor.*) ¡Escucha, Irene!... (*Pausa breve.*) Fué un tiempo en el cual mi desamparo y mi tristeza hallaron consuelo, y fuerza, en los arrestos y en los entusiasmos de tu generoso corazón... Fué el tiempo en que protegías á tu cieguecita, y abofeteabas á miss Mabel... ¡Yo no puedo olvidar aquel tiempo!... (*Pausa*) ¡La vida, que es implacable dominado-

ra, quebrantó tu fortaleza y puso en trance de muerte tu ventura!... ¡Contra la desgracia, son inútiles las airadas rebeliones del alma, y nulas las ofensas de las manos: sólo es arma válida la resignada calma!... (*Con un dejo de amargura.*) ¡Otra cosa fuéme negada por Dios; resignación, no!... (*Pausa.*) ¡Así, en la contienda presente, tú eres la débil y yo la fuerte; si te abandonare á merced de tu destino, muestra diera de ingratitud y desamor, mal avenidos con el estrecho afecto que nos une!... ¡Por ello es deber mío, y deber grato, ofrecerte el amparo de mi amistad, y no para recluirte en este asilo, sacrificando tus ilusiones y tus esperanzas; aún menos para exigirte la ocultación de tus faltas, cual antes juzgabas, y juzgabas mal, que para mí, tan digna de amor y aprecio eres ahora, como luego de ser amante de quien lo fueres!... ¡Sólo te acojo á mi cariño, en la esperanza de que él refrene esos impulsos ciegos de tu espíritu, que castigado y herido por el dolor se revuelve, y quiere emprender loca carrera, para estrellarse, quizá, en el fondo del primer abismo que detenga sus pasos!... (*Pausa.*) ¿Me comprendes?... (*Acariciando á Irene, cuyos ojos se nublan con lágrimas.*) ¡Yo te amo, yo te estimo, dentro y fuera de la ley humana; sumisa á las costumbres, como en rebeldía contra ellas: pero quiero apartarte de nuevos sufrimientos, que en acecho supongo, en esa lejanía donde tú ves luz, y para mí sólo hay sombras; donde tú esperas flores, y yo temo abrojos; donde tú quieres perpetuas canciones, y yo creo escuchar eternales lamentos!... (*Irene solloza. Felicia la abraza, y prosigue su oración, con voz hondamente conmovida.*) ¡No, Irene!... ¡No puedo abandonarte!... Dijiste ignorar qué brazos se abrirían ante tus brazos!... ¡*Estrechándola contra su pecho.*) ¡Antes que otros, éstos!... (*Besándola y meciéndola con gesto maternal.*) ¡Descansa, descansa en ellos!... (*Quedan así, cobijada Irene en los brazos de Felicia. Cae el telón, muy lento, en tanto que la orquesta dice el siguiente epílogo*):

EPÍLOGO MUSICAL

EPILOGO.



FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

JORNADA PRIMERA

SONATA DE AMOR

Salón-hall. Galería de vidrieras al foro; esta galería abarca todo el testero, y por ella se percibe el jardín en primer término, y á lo lejos la costa escarpada y el mar. En dicha galería hay una puerta practicable que da acceso al jardín. A la izquierda, mirador en forma de rotonda, profusamente adornado con plantas, y tras de éstas, y casi oculto por ellas, un piano. A la derecha, puerta practicable. El salón es bajo, situado en la planta inferior de la casa, y al nivel del jardín con el cual comunica, como queda apuntado, por la citada practicable de la galería. En la medida del tiempo, sólo una noche separa esta jornada del acto primero, y la acción da principio á las once de la mañana, próximamente.

ESCENA PRIMERA

CARMEN. FELICIA. IRENE.

Al alzarse el telón aparecen, en familiar tertulia, Carmen, Felicia, é Irene. Carmen viste traje de calle. Felicia é Irene, ligeras batas de mañana. En el rostro de Irene, y en su actitud, nótanse los estragos de una noche de congoja.

CARMEN

(*A Irene, cariñosamente.*) ¡No, Irene!... Fuiste, y sigues siendo, la mejor amiga de Felicia... Te queremos muy de veras; ya lo sabes... ¿Cómo no anteponerte á necias preocupaciones! (*Pausa.*) De la malquerencia de tu marido, he de hacer caso omiso: ¿merece, por desdicha, la más nimia atención?... Tu madre no podrá reprocharme esta hospitalidad que te dispenso en tan difícil trance, y si no la hallare de su agrado, seríame posible lamentar, mas no tener en cuenta, tan censurable apasionamiento.... Y en lo que se refiere á esa multitud de gentes más ó menos desconocidas que constituyen el círculo de amistades mundanas, paso por alto sus opiniones, siguiendo una línea de conducta que

desde antiguo me tracé: la de encaminar mis actos por donde me lo indiquen el criterio y el sentimiento propios; no por el derrotero que me señalen la impertinencia y el capricho ajenos... (*Pausa.*) Sigue por tanto, tranquila, en esta residencia nuestra que tuya es, y en paz de espíritu, orienta tu vida hacia el porvenir, sensata y prudentemente... (*Con ternura.*) ¡Mi pobre Felicia necesita cariño, y te ama tanto!... ¡No la abandones!... Llegado que sea el otoño, prometo dejarte francas las rejas de esta jaula; si deseas entonces salir de ella, espacio te ha de sobrar (*Con un gesto hacia la galería, al través de la cual se percibe el horizonte del mar.*) que son nuestras casas solariegas nidos de águilas, sujetos á los riscos y asomados al mar. Desde ellos tendieron vuelo muchos perseguidores de horizontes y cortejadores de bellas aventuras, para retornar vencedores unos pocos, para caer los más, allá lejos, rendido el albedrío y muerta toda esperanza... (*Pausa.*) Si, en caso contrario, te retienen á nuestro lado el afecto y el bienestar, no he menester decirte que la más grande alegría que puedes otorgarnos es la de compartir definitivamente nuestro techo, como nuestras penas y venturas...

FELICIA

¡Eso, Irenita!... (*Gozosa.*) ¡Qué encanto!

IRENE

¡No merezco tanta bondad!...

CARMEN

(*Designando á Felicia.*) ¡Atiende al contento de esta hija mía, y juzga de si, al aceptar mi ofrecimiento, no has de ser tú, sino yo, quien se halle en deuda de gratitud!...

Entra en escena, por la derecha, Alvaro Cruz.

ESCENA SEGUNDA

LAS MISMAS. ÁLVARO CRUZ.

ÁLVARO

(*Dirigiéndose hacia Irene.*) ¿Descansó usted, Irene?...

IRENE

¡A usted, viajero, hay que preguntarlo!...

ÁLVARO

(*Acercándose á Felicia.*) ¡Oh, los viajes y yo somos buenos amigos!... (*Toma entre sus manos la cabeza de Felicia, besándola en la frente.*)

FELICIA

(*En chanza.*) ¡Temprana hora de amanecer!...

ÁLVARO

(*A Carmen, besándola también.*) ¡Buenos días, madrina!...

CARMEN

(*Devolviéndole la caricia y sonriendo.*) ¡Buenos días, ahijado!

Felicia y Alvaro ríen.

IRENE

(*A Cruz, sorprendida.*) ¿Lo es usted de Carmen?...

ÁLVARO

(*Sentándose junto á Carmen.*) ¡No! Trátase de una antigua historia... Un día, hace muchos años, me oyó mi madre llamar también madre á la de Felicia, y lastimada en ese anhelo de cuidado

y afecto exclusivos, último afán del que sintiéndose morir busca en el amor de los suyos un postrer lazo de vida, díjome la santa mujer, mitad en chanza y mitad en veras: «Escucha, hijo: á Carmen has de darle un nombre tan bello como el de madre, y como él amoroso, mas no idéntico al mío, que *madre* ha de llamarse tan sólo á la única, y la tuya soy yo...» Suspenso quedé, buscando en mi fantasía tal palabra que, no siendo la sacrosanta de madre, á maternal cariño sonara... De esa suerte hallé este dulce vocablo: y mi triste madre asintió á la elección, sonriendo bajo el velo de lágrimas que anublaba sus ojos... «¡Sí, sí!—dijo—¡Madrina! ¡Yo soy tu madre; Carmen tu madrina!

CARMEN

(*A Cruz, amorosamente.*) ¡Tus glorias no disiparon tus amores!... ¡Eso muestra que el arte, al enseñorearse de tu corazón, supo respetar en él cariños y memorias familiares: humilde fuego de ascuas, que suele apagarse en las almas aventadas por el gran impulso de lo sobrehumano!

Hay una pausa.

FELICIA

¿Pasearemos esta tarde, mamá?...

CARMEN

En coche, cuanto queráis; á pie no, hija mía... ¡Aún siento la fatiga de nuestra excursión de ayer!

Llega, por la derecha, Luisa.

ESCENA TERCERA

LOS MISMOS. LUISA.

LUISA

(*A Carmen.*) La señora condesa de Armental pregunta si la señora puede recibirla, pese á lo inoportuno de la hora...

CARMEN

(*A Luisa.*) ¡Hágala usted pasar!...

Sale Luisa por la derecha.

ESCENA CUARTA

CARMEN. FELICIA. IRENE. ÁLVARO.

FELICIA

(*Inquieta.*) ¡Yo no estoy en disposición de presentarme á esa señora!...

IRENE

(*En igual tono.*) ¡Aún menos yo!...

CARMEN

¡No os cuidéis de eso: la hora os disculpa!...

ESCENA QUINTA

LOS MISMOS. CONDESA DE ARMENTAL.

CONDESA DE ARMENTAL

(*Llegando por la derecha. A todos.*) ¡Han de perdonarme esta visita matinal!...

CARMEN

(*Adelantándose hacia la condesa, y saludándola afectuosamente.*) ¡A toda hora es usted bienvenida, condesa!... (*Volviendo ambas hacia el centro de la escena.*) ¡Como usted puede ver, la recibimos sin etiqueta alguna!...

CONDESA DE ARMENTAL

(*Besando á Felicia, y saludando á Irene.*) ¡Y de ello me felicito!...

(*La condesa y Álvaro, cruzan un ceremonioso saludo.*)

CARMEN

(*Presentando.*) ¡La señora condesa de Armental!... ¡Don Alvaro Cruz!...

Todos se sientan.

CONDESA DE ARMENTAL

(*A Carmen.*) El asunto es, querida amiga, que en la tarde de ayer, luego de separarnos, fuíme paseando hacia el lugar que usted me indicó, como adecuado para la construcción de nuestros pabellones...

CARMEN

¿Lo es, en efecto?...

CONDESA DE ARMENTAL

(*Con entusiasmo.*) ¡Unico, Carmen: absolutamente único!... Situado en la misma costa; elevado en ella lo suficiente para recibir de lleno el aire del mar; con su playeta al pie, permitiendo esto á los colonos bañarse á pocos pasos de la casa: en resumen, quedé encantada, y resolví la inmediata adquisición de ese terreno.

CARMEN

(*Sonriendo.*) ¿Entonces?...

CONDESA DE ARMENTAL

Olvidó usted decirme quién es el propietario de la finca. Si mal no recuerdo, apuntóme que pertenece á una de sus amigas: ¿podría usted interesarla en mi favor, con objeto de que accediera á la venta, sin exagerar sus pretensiones?...

CARMEN

No es necesario: la dueña de esa heredad no tiene inconveniente en cederla...

CONDESA DE ARMENTAL

¿A qué precio?...

CARMEN

No la vende: la ofrece en don... (*Tras brevísima pausa.*) ¡Sí!... La finca es mía, es decir, lo era; ya es de esos desdichados á quienes usted ha de amparar...

CONDESA DE ARMENTAL

(*Con emocionado ademán.*) No sé cómo decir mi gratitud, Carmen...

CARMEN

¡Ningún motivo hay para ella!... Todo el que tiene más de lo necesario, está obligado á compartirlo con aquellos que ni siquiera tienen lo preciso... ¡Es ley de Dios!... Quien así procede, cumple un deber estricto; quien no hace tal, es un delincuente cuya culpa no tiene sanción en los códigos humanos: pero de esperar es que el egoísmo se pene algún día, ya que se castiguen pasiones menos bajas y menos culpables que esa...

IRENE

¡Es cierto!...

FELICIA

¿Cuándo empezarán las obras, condesa?...

CONDESA DE ARMENTAL

¡Cuanto antes, Felicia; quiero inaugurar la colonia en la primavera próxima!... (*A Irene y Alvaro.*) ¡Por cierto, no he dado á ustedes las gracias!... ¡Recibí sus donativos, anoche!...

ÁLVARO

¡Oh, no vale la pena!...

IRENE

¡Estoy identificada á Carmen en la manera de pensar: juzgo la caridad un deber; jamás un mérito!...

CARMEN

(*A la condesa.*) Podemos aprovechar lo que queda de mañana para visitar á mi notario, y preparar el acta de cesión...

CONDESA DE ARMENTAL

(*A Carmen, riendo.*) ¡Es usted expeditiva!... ¡Vamos, si usted quiere!... (*Viendo á Carmen dirigirse hacia un timbre.*) ¡Tengo mi coche!...

CARMEN

(*Retrocediendo.*) ¡Ah, entonces!... (*Saliendo por la lateral derecha.*) ¡Vuelvo en seguida!...

ESCENA SEXTA

FELICIA. IRENE. CONDESA DE ARMENTAL. ÁLVARO.

ÁLVARO

(*A la condesa.*) ¡Oí decir que en ese asilo fundado por usted, ha de procurarse, á los niños pobres de las capitales, una vida reparadora de los estragos causados en ellos por la miseria!...

CONDESA DE ARMENTAL

A los niños, y á sus madres... Es cruel separar á éstas de sus hijos, privándolas de esa gran alegría de verlos fortalecerse... Y á tal argumento moral, que antepongo por serlo, hay que sumar una razón material, menos sensible al alma, si bien más trascendente en sus consecuencias: y es que esas mujeres infelices son dignas de atención, fuere sólo en vista de las criaturas que ulteriormente pueden engendrar... Por ello, nuestro esfuerzo será éste: recoger, entre las familias indigentes, á las madres jóvenes y á sus chiquitines; traerlos á nuestra colonia; albergarlos en ella

durante largas temporadas de existencia sana; oponer á la anemia el mar, el campo, y la sobrealimentación; y al cabo, restituir esas gentes á sus hogares, con ánimos para luchar de nuevo por la vida...

ÁLVARO

¡Ante ese lema de piedad, todos los corazones y todas las puertas han de abrirse!...

IRENE

¡Cómo negarse á tan provechosa obra de bien!...

CONDESA DE ARMENTAL

¡Sin embargo, ante esa caridad silenciosa, tan desnuda de ostentaciones como de vanidades, y á cambio de la cual nada se ofrece en este mundo, ni en el otro se garantiza recompensa alguna; ante esa bondad sin pregones, sin inciensos, y sin repique de campanas, son muchas las puertas, son muchos los corazones que se cierran!...

Entra Carmen en escena, por la derecha, ataviada para salir.

ESCENA SÉPTIMA

LOS MISMOS. CARMEN.

CONDESA DE ARMENTAL

(*Poniéndose en pie, y abrazando á Felicia.*) Adiós, Felicia; espero sus frecuentes visitas, más allá: cuando nuestro proyecto esté convertido en realidad!...

FELICIA

(*Despidiéndose de la condesa.*) ¡No serán grandes los servicios que yo pueda prestar; pero, en cambio, habrán de ser encantadoras, para mí, las horas que entre ustedes pase!...

CONDESA DE ARMENTAL

(*A Felicia.*) ¡Que sean, pues, muchas!... (*A Irene.*) ¡Adiós, señora!...

IRENE

(*A la condesa.*) ¡Acompaño á ustedes!... (*A Felicia.*) ¡He de escribir dos letras á mi madre; acabo pronto!...

CARMEN

(*Besando á Felicia.*) ¡Hasta ahora, hija mía!... ¡Álvaro te acompaña! (*A Cruz.*) ¿No es cierto?...

ÁLVARO

(*A Carmen.*) ¡Sí!... Haremos música... (*Estrechando la mano que la condesa le tiende.*) ¡Mi enhorabuena, condesa!... ¡Disponga usted de mí, en cuanto séame dado coadyuvar á su noble empeño!...

CONDESA DE ARMENTAL

¡Agradecidísima!...

(*Salen, por la derecha Carmen, la condesa, é Irene.*)

ESCENA OCTAVA

FELICIA. ÁLVARO.

ÁLVARO

(*Sentándose junto á Felicia.*) ¡Esa mujer es realmente excepcional: tiene en la mente grandes ideas, y en el corazón grandes y humanos amores!...

FELICIA

¡Humanos, tú lo has dicho; hermosamente humanos!...

ÁLVARO

¡Y hacen tanta falta esos amores humanos, entre nosotros, perpetuos amadores de quimeras!...

(*Hay una larga pausa.*)

ÁLVARO

Quedamos solos, Felicia... ¿Quieres descifrar ese enigma que supones propuesto por mi ausencia?...

FELICIA

(*Sonriendo.*) ¿Por qué no?...

ÁLVARO

¿Cuál ha de ser la clave?...

FELICIA

¡La serie de acontecimientos señalados que hay en tu vida!...

ÁLVARO

(*Con entusiasmo.*) Constitúyenla mis triunfos de arte: eso sólo, Felicia... ¡Lo demás no cuenta!... (*Pausa breve.*) En tales horas supremas, centenares de almas viven la vida creada por el alma propia; y en momentánea fusión de nuestro espíritu con el gran espíritu del mundo, sentimos engrandecerse nuestro ser, y miramos de frente á la muerte, seguros de que el frágil tallo de nuestra memoria ha de ser respetado por la implacable segadora de recuerdos, y de que la dorada espiga de nuestra labor ha de mecerse placentera, esparciendo al viento su fecunda semilla, sobre el asolado campo de rastrojos...

FELICIA

(*Luego de una pausa, y con maliciosa entonación.*) ¿Y en amor?...

ÁLVARO

¡Caprichos fugaces!... Leves amoríos nacidos en mc atos de inercia moral, que siguiendo á la obra terminada eden al esbozo de un proyecto, y olvidados luego, así que un nuevo impulso creador absorbiese todas las energías y todo el sentimiento de mi alma.

FELICIA

(*Inquieta.*) ¿Fuiste burlador, entonces?...

ÁLVARO

(*Con rápida protesta.*) ¡Jamás!... Acabaron siempre mis pasajeros amores en suaves extinciones prematuras—sin pena ni gloria para mis amantes—, y dejándome en el espíritu esa melancólica nostalgia de los anticipados renunciamientos...

FELICIA

Hube de temer, en ti, uno de esos mozos donjuanescos, odiosos y necios, que escudan su falta de hidalguía tras un desrazonado menosprecio hacia la mujer...

ÁLVARO

¡Poco favor me hiciste! ..

FELICIA

¡Perdóname!...

ÁLVARO

¿Hallada, pues, la solución?...

FELICIA

(*Sonriendo.*) Volvemos á encontrarnos; salvamos la distancia puesta entre nosotros por la incógnita del pasado...

(*Entra en escena Luisa, por la derecha.*)

ESCENA NOVENA

LOS MISMOS. LUISA.

LUISA

(*Acercándose á Felicia, y dejando sobre las rodillas de ésta un canastillo lleno de rosas blancas, manchadas de rojo.*) Señorita, el Abuelo Juan trajo estas rosas...

FELICIA

(*Tomando algunas flores, y aspirando su aroma.*) ¿Marchó ya?

LUISA

¡Aún no!

FELICIA

¡Dígale que estamos solos; que venga!....

Luisa coloca el canastillo de rosas sobre una mesa, y sale seguidamente por la derecha.

ESCENA DÉCIMA

FELICIA. ÁLVARO

ÁLVARO

(*Contemplando las rosas que Felicia conserva sobre su regazo.*) ¡Rosas injertas, blancas y rojas; una gala de floricultura!

FELICIA

(*Con súbita tristeza.*) ¡Blancas y rojas, dices?...

Llega, por la derecha, Abuelo Juan.

ESCENA UNDÉCIMA

FELICIA. ÁLVARO. ABUELO JUAN.

ABUELO JUAN

(*Entrando, y adelantándose hacia el grupo que forman Felicia y Álvaro.*) ¡Dios os guarde, mis señores!... ¡Dios os guarde!...

ÁLVARO

(*Acogiendo cariñosamente al anciano, y ofreciéndole una silla entre la suya y la de Felicia.*) ¡Bienvenido el abuelo!... ¡Siéntese aquí!...

FELICIA

(*Tendiendo los brazos con filial amor.*) ¡Abuelito?... ¿Qué nos dice?...

ABUELO JUAN

(*Sentándose entre Felicia y Álvaro.*) ¡Que me place veros juntos, hijos, como en aquellos días, lejanos para vuestro corto vivir pasado, de ayer para mi larga carrera de años!... (*Suplicando.*) ¡No habéis de separaros más!... (*A Cruz.*) Tú no retornarás á esas villas pecadoras de allende la frontera... Tú asentarás tu vida en esta casa, que mansión es de paz y amor, y paz y amor de Dios hallarás junto á nuestra moza, que hogaño es nuestra señora y nuestra reina... (*Pausa.*) Dijéronme que por esos mundos anda tu fama; dijéronme que es tuyo el don celestial de componer músicas que hacen llorar los ojos, y angustian dulcemente las almas...

Y bien; ¿que quieres sembrar ese tesoro de tu sentimiento en tierras eriales!... ¿Que quieres desgajar ese lozano maderamen de tu juventud en mil astillas que enciendan lumbres perdidas, y fogatas de un momento!... (*Designando á Felicia.*) ¡Guarda ese bien, para bien de esta santa hija!... ¡Apaña el ramaje de tu arte en un solo haz, y enciéndelo con fuego de tu varonil querencia; quema esa hoguera de sarmientos en el pecho de esta triste, y que esas llamas de amor y de saber hagan luz á su ceguera, y tengan lugar de sol en día, y de luna y estrellas en noche, á su obscuro corazón!...

ÁLVARO

(*En tono de broma.*) ¡Felicia no me quiere!...

FELICIA

(*Sonriendo.*) ¡No nos queremos, abuelo!...

ABUELO JUAN

¡Sí os queréis, sí!... Pero la sangre nueva cobija vanidades, y las vanidades acallan esas buenas palabras que hubieren de confirmar la afición de vuestra voluntad... ¡Quizá el cariño doblegue el orgullo!... (*Persuasivo*) He de contaros una historia: la de aquellos rosales que siendo chicuelos plantásteis en el bosque...

ÁLVARO

¡Es cierto!... Los recuerdo: Felicia plantó uno á la izquierda del arroyo; á la derecha afirmé yo el otro...

FELICIA

¿Qué fué de ellos, abuelo?...

ABUELO JUAN

¡Lo que pudiere ser de vosotros!... (*Breve pausa.*) Crecieron erguidos y por igual, separados que estaban por el cauce... Llegado Mayo florecieron, con rosas blancas el uno, con rosas encarnadas el otro... Pero las ramas, medrando que iban, asomáronse al arroyo, y en tal disposición se buscaron, y buscándose mermaron el lugar que las separaba... Ello fué que acertaron á tocarse los rosales; ello fué que se enzarzaron luego, y que al llevar flor en la primavera siguiente, las rosas de nieve y las de grana se confundían, cual si tuvieren su asiento en una misma planta. Advino el otoño; tras de él, el invierno; las ráfagas de una ven-

tisca sacudieron los troncos de los rosales hermanos, y cruzados que se hallaban, hubieron de rozarse con tal empeño que el desgaste labró heridas, y esas heridas se ahondaban, así que el viento hiciere más premioso su encuentro... Cayó el vendaval, y quedó el aire en calma... Reposaron en quietud los troncos lastimados, en forma tal que las dos llagas inmóviles se besaban... Besándose, sanaron... Sanando, quedaron unidas... Y al hacer cicatriz común, en ella mezclaron los leños sus savias... Por eso ahora, las flores de vuestros rosales (*Designando las rosas que Felicia ha prendido sobre su pecho.*) estas flores, no son blancas ni rojas, que son de nieve manchada de grana, ó de grana manchada de nieve... (*Pausa.*)

Sois vosotros también, dos tallos que crecieron apartados por la corriente de la distancia... Vuestros cariños, como vecinas ramas, se buscaron, y encontráronse ayer: entonces vuestras almas florecieron juntas... Pero llegadas las malas voces de soberbia, que son ventisca de los corazones, ellas los conmovieron de tal modo que en el encuentro hubieron de ofenderse... (*Pausa.*) ¡Llegará la calma y la quietud!... ¡Esas heridas sanarán besándose!... Así, quizá, hagan cicatriz común; y así, quizá, aparejando vuestras vidas como los leños sus savias, florezcáis en las rosas de nieve y grana que serán vuestros hijos...

ÁLVARO

¡Bonita, de veras, es la historia de nuestros rosales, Abuelo Juan!... ¡Es lástima que de ella no podamos tomar ejemplo!...

FELICIA

(*Procurando ocultar, con apariencia de chanza, la emoción producida en ella por la plática del anciano.*) ¡Abuelillo: hubiera usted sido un gran predicador)...

ABUELO JUAN

(*Poniéndose en pie.*) ¡Chancearos á placer de este pobre viejo, mas no dejadle fenecer sin veros juntos, muy juntos!... ¡Y ahora, para siempre, hijos míos!... ¡Para siempre!... (*Despidiéndose de Felicia y de Álvaro.*) ¡Adiós, mis señores!... ¡Adiós!... (*Dirígese hacia la practicable de la galería, al foro.*)

ÁLVARO

¡Adiós, Abuelo Juan!

FELICIA

¡Que Abuela Toña nos aguarde mañana; iremos á verla!...

ABUELO JUAN

(*Saliendo por la citada puerta de la galería.*) ¡Diréselo, y os tendrá dispuesta merienda!

ESCENA DUODÉCIMA

FELICIA. ÁLVARO.

Al salir Abuelo Juan, ambos jóvenes permanecen durante breve tiempo en silencio. Álvaro da algunos pasos por la estancia. Felicia, abstraída, medita.

ÁLVARO

(*Volviendo hacia Felicia.*) ¿Qué te parecen los consejos de Abuelo Juan, Felicia?

FELICIA

(*Con una niebla de tristeza.*) ¡Como todos los viejos, Abuelo Juan olvida que los niños, corriendo los años, dejan de serlo! ¡Y con la niñez, se pierden tantos bellos sentimientos!

ÁLVARO

¡Sí!... ¡La experiencia, obra de la vida, es tristísima ventaja; suerte tuya fué no conocerla, ya que apegada á tus encantos de chiquilla sigues, y que á tu alma remota no alcanzan esos reflejos de incendio, que son alborear de pasión y amanecer de sufrimiento!...

FELICIA

¿Es cierto que el dolor está hermanado al cariño?...

ÁLVARO

¡Muy cierto!

FELICIA

(*Angustiada.*) ¿Por qué, entonces, al no poder querer, sufro yo tanto!...

ÁLVARO

Aún no llegó tu elegido; cuando él hable...

FELICIA

(*Interrumpiéndole.*) ¡Como todas las que oí, yertas palabras serán las suyas, pues que han de faltarles la luz de la mirada y el calor de la expresión: vitales elementos que me son desconocidos, y de los cuales hablo, tan sólo porque de ellos oigo hablar!...

ÁLVARO

(*Abstraído.*) ¡Tal vez pudieres escuchar divinas pláticas, capaces de llevar á tu alma, sin pasar por los ojos, esa luz de amor que á tus pupilas es negada!...

FELICIA

¿Existe, tal lenguaje?...

ÁLVARO

¡Sí; existe!... *(Luego de brevísima pausa.)* ¡Se dice con notas, Felicia, cuando decir se sabe!...

FELICIA

(Con pronta é inmensa esperanza.) ¿Tú sabrías?

ÁLVARO

(*Indeciso.*) ¡Para ello, sería menester!...

FELICIA

(*Adivinando lo callado por Álvaro.*) ¡Que amaras!... (*Lenta y penosamente.*) ¡Verdad es!...

Hay una larga pausa. Llega Irene, despacio, por la derecha.

ESCENA DÉCIMOTERCIA

FELICIA. IRENE. ÁLVARO CRUZ.

IRENE

(*A Cruz.*) ¡Prometió usted hacer música, Álvaro!...

ÁLVARO

¡Precisamente hablábamos de traducir á ella una gran pasión!...

IRENE

(*Interesada.*) ¿Y bien?...

FELICIA

¡Fáltale eso, Irene, la gran pasión; no conociéndola, cómo ha de interpretarla?...

IRENE

(*Adelantándose hacia Álvaro, y hablándole muy de cerca, fijos en los del mozo sus ojos.*) ¿Nunca la sintió usted?...

ÁLVARO

¡Nunca!...

IRENE

(*Cada vez más próxima y tentadora en su actitud.*) Los artistas adivinan lo desconocido... ¡Murillo, copió de mujer el cuerpo de su Inmaculada: no así la auréola de celestial pureza que á la divina imagen envuelve; esto, lo excelso de su obra, hubo de buscarlo allende la verdad, entre las intangibles apariciones de su místico ensueño!... (*Pausa breve.*) Usted, artista también, y gran artista, dice no haber amado jamás con loco amor; pero allá, en la interna visión de su fantasía, ¿no puede usted evocar, no puede percibir esos trágicos, esos sublimes anhelos?... (*Con acento apasionado.*) ¡Imagine usted que, pendiente de la inspiración de su alma, otra alma de mujer, desierta de amores y alegrías, espera su redención!...

FELICIA

(*Estimando aplicadas á su desgracia, las frases que Irene pronuncia realmente abogando por la propia causa.*) ¡Oh, sí; su redención!...

IRENE

(*Prosiguiendo con vehemencia creciente.*) ¡Un espíritu anegado en sombra, que á su espíritu radiante pide un destello de luz!... (*Es-*

trechando en un instante de olvido, la mano de Álvaro.) ¡No le ha de ser á usted dado reflejarla, esa luz!... ¡No le ha de ser dado pintarla á ciegas, no viéndola, no sintiéndola, esa pasión redentora, esa pasión que salva!...

ÁLVARO

(*Dejándose arrastrar por la momentánea demencia de Irene.*) ¡Sintiéndola!... ¡Sintiéndola con toda el alma!... (*Dirijese hacia el piano.*)

FELICIA

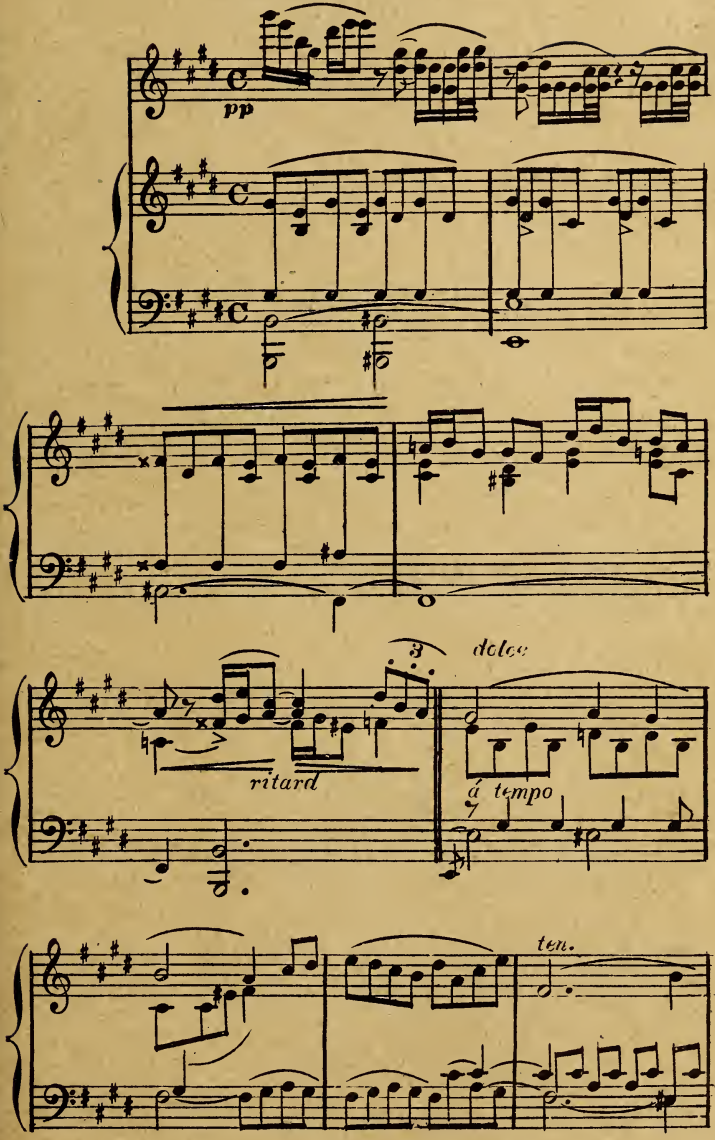
(*Aparte.*) ¿Sintiéndola?... (*Con inefable ilusión.*) ¡Ah, si el cuento de Abuelo Juan fuere presagio!... (*Recordando.*) ¡Apaña el ramaje de tu arte—dijo—, quema esa hoguera de sarmientos en el pecho de esta triste!...

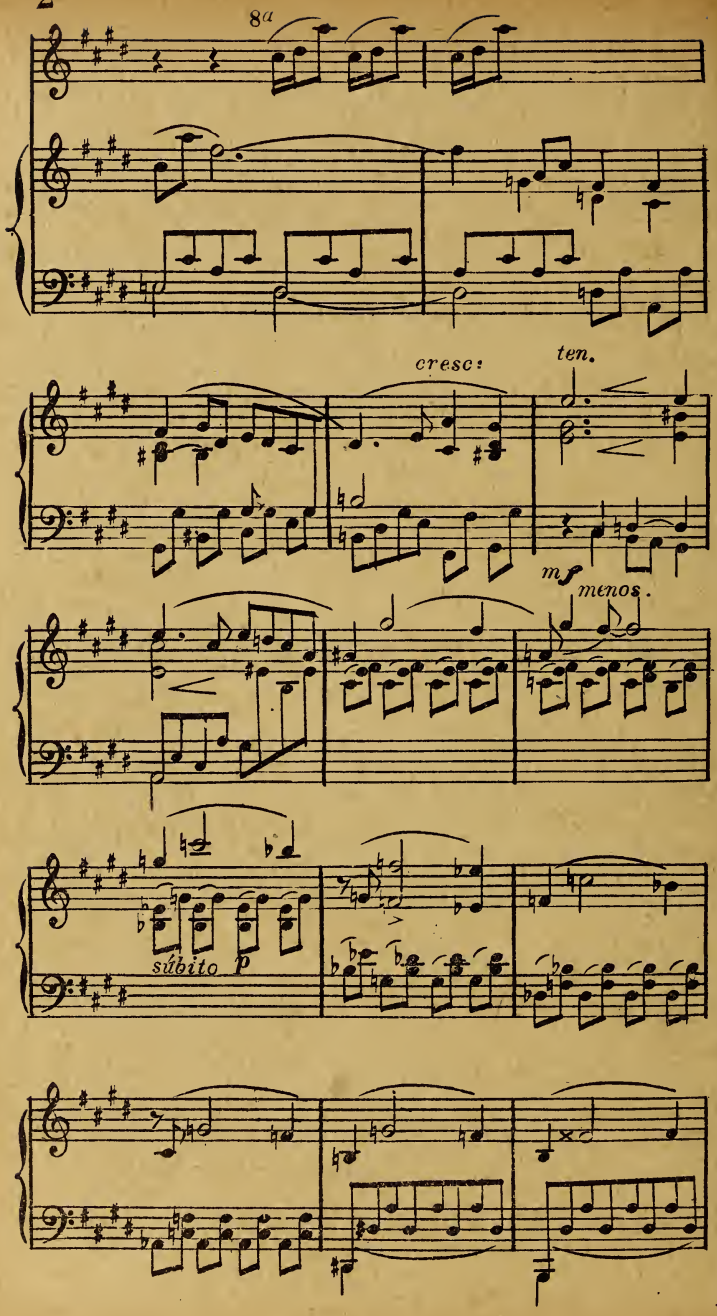
Irene permanece en pie, en el centro del salón, reclinada sobre un mueble. Felicia, algo más alejada de la rotonda, se recoge en una tensión de todo su espíritu hacia el canto de amor, que engañada, ella cree inspirado en su melancólica nostalgia. En este momento da principio la interpretación del poema sinfónico SONATA DE AMOR, *cuyo motivo se deduce del anterior diálogo.*

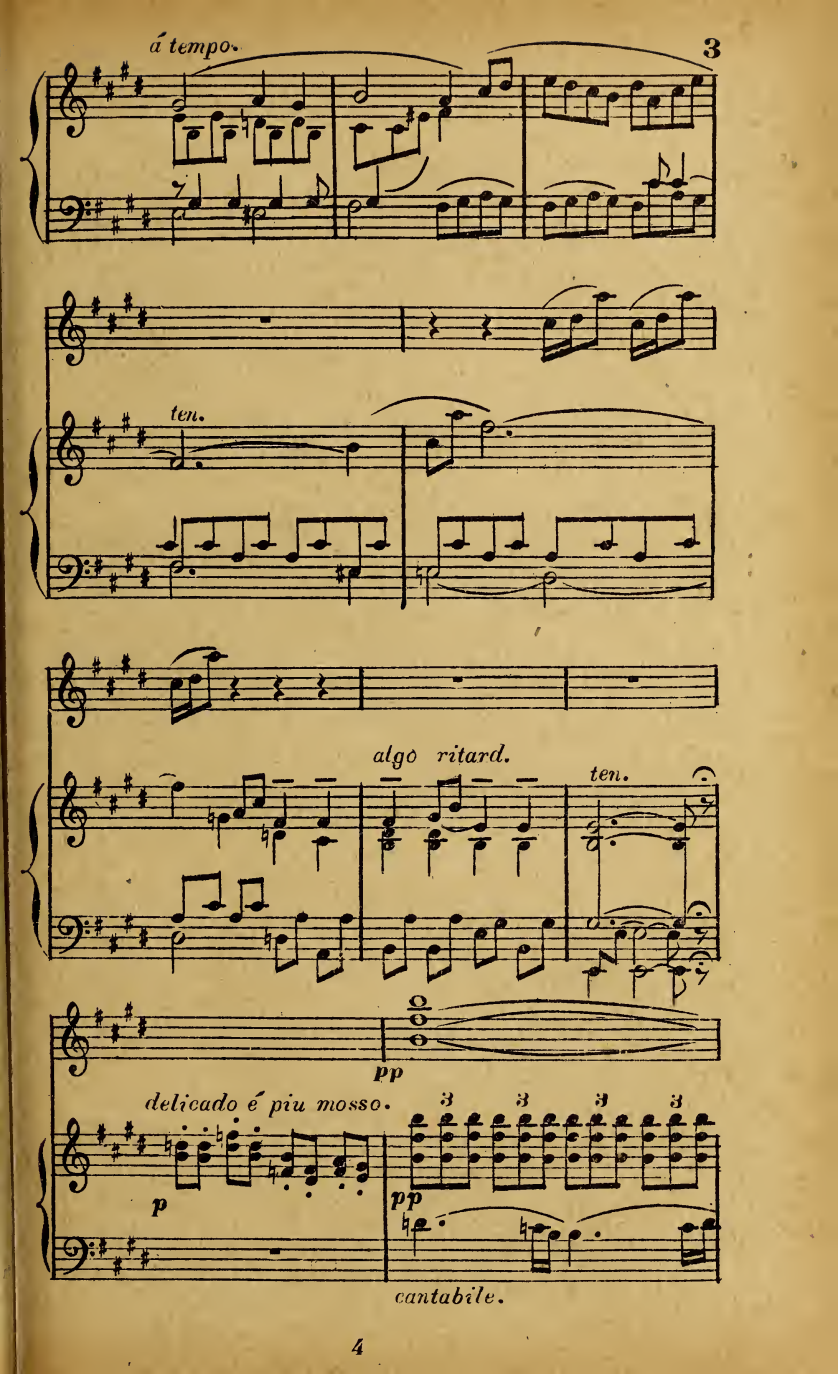
SONATA DE AMOR

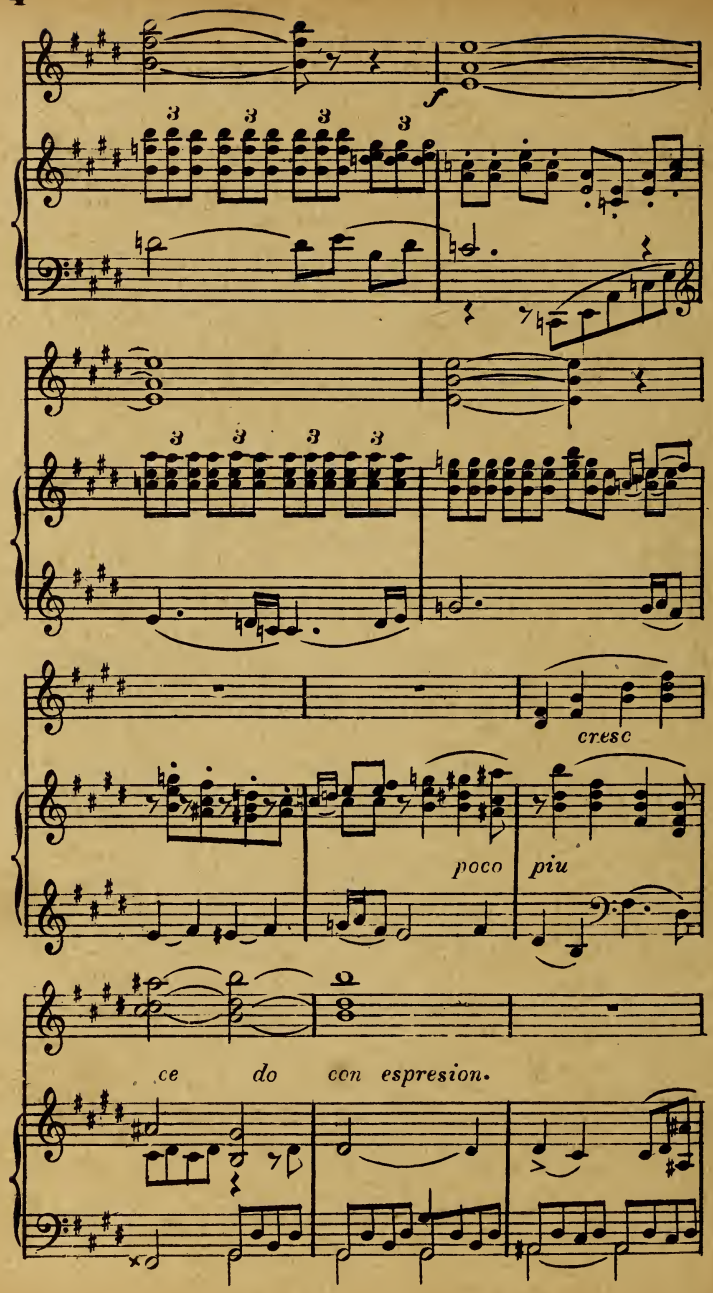
SONATA DE AMOR.

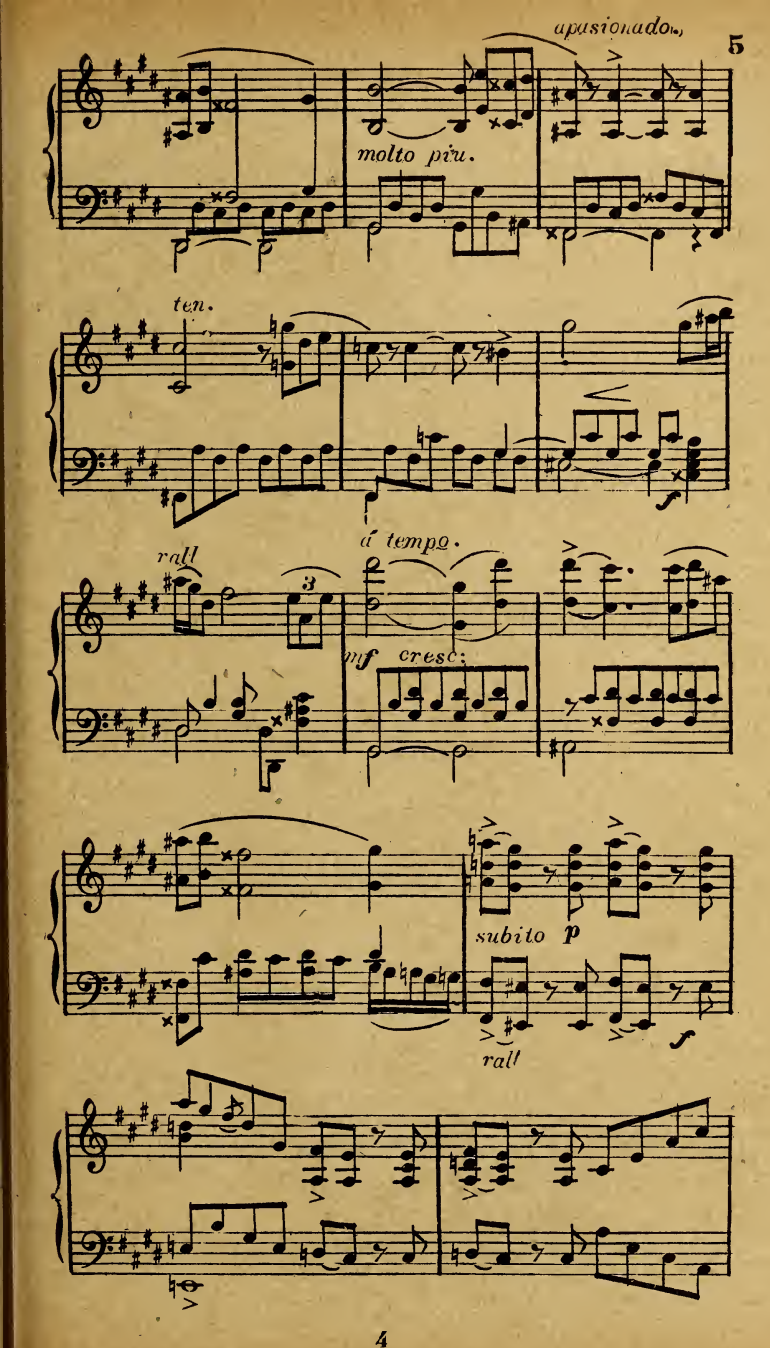
Andantino rubato.

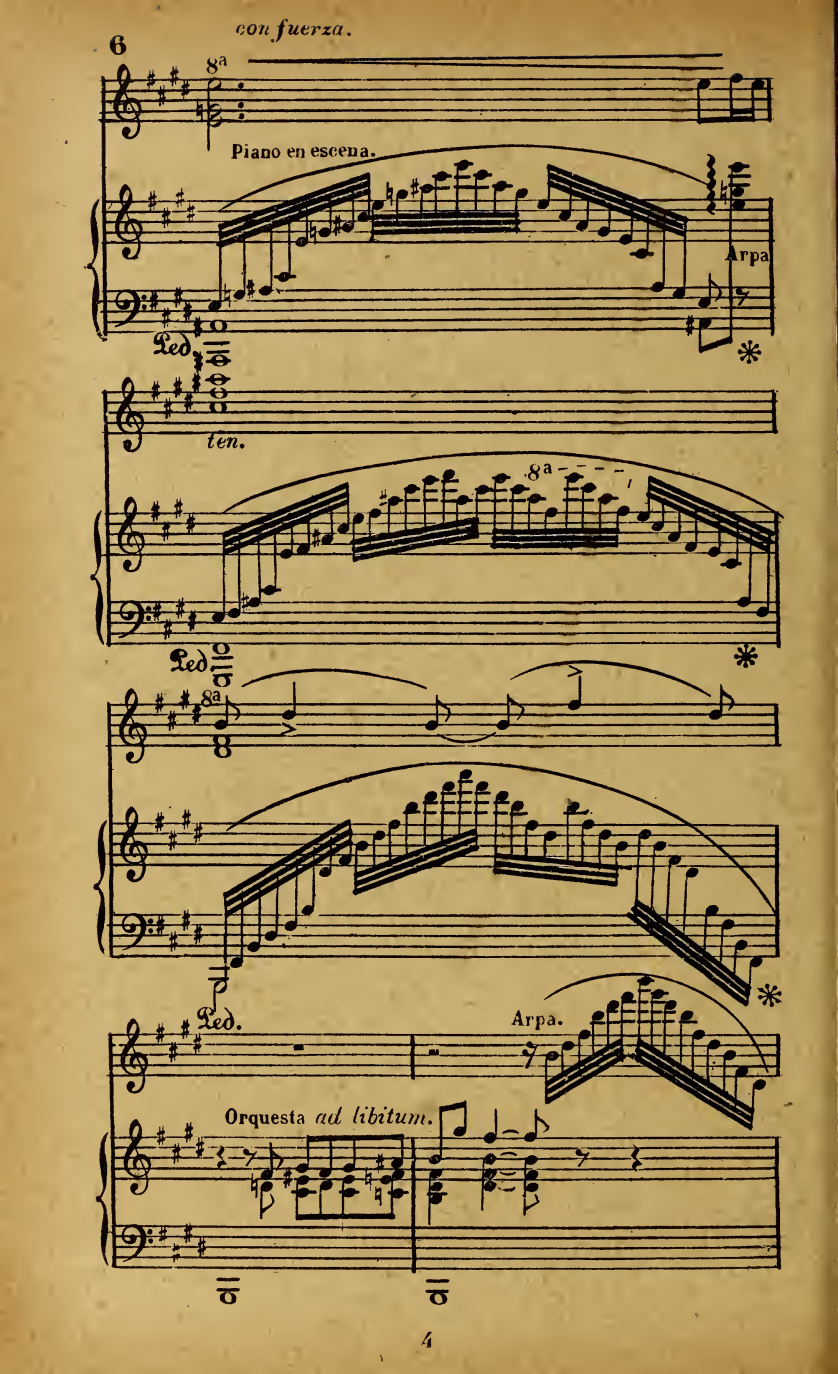


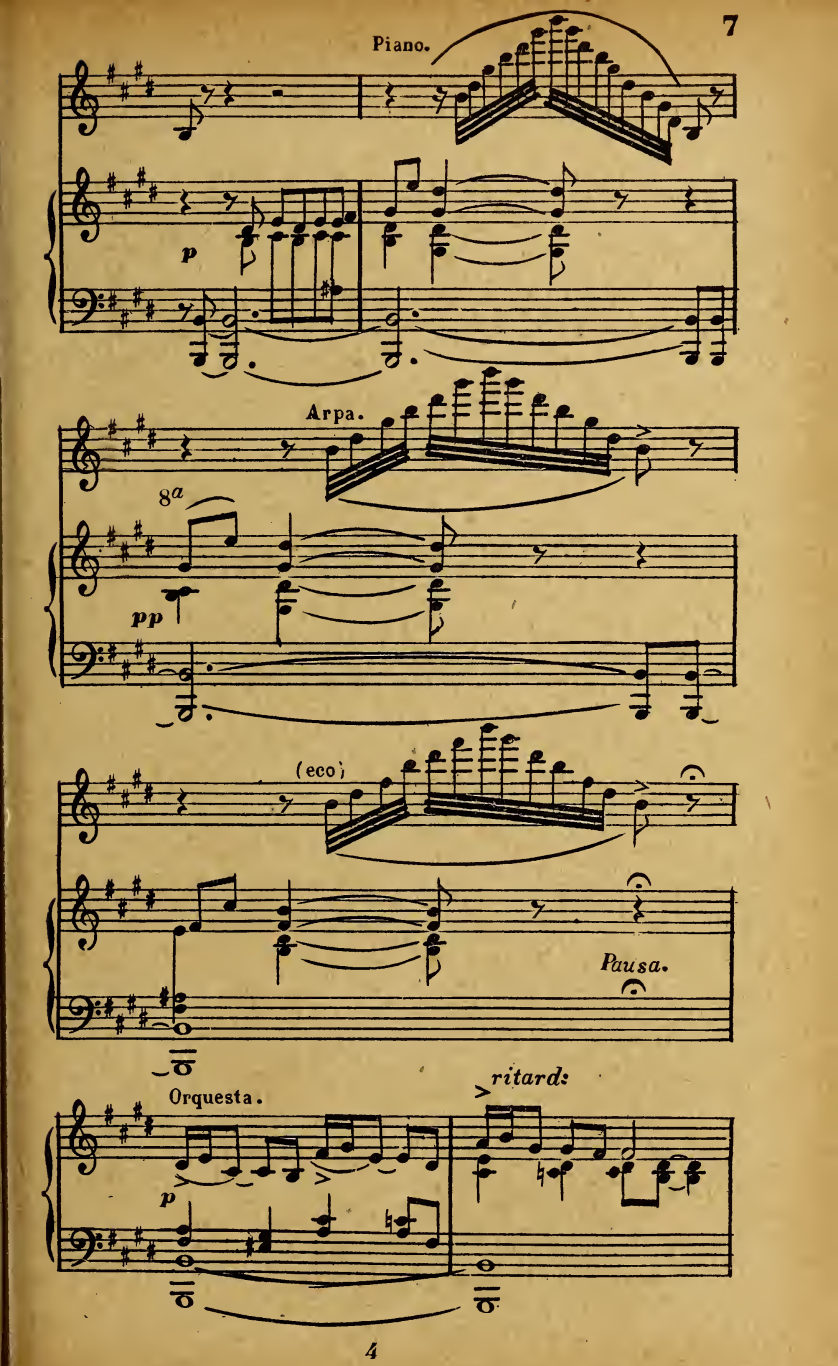

8a
cresc:
ten.
mf
menos.
súbito
p

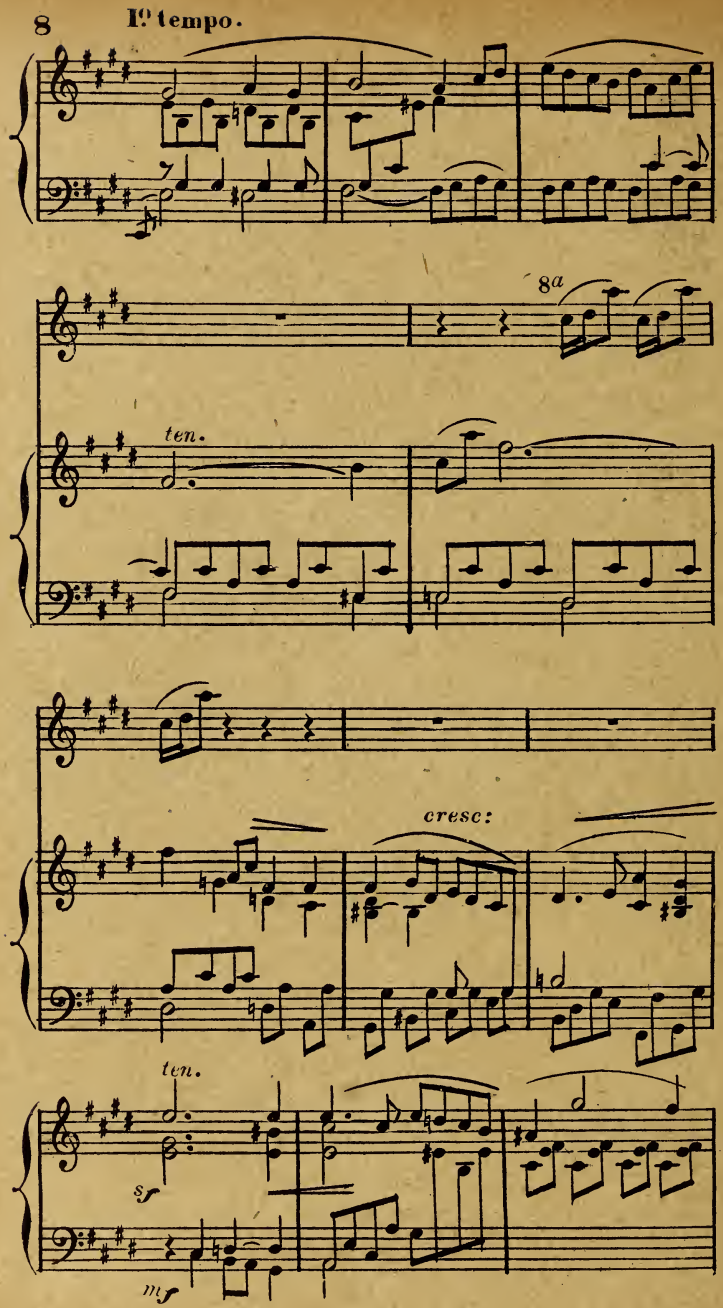

á tempo.
3
ten.
algo ritard.
ten.
pp
delicado é piu mosso.
3
3
3
3
p
pp
cantabile.

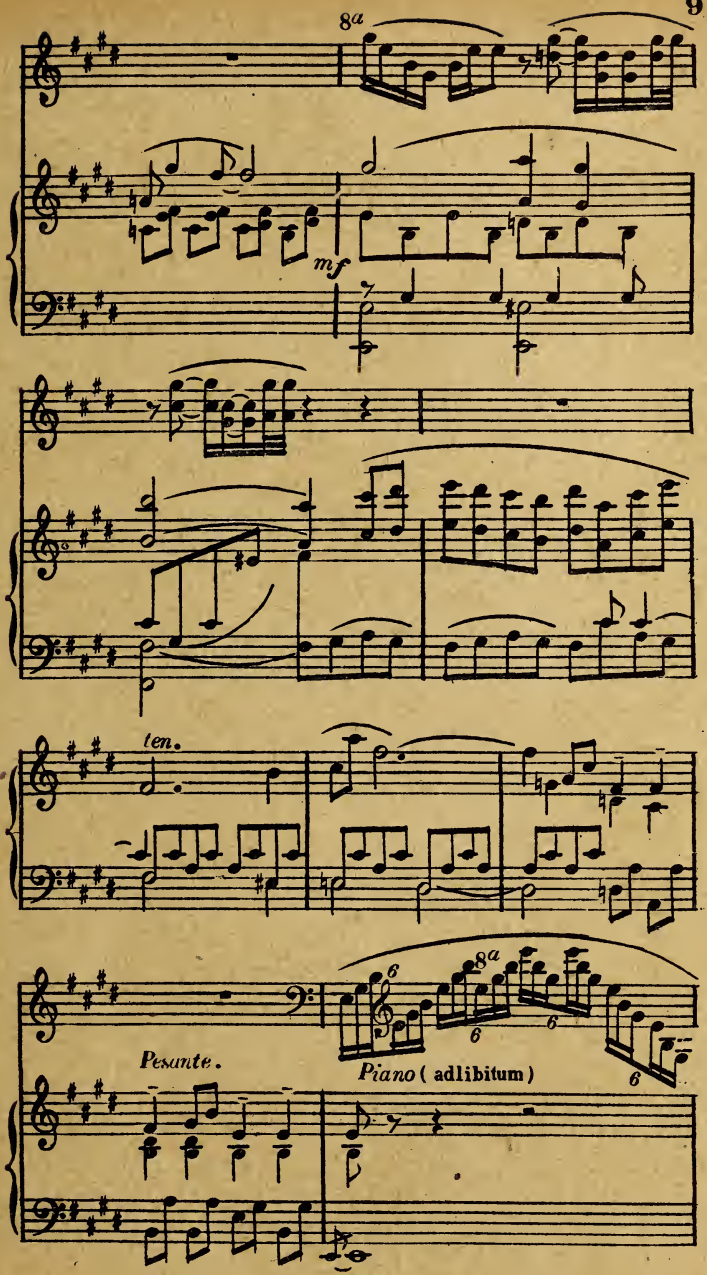

f
cresc
poco
piu
ce do con espresion.

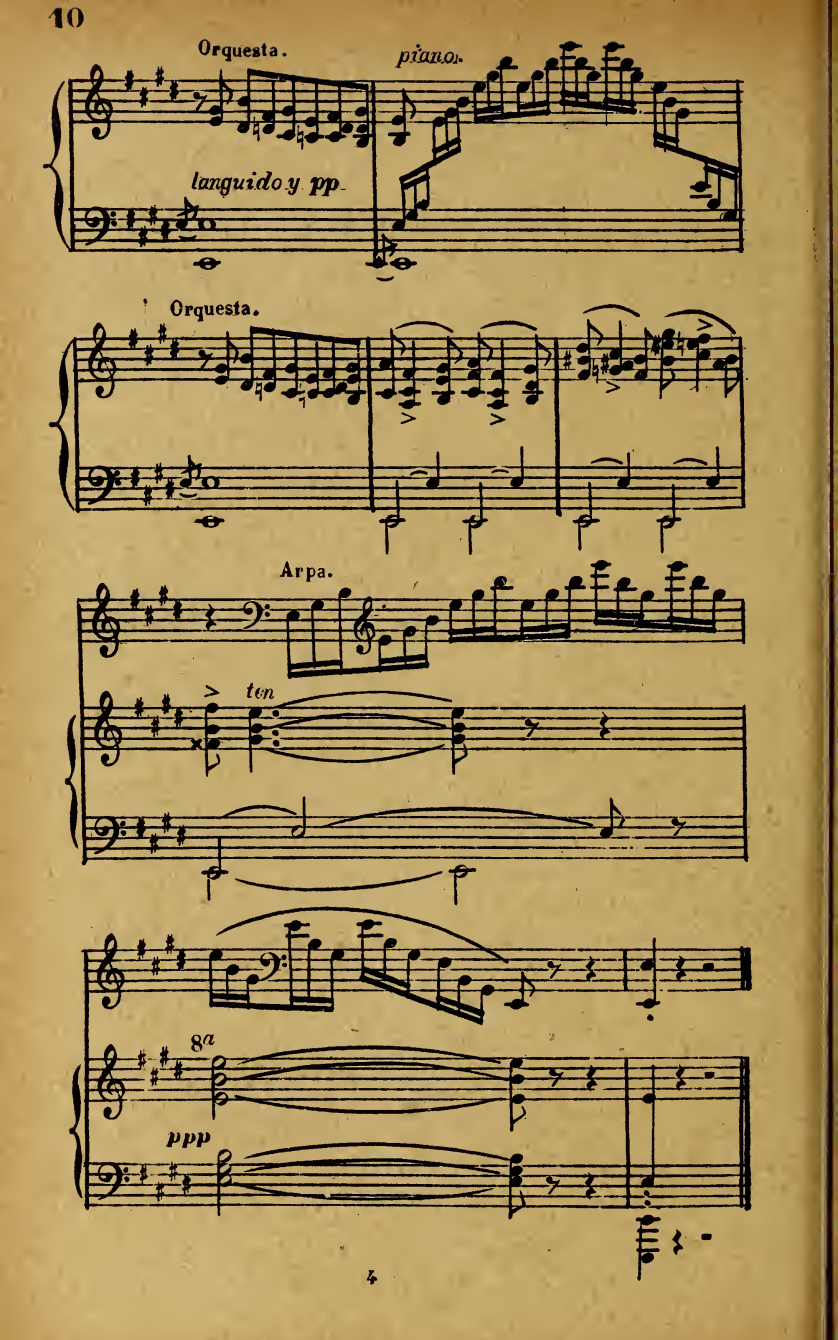

apasionado.
molto più.
ten.
f
rall
3
a tempo.
mf
cresc.
subito p
rall
f


6
con fuerza.
8a
Piano en escena.
Arpa
Ped.
ten.
8a
Ped.
8a
Ped.
Arpa.
Orquesta ad libitum.


Piano.
p
Arpa.
8a
pp
(eco)
Pausa.
Orquesta.
p
ritard:


I° tempo.
8a
ten.
cresc:
ten.
sf
mf


8a
mf
ten.
Pesante.
8a
Piano (adlibitum)


Orquesta.
piano.
languido y pp.
Orquesta.
Arpa.
ten
8a
ppp

Al extinguirse el canto, Álvaro abandona el piano, y saliendo de la rotonda marcha lentamente hacia Irene. Esta, que escuchó el poema en un verdadero paroxismo sentimental, enjugando las involuntarias lágrimas que brotaran de sus ojos, despierta bruscamente de su ensueño, y viendo acercarse á Cruz, y queriendo ocultarle su turbación, sale por la puerta de la galería, al foro, desapareciendo tras los árboles del jardín. Álvaro, sorprendido, la sigue hasta la referida puerta, y desde ella la contempla mientras se aleja. Esta escena anterior, rapidísima. Durante ella, Felicia se ha puesto en pie, y tanteando se adelanta hacia el centro de la escena, creyendo tener á su lado á Cruz.

ESCENA DÉCIMOCUARTA

FELICIA. ÁLVARO CRUZ.

FELICIA

(*Suponiendo hallarse cerca de Álvaro, y reflejando en su semblante infinita alegría.*) ¡Esa es, Álvaro; esa es la luminosa plática de amor!... ¡Cuán próxima, cuán esplendente mi alma, antes obscura; antes remota!... ¡Mi corazón ciego tornóse vidente, y al salir del misterio de su triste noche, perdió el monótono ritmo de sus latidos!...

ÁLVARO

(*Volviendo hacia Felicia, sin haber escuchado realmente sus palabras.*) ¡Escribiré esta sonata! ¿La encuentras bella? ..

FELICIA

¡Bellísima!...

ÁLVARO

(*Enlazando con uno de sus brazos la cintura de Felicia, con gesto familiar.*) ¡Te la dedicaré!... ¡Será recuerdo!...

FELICIA

¡De un inolvidable día!...

Ambos van hacia la galería del foro, á través de la cual se ve, en el jardín, á Irene que de nuevo se acerca.

ÁLVARO

¡Inolvidable!... ¡Inolvidable!... (*Percibiendo á Irene, fuera, sepárase de Felicia y sale por la puerta de la galería.*)

Felicia queda junto al ventanal. En el jardín se reunen Álvaro é Irene, viéndoseles alejarse conversando animadamente.

Entra en escena, por la derecha, Carmen.

ESCENA DÉCIMOQUINTA

CARMEN. FELICIA.

CARMEN

(*Abrazando á su hija.*) ¡Heme aquí!... (*Besándola cariñosamente.*) ¿Qué tal, hija mía?...

FELICIA

(*Luego de brevísima pausa, durante la cual se esfuerza, en vano, en ocultar su ventura supuesta.*) ¡Madre, triste me dejaste, y me hallas

dichosa!... (*Aspirando con ansia, y oprimiéndose con ambas manos el pecho.*) ¡Siento una alegría infinita; siento, aquí dentro, una vida nueva, una intensa y placentera vida!...

CARMEN

¡Hija del alma..!

FELICIA

¿Es verdad que soy hermosa?...

CARMEN

¡Muy hermosa: mucho!...

FELICIA

¡De hoy más, quiero nuevos atavíos; quiero esplendentes joyas; quiero preciosas flores: flores como éstas!... (*Indicando las que, ofrecidas por Abuelo Juan, adornan su pecho.*) ¡Ves, madre, qué extrañas rosas!... ¡Son del bosque; florecieron en dos rosales, que siendo niños plantamos Álvaro y yo!... Abuelo Juan nos dijo su historia: crecieron cercanos; enlazaron sus ramas; fundieron, en uno solo, sus dos troncos; eran blancas las rosas del uno, rojas eran las del otro; luego de aparejados, las flores de ambos tornáronse de nieve y grana... ¡Qué bella la historia, madre!... ¡Qué bellas las rosas!... ¡Qué bella la vida!...

TELÓN

JORNADA SEGUNDA

NOCHE DEL ALMA

Telón corto. De izquierda á derecha, en primer término, un camino del parque. A la izquierda, en último término, y oculta en parte por el arbolado, fachada de la residencia. A la derecha y al foro, y en último lugar también, la linde del cercano bosque. En todo el paisaje se percibe el reciente estrago de una tormenta. Es en los primeros días de Junio y á última hora de la tarde, de tal modo que la jornada comienza con el crepúsculo, y termina dando principio la noche.

ESCENA PRIMERA

IRENE. ÁLVARO.

Irene y Alvaro llegan por la izquierda muy unidos.

ÁLVARO

Me dijeron que hay visita: Amparo, su hija, y otras señoras... No deseando prestar atención á charlas insubstanciales, opté por esta soledad... ¡La suerte me favorece, puesto que en ella encuentro á usted!...

IRENE

Al saber que llegaban Adela y su madre, pretexté una neuralgia intolerable para evitar conversaciones enojosas... Así, y en tan grato apartamiento, discurría pensando...

ÁLVARO

¿En qué?

IRENE

¡Curioso!...

ÁLVARO

No lo soy cuando las cosas no me atañen; en el caso contrario, que es éste, mi curiosidad está en razón directa de mi interés...

IRENE

¿Es grande el que le inspiran mis pensamientos?...

ÁLVARO

¡Muy grande!...

IRENE

(*Mirándole cara á cara.*) ¿Mucho?...

ÁLVARO

(*Vehemente.* ¡Mucho, Irene!... ¡Bien lo sabe usted!...

IRENE

¡Oh, no!... El que usted lo asegure no quiere decir que yo lo sepa... ¡Puedo suponerlo, nada más!...

ÁLVARO

Con amoroso impulso, tomando entre sus manos las de Irene.) ¿Por qué esa duda que me entristece?... ¡El afecto entraña confianza: no mereciéndola, ¿qué he de esperar?...

IRENE

Nos hallamos en circunstancias muy distintas, que legitiman mi temor, como niegan todo fundamento al suyo... Es la sociedad campo de lucha, y en él riñen taimadamente las voluntades, llevando por arma de combate la mentira... Quienes, como yo, no sa-

biendo mentir ni tolerar ficciones, aman la verdad desnuda, son víctimas de todos... Por eso, y no conforme con tan triste destino, me declaro en abierta rebeldía contra esas que, por tácito y común escarnio, llámanse buenas costumbres... De tal suerte, ¿cómo no han de responder mis palabras fielmente al pensamiento?... (*Tras brevísima pausa.*) Me habló usted de amor: privada de él, como de toda alegría, anhelaba querer y anhelaba reir... Escuché, pues, sus pláticas, sin falsos pudores ni disimulaciones perversas, y confesé sinceramente mi cariño, nacido en momento de ideal consorcio del arte con la vida... ¿Cabe engaño en esto, dicho así?

ÁLVARO

¡No, Irene, no cabe, y jamás tuve de él la más nimia sospecha!... Pero ¿existe motivo alguno para que mis afirmaciones sean menos ciertas?...

IRENE

¡El de ser todavía luchador, en esa mundana contienda de las gentes de bien!... ¡De ahí mi desconfianza!...

ÁLVARO

¿Por lo tanto, mis protestas no merecen fe, mientras continúe yo, dentro del orden social, doblegado á los hábitos que son leyes ó tienen fuerza de tales?...

IRENE

¡Naturalmente!... Proscrita yo, usted, sumiso, puede amarme tan sólo con furtivo amor; mas la condición de éste, se opone á mi criterio...

ÁLVARO

Entonces...

IRENE

(*Interrumpiéndole.*) No merezco el sacrificio de una buena reputación, ¿verdad?

ÁLVARO

¡Juzgando lo contrario, pongo á sus pies mi albedrío, sin restricción de ninguna clase!...

IRENE

(*Enamorada.*) ¡Perdón, Álvaro!... ¡Temí que el suyo no excediera los límites de un pasajero afecto!...

ÁLVARO

Lejos ya esa duda, ¿llegamos á la comunión de nuestras almas y de nuestras vidas?...

IRENE

A la de nuestras almas, hemos llegado... A la de nuestras vidas llegaremos más tarde, cuando, fuera de esta casa y á distancia de estos buenos amigos, dispongamos libremente de nosotros mismos, y nuestros actos en nada comprometan á quienes nos son queridos...

ÁLVARO

¡Es cierto!... ¿Y en tanto?...

IRENE

Reservemos como hasta ahora nuestro cariño, lo bastante para evitar sospechas que hicieran necesarias completas y definitivas explicaciones... (*Ante un gesto de asentimiento de Alvaro, y apoyándose cariñosamente en el brazo de éste.*) ¿Paseamos un

poco?... (*Con ligera vacilación en el tuteo.*) Vamos hacia el bosque, ¿quieres?...

ÁLVARO

(*Llevando á sus labios una de las manos de Irene.*) Queriéndolo tú, bien mío, ¿cómo no?...

Dirígense lentamente hacia la derecha.

ÁLVARO

(*Contemplando el cielo, encendido por los últimos reflejos del día.*) ¡La tarde muere!... ¡Crepúsculo en el cielo; alborada, divina alborada en el alma!...

IRENE

(*Apasionada.*) ¡Alborada de esplendoroso día!...

ÁLVARO

¡Todo lo bello que pueden hacerle juventud, pasión, y dicha: las tres gracias de la vida!...

IRENE

¡Y llegado su fin, y en plácido crepúsculo, á éste semejante, contemplaremos nuestro pasado sonriendo: con tranquila nostalgia: con leve inquietud ante el misterio cercano de la noche!...

ÁLVARO

¡La inquietud de saber si entre sus tinieblas, ó bajo sus astrales claridades, nuestras pasiones han de hallarse nuevamente!...

Estrechamente enlazados, salen por la derecha.

MUTACIÓN

Claro en un bosque de castaños y robles. En primer término un arroyo, y en una de sus orillas un rosal quebrado por la borrasca. Junto á él, y en la margen opuesta, trozos desgajados de otro rosal, esparcidos sobre el suelo.

Paralelamente al arroyo, y en segundo término, un estrato de rocas calizas oculta, en parte, el fondo de la escena.

Algunos árboles caídos, y otros maltrechos por el huracán.

ESCENA SEGUNDA

FELICIA, ADELA, ABUELO JUAN.

FELICIA

(*Por la izquierda, del brazo de Adela, y seguida por Abuelo Juan.*) ¿Estamos ya en el claro?...

ADELA

¡Sí!... ¡Lástima de árboles!...

ABUELO JUAN

¡Bien los castigó el ábrego!...

FELICIA

(*Intranquila.*) ¿Y los rosales?

ABUELO JUAN

¡Malparados quedaron!... En pie se mantiene el que plantaste, mi señora; el otro, el de Álvaro, cayó bajo la tormenta, quebrado el entronque con el tuyo, y arrancada la raíz que en este suelo dióle sustento...

FELICIA

(*Apenada.*) ¡Qué tristeza!...

ABUELO JUAN

¡Lo es, y grande, que se haya malogrado esa labor de la afición y del tiempo!...

Adela y Felicia llegan hasta las rocas, sentándose sobre ellas.

ADELA

Abuelo Juan, si ha de cortar esquejes, como decía, puede hacerlo; aquí le esperamos...

ABUELO JUAN

(*Sacando de uno de sus bolsillos una podadera, y alejándose por la derecha, primer término.*) ¡Vóime, entonces...!

ESCENA TERCERA

FELICIA, ADELA.

ADELA

¡Es hermoso, este sitio!...

FELICIA

Desde niña me refugio en él, siempre que deseo un ambiente de calma, y horas hay en las cuales paréceme que todas sus bellezas se funden y hermanan, y que en su quinta esencia, hecha sonido y trocada en inefable armonía, palpita el alma del bosque: ave de niebla que pasa sobre mi frente, con blanda caricia de sus intangibles alas...

ADELA

¡Eres muy sentimental, Felicia!

FELICIA

¿Es cualidad, ó defecto?...

ADELA

¡Para tu bien, un gran defecto!... (*Tras una pausa, y efusivamente.*) ¡Ahora que estamos solas, cuéntame eso!...

FELICIA

(*Sonriendo.*) ¡No sé á qué te refieres!...

ADELA

¡Sí lo sabes; y tu alegría es tan grande, que no aciertas á ocultarla!... ¡Es muy justo que yo la comparta, ya que hice lo mismo con tus tristezas!...

FELICIA

¡Razón tienes, Adelita!... Fué mi gran amargura desconocer todo cariño ajeno á los familiares afectos...

ADELA

(*Interrumpiéndola.*) ¡No prosigas!... Lo tenía por cierto. ¡Has encontrado al fin tu dueño, y ese dueño es Álvaro!...

FELICIA

(*Sorprendida.*) ¿Qué te hizo presumirlo?...

ADELA

¡Era vuestro destino, y la voluntad de Dios!...

Aparecen, por la izquierda, Carmen, Amparo y la condesa de Armental.

ESCENA CUARTA

LAS MISMAS: CARMEN. AMPARO. CONDESA DE ARMENTAL.

CARMEN

¡Aquí están!... ¡Lo sospechaba; es lugar preferido de Felicia!...

CONDESA DE ARMENTAL

¿Interrumpimos sus confidencias?...

ADELA

(A la condesa.) ¡Muy al contrario!...

FELICIA

¡Ignorábamos que hubiera llegado usted, condesa!... Huímos del salón para respirar un poco de aire fresco...

AMPARO

¡Así os hemos buscado por toda la casa, hasta que Luisa nos dijo que habíais salido con el jardinero!...

ADELA

¡Sí; por ahí anda, cortando esquejes!...

CARMEN

Felicia, la condesa quiere darte personalmente una grata sorpresa...

CONDESA DE ARMENTAL

He venido, Felicia, para invitar á todos, pero á usted muy

especialmente... Mañana se coloca la primera piedra de nuestra colonia, que empieza á surgir de tierra; siendo ésta donativo de usted, ha de llevar su nombre, para que los futuros huéspedes de «Villa Felicia» le guarden en el fondo de sus almas, y en relicario de gratos sentimientos...

FELICIA

¡Condesa, es usted muy buena!...

CARMEN

¡Amabilísima!...

CONDESA DE ARMENTAL

(Acariciando á Felicia.) ¡No, hija mía!... ¡La buena, la adorable es usted!... Por ello necesita en torno suyo profundos amores; tan profundos como han de serlo los de esas tristes que sobre la heredad costanera hallarán ventura para sus hijos y para sí mismas... De tal modo, pasará usted en «Villa Felicia» largas y felices horas, pues que nada mitiga los dolores ó ensalza las alegrías, como lo hace la gratitud de los humildes... ¡El de mañana es día solemne; le celebraremos como merece!... En poesía, echaremos á volar las campanas del corazón; en prosa, merendaremos sobre los cimientos de nuestra naciente villa...

FELICIA

(*Gozosa.*) ¡Con mucho gusto!...

CONDESA DE ARMENTAL

(*A Amparo y Adela.*) No olviden que deseo reunir á cuantos contribuyeron á la fundación, y lamentaría la falta de alguien...

AMPARO

¡No tema la nuestra!...

CONDESA DE ARMENTAL

(*A Carmen.*) ¡Usted, Carmen, transmitirá esta invitación á Irene y al Sr. Cruz?...

CARMEN

Así lo haré... Irene está algo indispuesta; espero, sin embargo, que mañana se halle mejor...

CONDESA DE ARMENTAL

Me alegraré... (*Disponiéndose á marchar, y saludando á Felicia y Adela.*) ¡Adiós, Felicia!... ¡Adiós, Adela!...

FELICIA

(*Haciendo, con Adela, ademán de seguir á la condesa.*) Acompañamos á ustedes...

CONDESA DE ARMENTAL

(*Deteniéndolas.*) ¡No, no!... ¡Sigan en su retiro!... Vuelvan á sus secretillos!...

ADELA

(*A Amparo*) ¿Marchamos nosotros?...

AMPARO

¡Aún no!

CARMEN

(*A Adela.*) Cenais en casa; por tanto, si lo deseáis Felicia y tú, quedaros todavía un rato aquí, ya que Abuelo Juan está con vosotros... (*Ofreciendo á Felicia un ligero abrigo que lleva al brazo.*) ¿Te dejo el abrigo, Felicia?...

FELICIA

¡No lo necesito...!

La condesa, acompañada por Carmen y Amparo, se dirige hacia la izquierda; Adela y Felicia vuelven á sentarse sobre las rocas.

CARMEN

(*A la condesa, saliendo con ella por la izquierda.*) Siento mucho, condesa, que no comparta usted nuestra cena...

CONDESA DE ARMENTAL

¡No puedo, Carmen!... En otra ocasión lo haré con verdadero placer.

Quedan solas Felicia y Adela. Ha caído ya la tarde, y se apagan las últimas luces del crepúsculo.

ESCENA QUINTA

FELICIA. ADELA.

ADELA

La condesa te quiere entrañablemente...

FELICIA

Nada hice por merecer tal bondad...

ADELA

Los corazones como el tuyo saben ganar las ajenas voluntades sin empeño alguno... Su fuerza de atracción es suficiente, y el impulso que hacia ellos nos lleva no calcula ni razona...

FELICIA

Merced, sin duda, que otorga Dios á la desgracia... ¿Qué sería de mí, sin el amor de los míos!... ¿Qué sería de mí, si negadas que me son las bellezas del mundo, fuéranmelo también las del alma!... ¡No puedes imaginar la pena que me causa un ciego, un mendigo á quien socorremos!... En esa confraternidad que establece la común desventura, entre él, miserable, y yo, adinerada, quise conocer su existencia... ¿Tiene familia?...—díjele—; ¡Ninguna!...—me respondió—¿Amigos?...—¡Ninguno!—¿Y vive así!...—¿Qué he de hacer?...—añadió resignado—¿qué he de hacer, en tanto muero!... (*Con terror.*) ¿Comprendes, Adela, esa horrible soledad, ese sepultamiento!... ¡Sombra en los ojos!... ¡Sombra en el corazón!... ¡Ni luz, ni amor!... ¡Nada!... (*Tras corta y angustiada pausa.*) ¡Desde entonces, siento á veces miedo; un terror invencible de quedar algún día sola en el mundo, sin cariños y sin anhelos, y como el mendigo entre sus harapos, yo entre mis riquezas, viviendo en muerte ó muriendo en vida, esperar la hora de fenecer, más piadosa que las inclementes de tal vivir!...

ADELA

(*Envolviendo á Felicia en un abrazo.*) ¡Qué tontuna!... ¡Piensas en eso, ahora que no sólo han de rodearte nuestros afectos, sino también los de tus protegidos de «Villa Felicia!...» ¡Ahora que en los brazos de tu Álvaro has de vivir entre arrullos y ternezas!... Pero ¿qué tines?... ¿Frío?... ¡Estás temblando!... (*Poniéndose en pie.*) ¡Vámonos!... ¡Puesto el sol, hay aquí demasiada humedad!...

FELICIA

¿Qué prisa tenemos?... ¡Fué un estremecimiento!... ¡Ya pasó!...

ADELA

Entonces, alcanzaré á tu madre para recoger el abrigo...

FELICIA

¡No, no vayas; estarán ya lejos!...

ADELA

¡Quiá!... ¡Van muy despacio!... ¡Vuelvo en seguida!... (*Sale por la izquierda, corriendo.*)

ESCENA SEXTA

FELICIA

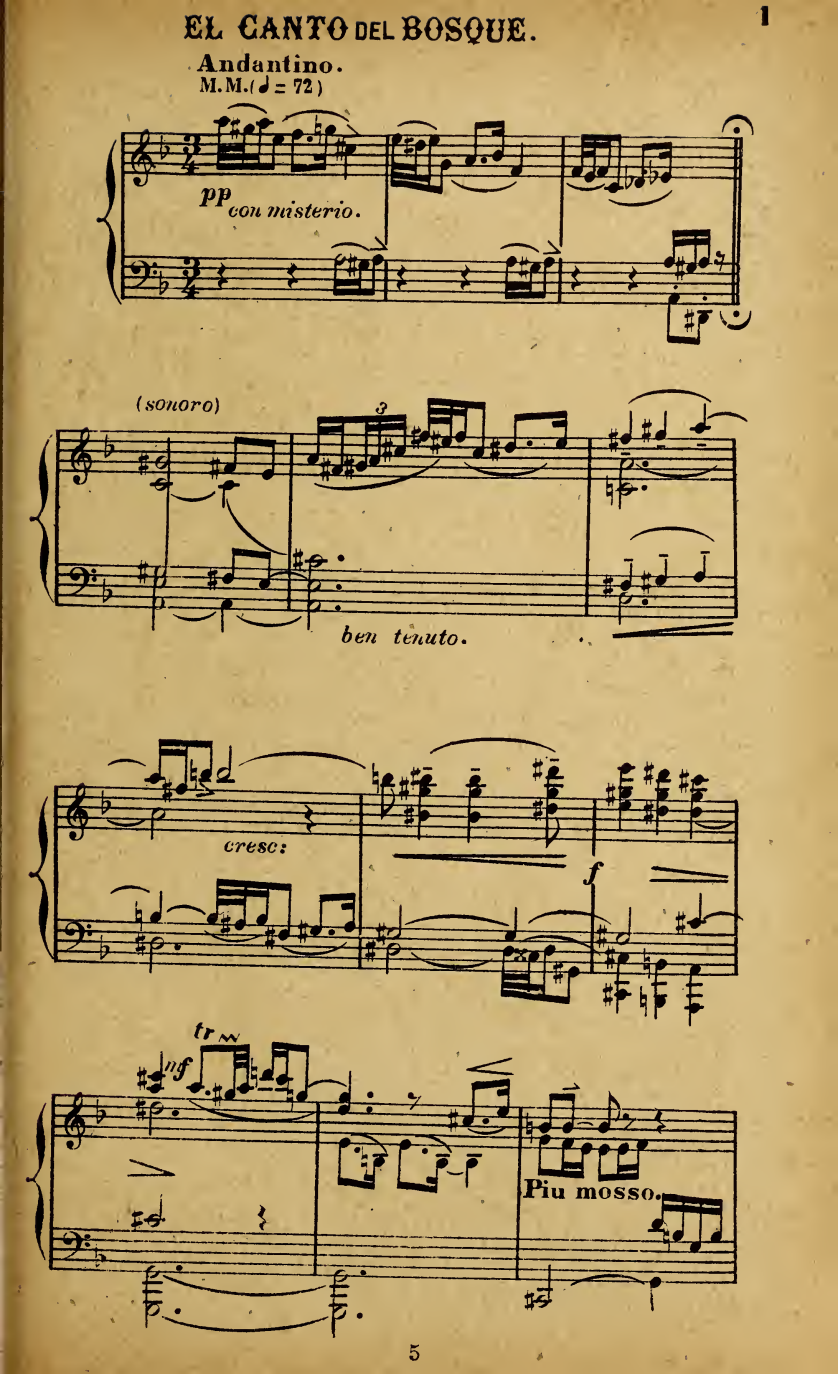
(*Aparte.*) ¡Debe ser llegada la noche!... (*Alzando el rostro hacia el cielo, con serena melancolía en la expresión.*) ¡Allá, en lo alto, dicen que hay astros, y es fama que ellos encierran nuestros destinos!... ¿Dónde estás tú, estrella de mis penas ó venturas?... ¿Por qué, victoriosa de tinieblas eternas, detienes ante mí tus fulgores?... ¿Dónde estás tú, estrella de mi suerte, que desde inmensa lejanía me contemplas, con una sonrisa, quizá con una lágrima en tu destello!...

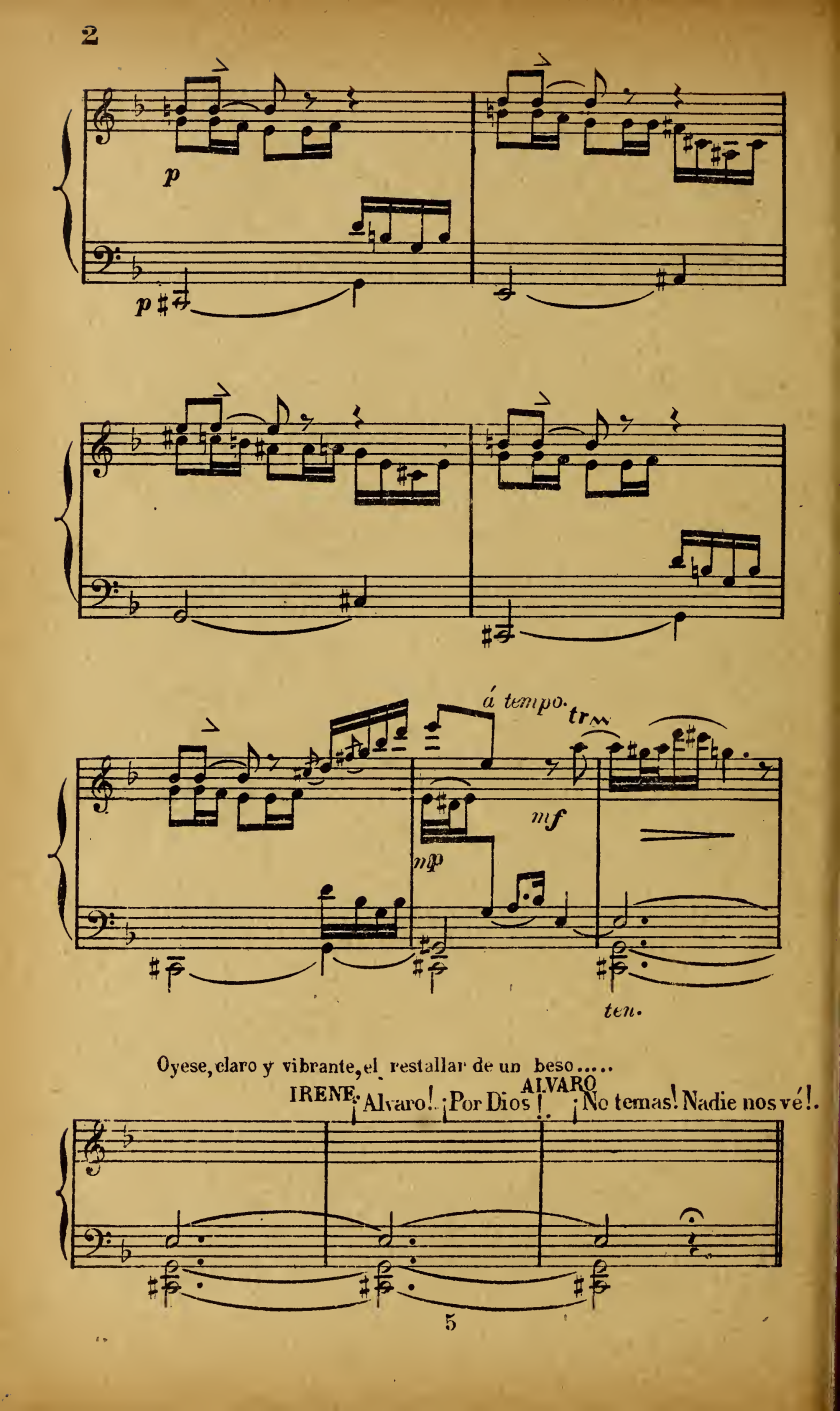
ESCENA SÉPTIMA

FELICIA. IRENE. ÁLVARO.

Da principio el poema sinfónico. El canto del bosque. *Durante un momento, Felicia permanece abstraída. Llegan después, por la de-*

EL CANTO DEL BOSQUE.




p
p
á tempo.
tr
mf
mp
ten.
Oyese, claro y vibrante, el restallar de un beso.....
IRENE. ¡Alvaro! ¡Por Dios!
ALVARO. ¡No temas! Nadie nos vé!.

Allegro alla Giraldilla.

M.M. (♪ = 66)

pp

sciolto.

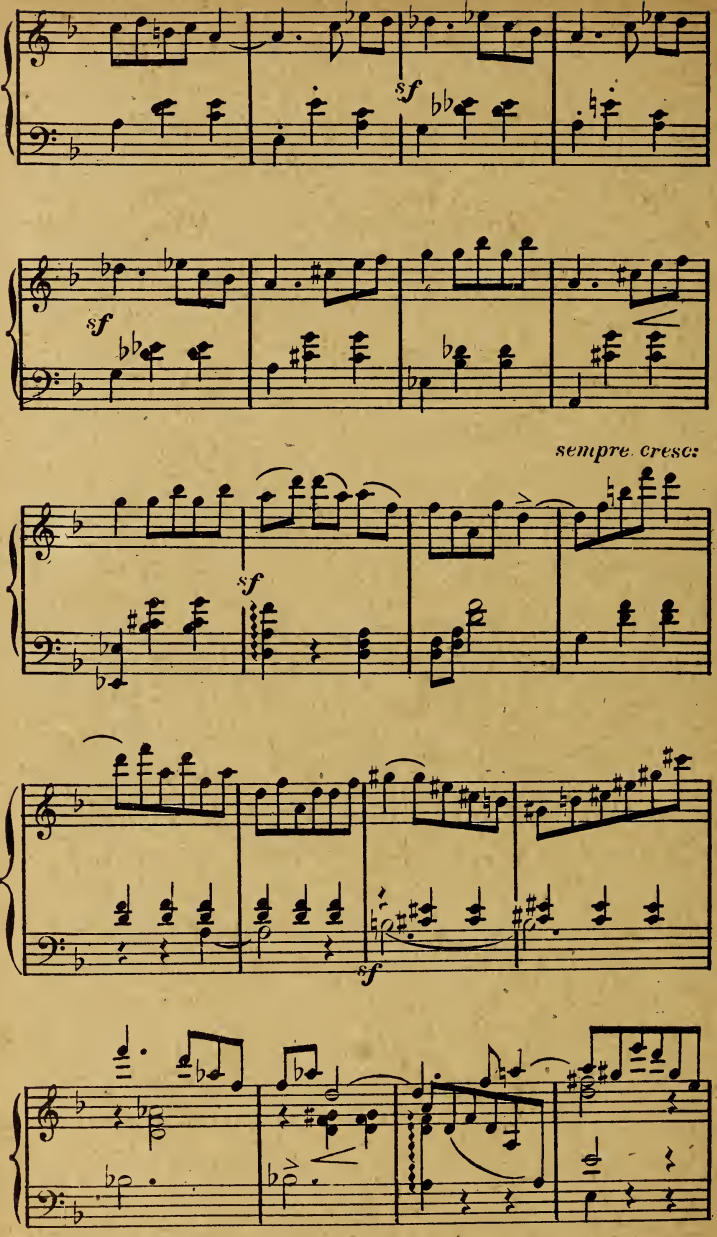
simil.

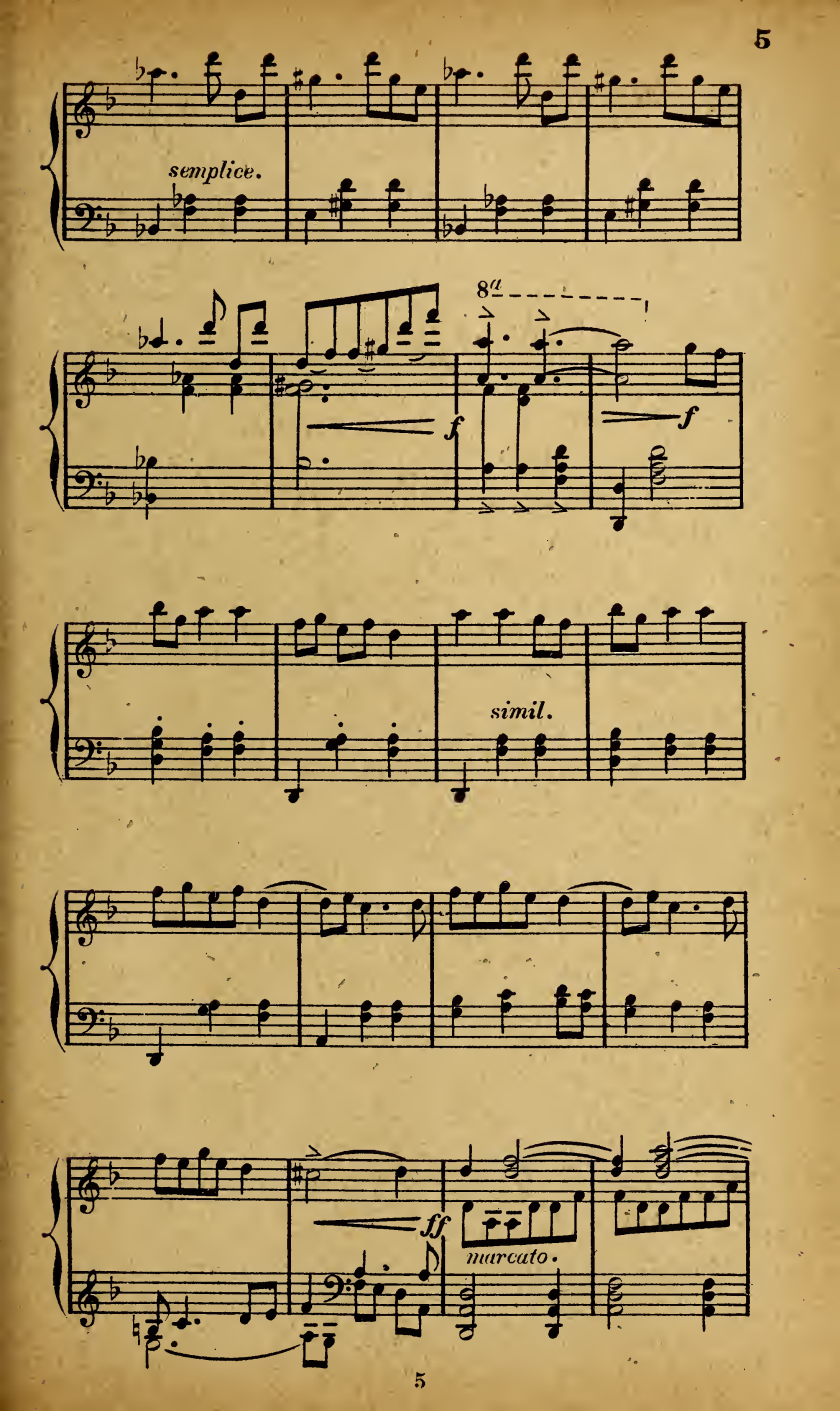
sf

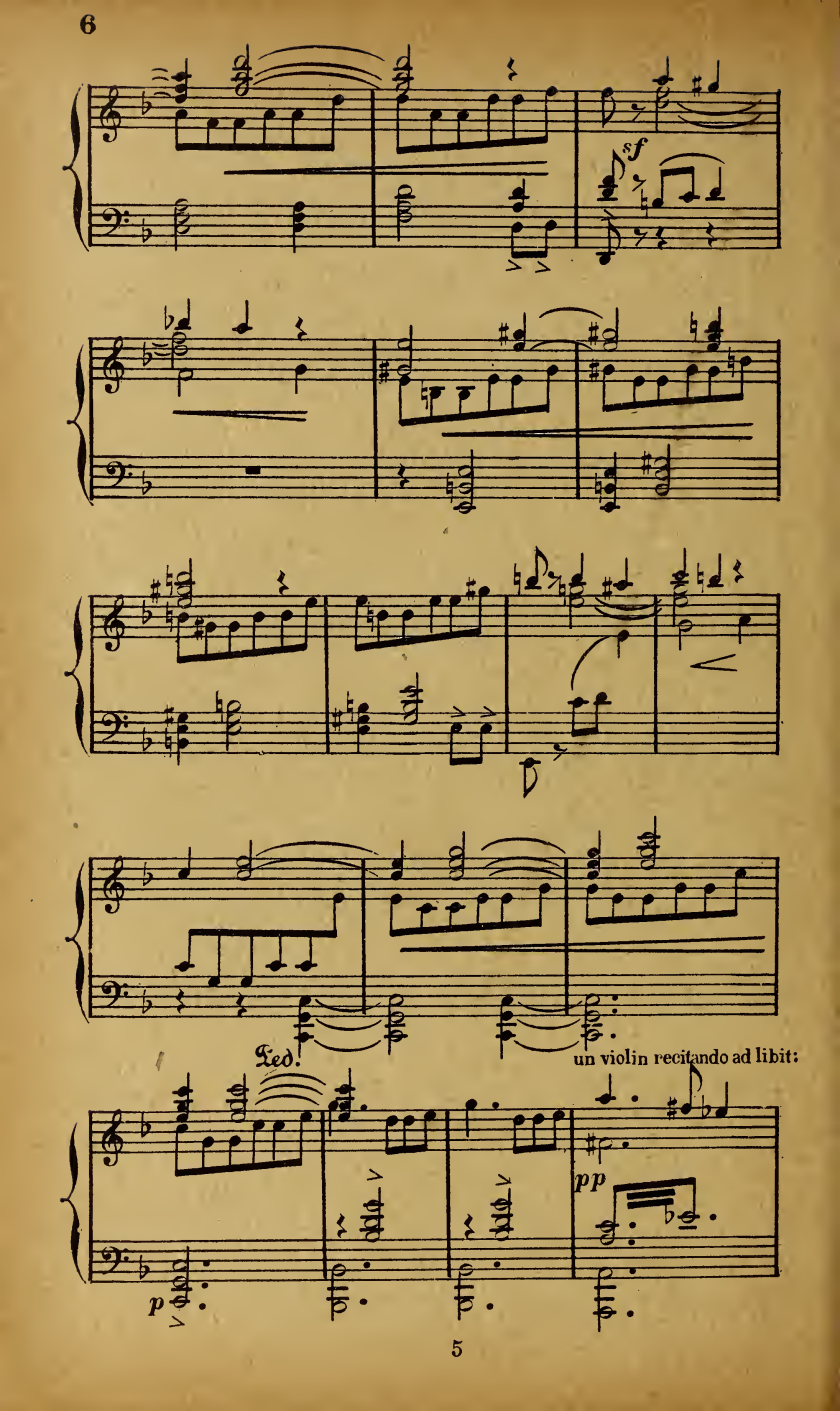
sf

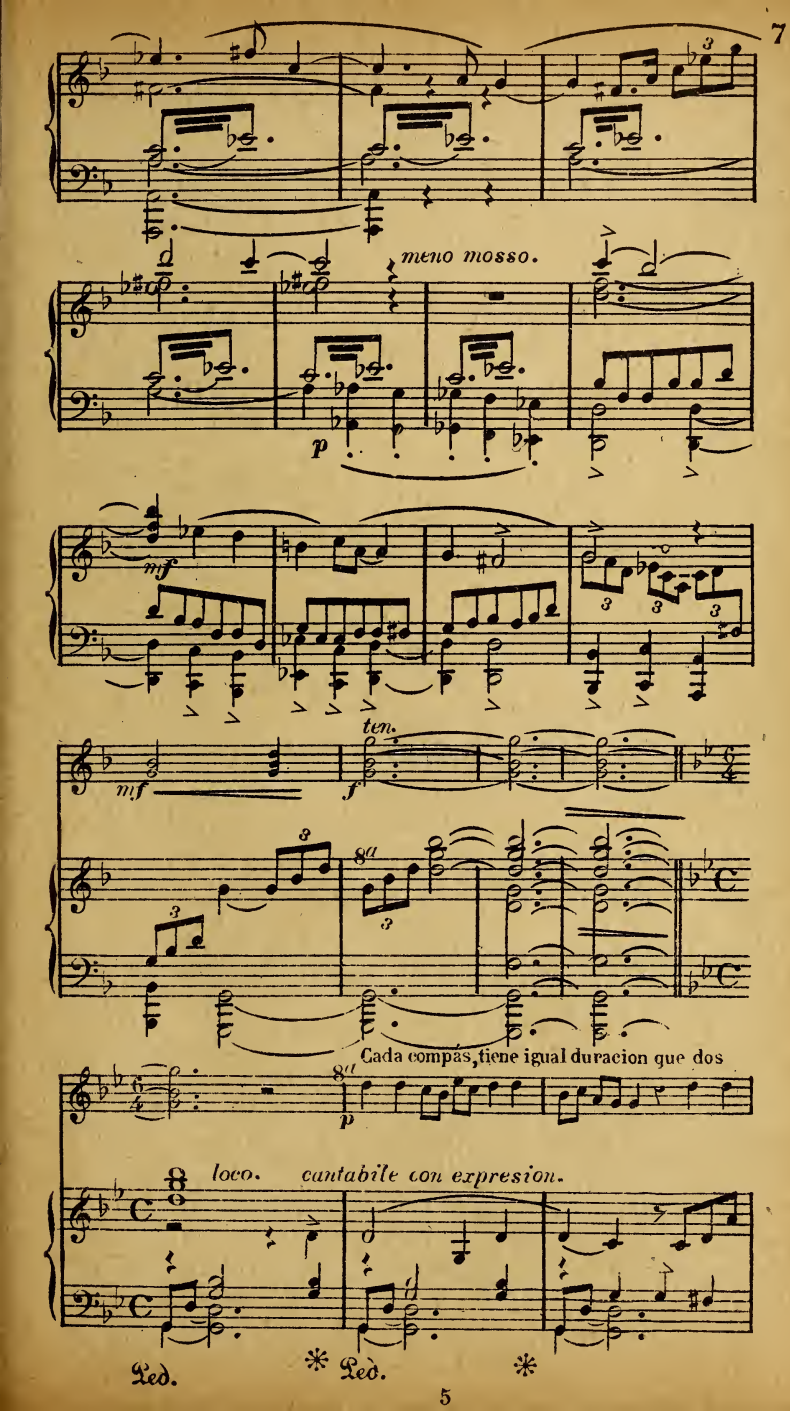
p

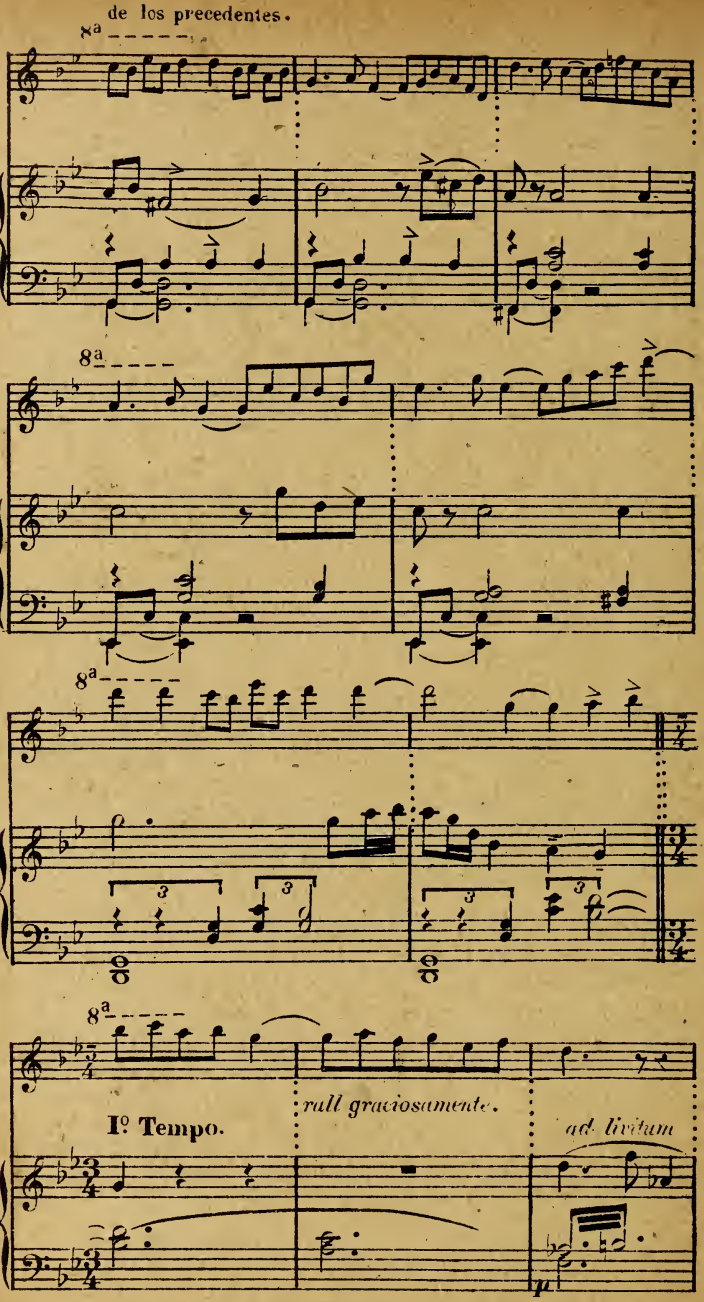
ten.

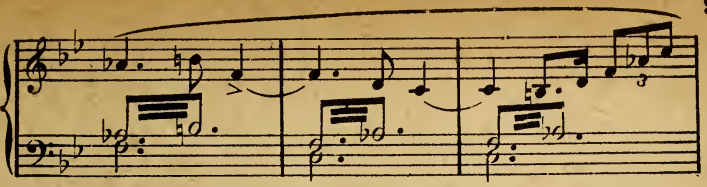

sf
sf
sempre cresc:
sf
sf

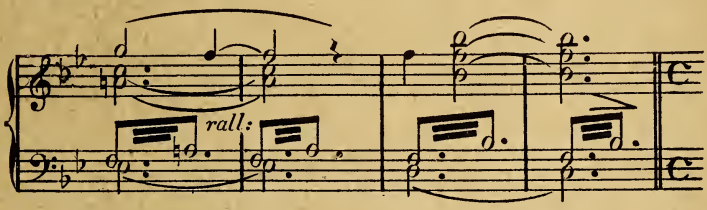

semplice.
8a
f
f
simil.
ff
marcato.


sf
Ped.
un violin recitando ad libit:
pp
p


meno mosso.
p
mf
mf
ten.
f
8va
Cada compás, tiene igual duracion que dos
8va
p
loco.
cantabile con expresion.
Ped.
Ped.

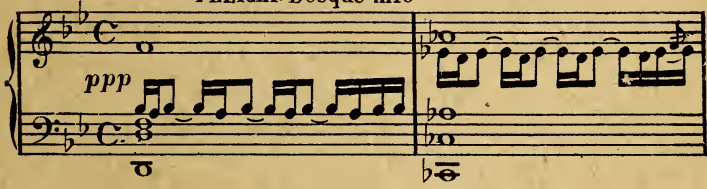

de los precedentes.
8a
8a
8a
8a
rall graciosamente.
Iº Tempo.
ad livitum
p

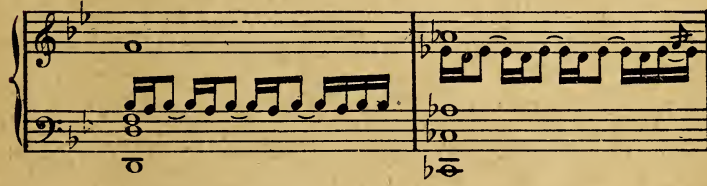




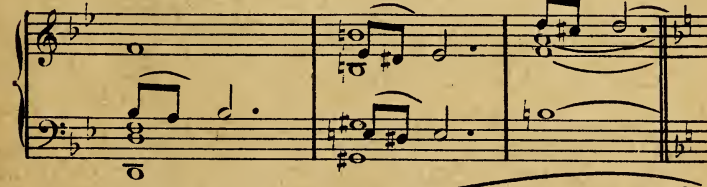
Moderato molto.

FELICIA. Bosque mio

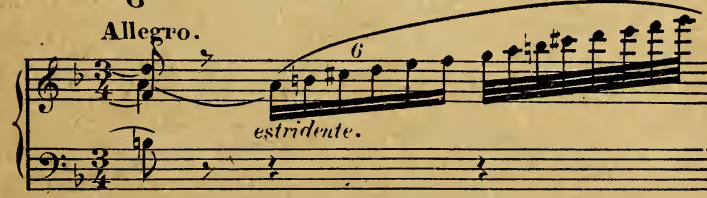


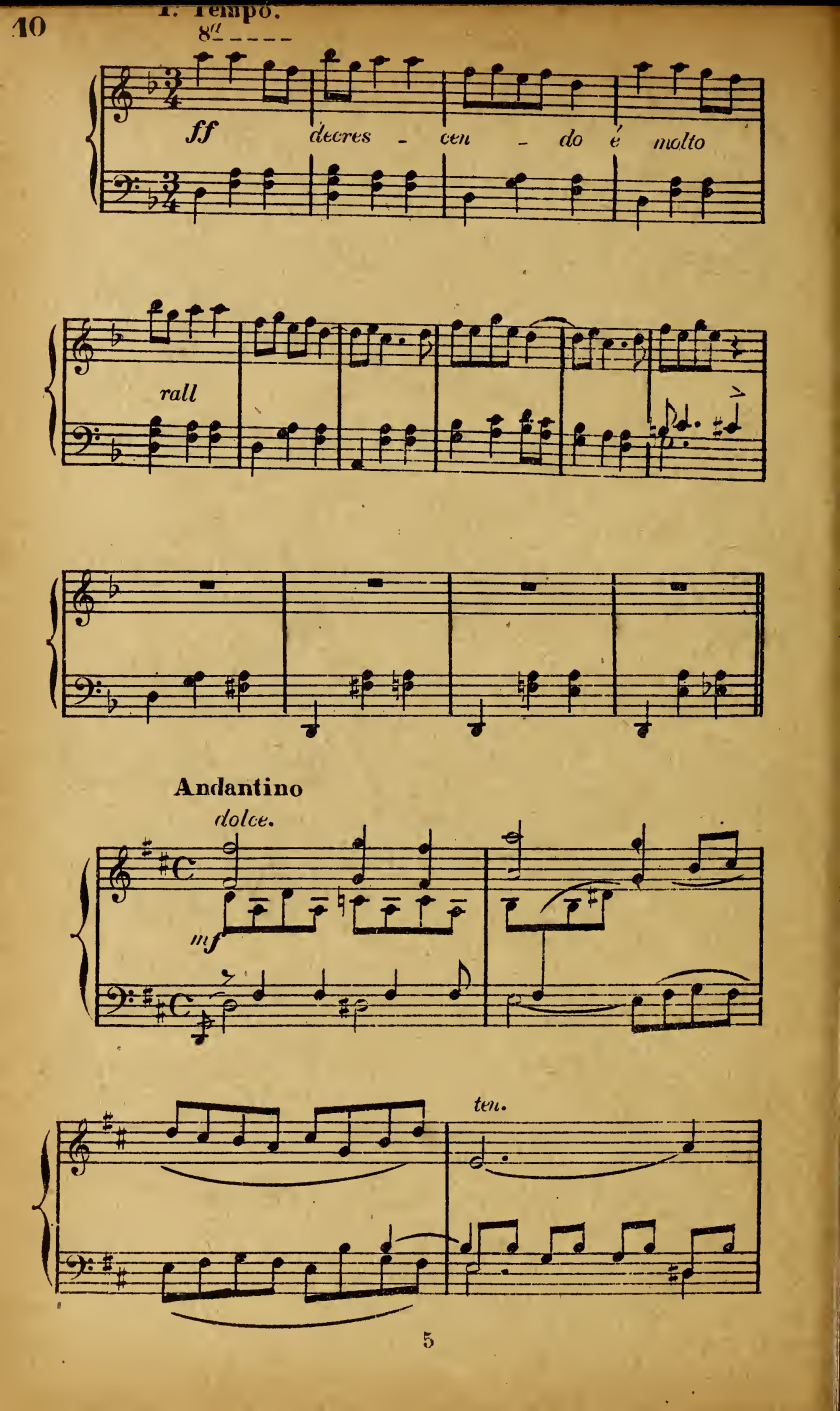


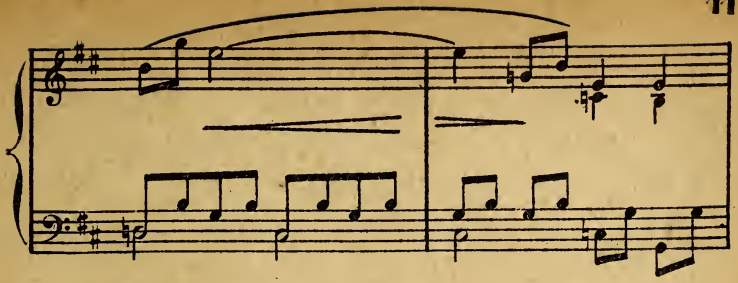
Dame la paz infinita de tu alma centenaria

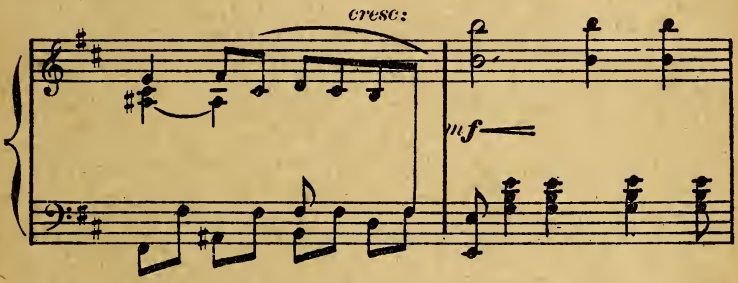


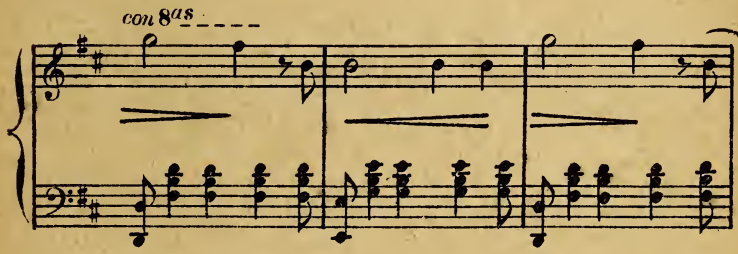
Allegro.

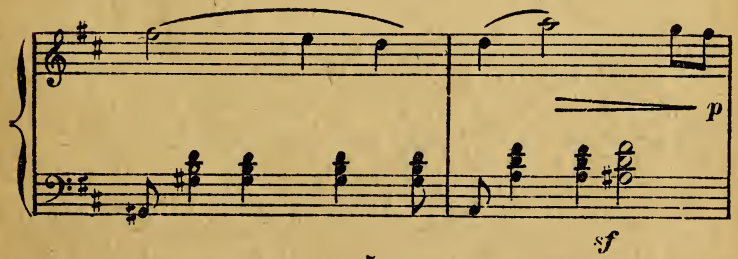


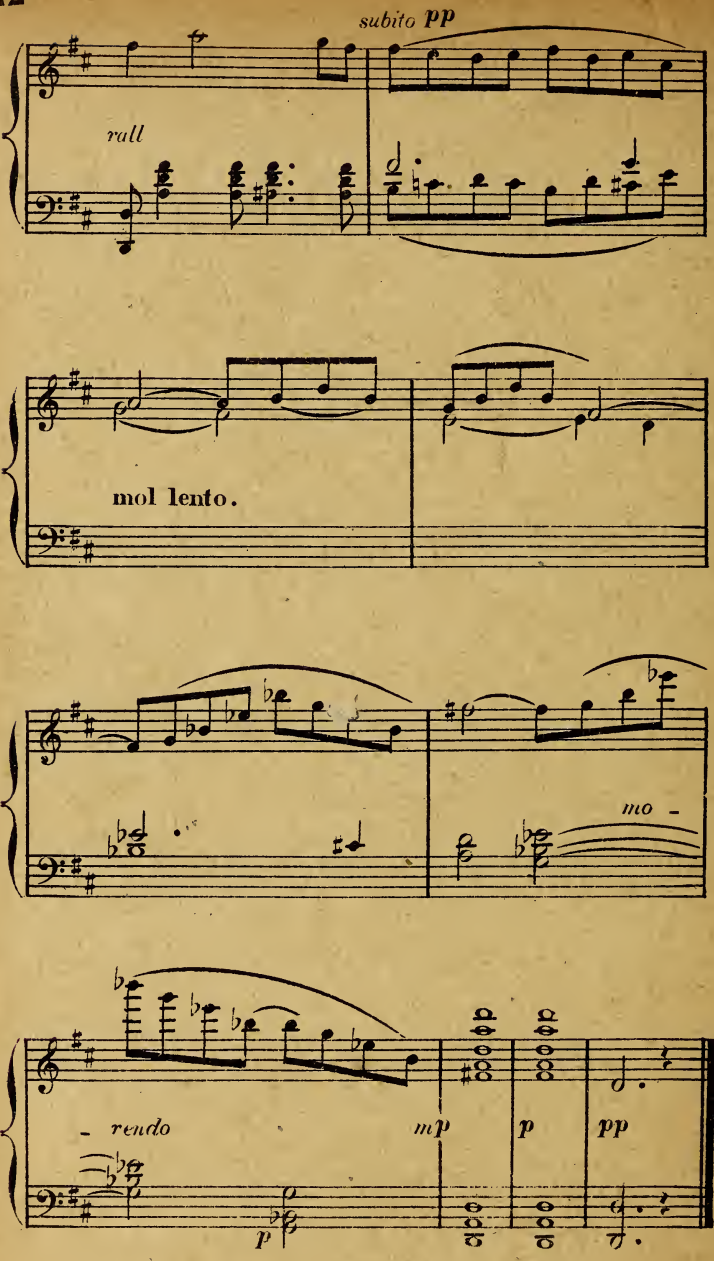

I. Tempo.
8va
ff
decres - cen - do é molto
rall
Andantino
dolce.
mf
ten.




cresc:
mf


con 8as


p
sf


subito pp
rall
mol lento.
mo -
- rendo
mp
p
pp
p

recha y en último término, Irene y Álvaro, quienes susurrando amores cruzan muy lentamente el claro, por detrás del banco de rocas, y sin percibir á Felicia. Esta, inmovilizada por la sorpresa, reconoce las voces de los amantes, y sin conseguir escuchar sus palabras, pero adivinando por la entonación del diálogo cuál es la naturaleza de él, apoya sus manos temblorosas sobre la piedra, é inclina el busto hacia adelante, en desesperada tensión de sus sentidos, pugnando por oir lo que no puede ver. Pasando junto á Felicia, Álvaro estrecha entre sus brazos á Irene. Óyese, claro y vibrante, el restallar de un beso...

IRENE

(*Con medroso gesto, y en voz perceptible, aunque baja.*) ¡Álvaro!... ¡Por Dios!...

ÁLVARO

(*En idéntico tono, pero con tran la actitud.*) ¡No temas!... ¡Nadie nos ve!...

Aléjanse despacio, prosiguiendo su amorosa plática, y salen por la izquierda, al foro. Felicia se deja caer sobre la roca y solloza desconsoladamente.

ESCENA OCTAVA

FELICIA

(*Dice la música un inefable lamento, al que se unen atormentadas remembranzas de la* Sonata de amor. *Sin extinguirse en absoluto el canto, que subsiste como lejano murmullo, alza Felicia la cara bañada en lágrimas, dirigiendo al bosque su doliente queja.*) ¡Bosque mío!... ¡Sé clemente!... ¡Sé piadoso!... ¡Dame el olvido y la infinita paz de tu alma centenaria!...

Termina el poema sinfónico en un dulce canto sedativo, caricia paternal y consoladora del alma del bosque, al alma herida de Felicia.

ESCENA NOVENA

FELICIA. ADELA.

ADELA

(*Llegando por la izquierda, corre hacia su amiga.*) ¡Felicia!.. (*Con angustia.*) ¿Han pasado por aquí?... ¿Los oiste?... (*Ante una muda afirmación.*) ¡Pobre!... (*Tras breve pausa, durante la cual Felicia llora entre sus brazos.*) ¡No desesperes!... ¡Piensa en los chiquitines de «Villa Felicia»: ellos, con sus caricias, ahuyentarán tu dolor!...

FELICIA

¡No!... ¡Serán ingratos también; y como el mendigo entre sus harapos, yo entre mis riquezas aguardaré la hora compasiva del fenecer, viviendo en muerte..., sepultados en sombra los ojos..., sepultada en sombra el alma!... (*Con indecible terror.*) ¡Vámonos, Adela!...

ADELA

¿Esperamos á Abuelo Juan?...

FELICIA

¡No, no!... ¡Vamos!... (*Envolviéndose en el abrigo.*) ¡Siento frío: un intenso frío!... (*Asiendo, con espanto, el brazo de Adela.*) ¡Siento miedo: un angustioso miedo!...

FIN DEL SEGUNDO ACTO, Y DEL DRAMA.

JUICIO CRITICO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

Un autor nuevo.

Antonio G. de Linares es un joven de talento, entusiasta por el arte, en el que entra con todos los anhelos y afanes propios de los espíritus superiores. Quiere asociar mi nombre al suyo en la empresa de publicar una obra dramática; yo no puedo negarme á su solicitud, porque demasiado hace con acordarse de mi humilde persona, y no he de corresponder á su bondad con una negativa.

Cuando hace un mes leí ALMA REMOTA, sentíame mejor dispuesto que ahora para procurar al novel autor el concurso que de mí espera. Accidentes de la vida política me alejaron de la del periodismo, y á la sazón no puedo brindar á Linares todo el esfuerzo de mi voluntad, que necesito para empeños más ásperos y de todo punto imprescindibles.

No escribiré, por lo mismo, un juicio documentado, pero tampoco he de sustraerme al honor de que figure mi firma junto á la de quien, por su espíritu progresivo y por su cariño al arte, merece los mayores aplausos.

Por tanto, estos renglones no tienen más propósito que el de saludar á Antonio G. de Linares, como una esperanza valiosísima y consoladora de las letras españolas.

Su drama sinfónico, ALMA REMOTA, seduce por su tendencia y por el modo cómo está escrito. Es la obra de un fervoroso poeta, cuya inspiración elevada, se mece muy por encima de las vulgaridades corrientes.

Linares cree que en la expresión de los grandes afectos de la vida, de las grandes pasiones, de las luchas del alma, pueden colaborar y completarse la palabra, expresión de ideas, y el sonido, que exterioriza el sentimiento.

No es nuevo ni mucho menos el reunir en las obras teatrales letra y música; pero ALMA REMOTA nada tiene que ver con estas obras mixtas, en las que el poeta y el compositor musical no deslindan sus campos respectivos, aunque en ellos luchen por una misma aspiración. El intento de Linares tiene mayor trascendencia. Cuando es insuficiente la expresión del lenguaje, busca en el de la música medios insuperables, para que la impresión se produzca con la debida intensidad.

A la poesía suelen faltarle palabras para reflejar toda su magnificencia; á la emoción no le bastan, á veces, las expresiones del lenguaje, y el artista, entonces, encuentra en la música los acentos adecuados y suficientes para comunicar á las almas la idea y el sentimiento que le inspiran.

No se trata en ALMA REMOTA de una obra con retazos musicales como el *Antar*, este año tan aplaudido en el Odeón, de París. No es tampoco como el *Beethoven*, tan celebrado en el mismo teatro. Menos tiene relación con los géneros de

ópera y zarzuela que en el extranjero y en nuestro país gozan de positiva boga.

El propósito de Linares es más trascendental, su deseo artístico es más independiente é innovador.

En ALMA REMOTA se inicia una tendencia artística que merece no sólo aplauso, sino atención profunda. El poeta luce las gallardías de su inspiración en escenas tramadas con vigor y delicadeza admirables; pero, además de eso, Linares marca con la decisión del convencido nuevos rumbos para el Teatro. Por ello sólo, merece el autor de esta obra alabanzas infinitas, y la mejor manera de consagrárselas será llevando á la escena, para que adquiera la vida de la representación, esta obra que impresa va hoy á manos de los lectores. En el teatro y sólo en el teatro, podrá ALMA REMOTA ser apreciada en todo su valor, al adquirir vida sobre las tablas del escenario.

Y ello será así, indudablemente, porque Linares lucha por su ideal artístico con alientos sobrados para vencer: es de los que, infatigables, persiguen el triunfo hasta lograrle; y su victoria, que nadie tachará de injusta, no ha de ser la última de las que consiga este joven escritor, á quien un día prometí ayudar en su noble empeño con esfuerzo mayor que el representado por estas líneas, donde sólo puedo poner algo que refleje el cariño que me inspira cuanto significa arte, esperanza y ambiciones sanas y juveniles.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ.

SE
ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DÍA
25 DE MAYO
DE 1910.

LIBRERÍA DE PUEYO
MESONERO RO-
MANOS, 10,
MADRID

17301
M. WALTON
DUPLICATE